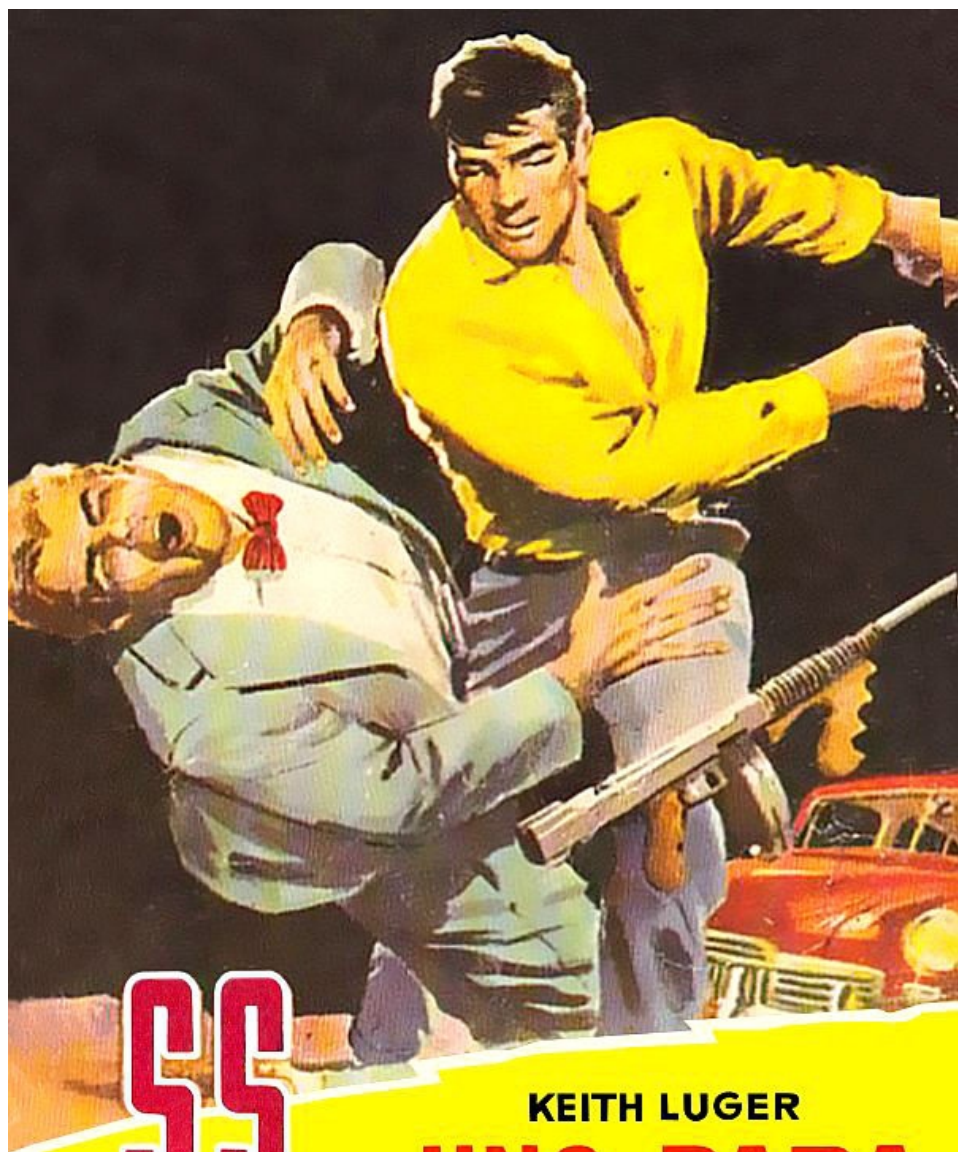




**SS**

**SERVICIO  
SECRETO**

**KEITH LUGER**

# **UNO PARA LA SILLA**

*de*

Al llegar a la intercesión, un «Ford» sedán se detuvo. Marta habló vivamente con el hombre que iba al volante, y luego volvió la cabeza y le gritó a su madre que aquel señor la iba a llevar hasta la estación de servicio. Fue la última vez que Kate vio a su hija viva.

Kate esperó casi una hora, hasta que apareció un motociclista, el patrullero Boris Hudson, quien preguntó qué estaban haciendo allí. Ella le explicó lo que pasaba y entonces el policía le dijo que acababan de encontrar a una mujer en un camino solitario, a milla y media de allí.

Era su hija Marta y estaba muerta. Había recibido dos balazos: uno en el cuello y otro en el pecho.



Keith Luger

# Uno para la silla

**Bolsilibros: Servicio Secreto - 378**

ePub r1.0

jala y xico\_weno 08.12.17

Título original: *Uno para la silla*  
Keith Luger, 1957

Editores digitales: jala y xico\_weno  
ePub base r1.2





Keith Luger

# Uno para la silla

1ª EDICION

NOVBRE. - 1957

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)



## CAPÍTULO PRIMERO

Dave Walker penetró en su oficina aquella mañana del 19 de marzo de 1957, vistiendo un traje gris, camisa blanca, corbata clara y zapatos de color marrón.

Susan Leighton, su secretaria, estaba sobre una mesa clasificando la correspondencia y levantó sonriente la cara.

—Buenos días, señor Walker.

—No pueden ser más espléndidos —convino Dave yendo hacia una ventana abierta.

Respiró con fruición y cuando se volvió de nuevo preguntó a Susan:

—¿Cómo va Johnny? —Esas inyecciones le han ido muy bien. Oh, le gustó mucho el juguete mecánico que usted le regaló, pero no debió gastarse tanto.

—No se preocupe —dijo Walker, dirigiéndose hacia su despacho.

—No sé cómo tengo la cabeza —exclamó de pronto la joven—. Hace unos instantes telefoneó una mujer preguntando por usted. Su nombre es Elizabeth Owen. No quiso decirme cuál era su asunto. — Llegará de un momento a otro.

—¿Nada más?

—Eso es todo, señor Walker.

Walker penetró definitivamente en el despacho y después de dejar el sombrero en la percha se sentó en el sillón giratorio y abrió un cajón para colocar las piernas sobre él.

Hacía cuatro o cinco días que había regresado de Miami, adonde había ido a pasar unas cortas vacaciones después de su último caso. En realidad no hizo otra cosa al marcharse que huir de los reporteros. No le gustaba el exhibicionismo. Había realizado un trabajo sensacional descubriendo a los gerifaltes de un *gang* que se

dedicaba a la trata de blancas. Nombres de altos personajes habían sido puestos en 2a picota y los diarios de Nueva York habían gastado cubos de tinta para informar a sus lectores del sucio negocio. En todos ellos se hacía resaltar la labor realizada por el detective privado Dave Walker, quien durante una semana se había estado jugando el pellejo sin contar con la ayuda de nadie. En los días que estaba otra vez en Nueva York había rechazado media docena de clientes. La mayoría de ellos vinieron en busca de él atraídos por su nascente fama, pero ninguno de los asuntos que le encargaron suscitó su interés. Un tipo quiso que vigilase a su esposa porque creía que le traicionaba con otro. Una dama de la alta sociedad quiso contratarlo para que la acompañara en un viaje a Europa y custodiase sus valiosas joyas...

De pronto se oyó el zumbido del interfono y cuando le dio la vuelta al conmutador, Susan le anunció:

—Está aquí la señora Owen.

—Bien, hágala pasar.

Elizabeth Gwen resultó ser una mujer de unos cuarenta años, de rostro que en otro tiempo debió ser bello, de ojos claros y cutis sonrosado. Su vestido había soportado unos cuantos lavados, ya que el color primitivo estaba bastante desvaído. Su sombrero también debió conocer tiempos mejores.

Cuando cerró la puerta tras sí, avanzó tímidamente hacia la mesa en que la esperaba Walker, quien con una sonrisa le señaló un sillón.

—Por favor, siéntese, señora Owen.

La mujer aceptó la invitación y puso un bolso muy gastado sobre sus rodillas.

Walker le ofreció cigarrillos, pero ella negó con la cabeza y él encendió uno.

—¿Qué desea de mí, señora Owen? —preguntó Dave, arrojando una bocanada de humo.

Elizabeth Owen se humedeció los labios con la lengua y, tras una prolongada pausa, dijo:

—Vengo a visitarle en nombre de mi marido, señor Walker. —Guardó otro silencio y añadió bajando la mirada—: Él es Brince Owen.

Dave quedóse mirando fijamente al rostro de la mujer al tiempo

que una corriente fría le recorría la espina dorsal.

—¿Brinche Owen? —repitió para sí mismo.

—Sí, señor Walker, soy la esposa del hombre que ejecutarán en la silla eléctrica dentro de cuatro días.

Dave quedó inmóvil durante un rato y finalmente se sentó en su sillón.

—Lo siento, señora Owen. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Mi marido me ha dado esta carta para usted. —La mujer abrió el bolso y extrajo una carta doblada que alargó a Walker por encima de la— mesa.

El detective cogió la misiva y la abrió; Era una cuartilla escrita a mano, cuyo contenido decía:

«Estimado señor Walker:

»No le conozco personalmente y, por supuesto, usted tampoco me conoce a mí, pero los dos hemos oído hablar el uno del otro. Usted porque probablemente habrá seguido, como tantos millares de americanos, el curso de mi proceso, al final del cual fui convicto de asesinato en primer grado y condenado a la silla eléctrica. Le escribo esta carta como una última apelación. Soy inocente, señor Walker. Ya sé que mi declaración le parecerá increíble, dado el cúmulo de pruebas que existía contra mí y que me colocaron en esta situación, pero le repito que soy inocente. Ni siquiera mi propio abogado creyó en mí. Usted es joven y valiente. Me queda la esperanza de que usted, en última instancia, realice un milagro: el de salvarme. No tengo dinero, sólo me queda mi mujer y mis dos hijos, los cuales probablemente tendrán que vivir de la caridad pública. No le escribo esto para hacer un llamamiento a sus sentimientos, sino para indicarle que sus esfuerzos, si los hace, no se verán recompensados. No le quiero cansar más. ¿Me ayudará usted?

Brince Owen».

Walker volvió a meter la cuartilla en el sobre y fijó la mirada en el rostro de Elizabeth Owen.

—No sé cómo decírselo, señora. Owen, pero el caso de su marido es verdaderamente insólito. Ha sido juzgado y lo encontraron culpable. No conozco los detalles del proceso, pero sí lo recuerdo en general y, para ser sincero, he de decirle que su culpabilidad fue suficientemente demostrada.

La señora Owen dulcificó el semblante y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras decía:

—Él es inocente.

—¿Cómo lo sabe?

—Brince es incapaz de realizar una acción como aquella por la que fue juzgado. Tiene que creerme, señor Walker.

La mujer dobló la cabeza y sacó rápidamente un pañuelo del bolso, secando sus ojos.

Walker se levantó del sillón y dirigióse hacia la ventana. Allí esperó a que la señora Owen se calmase y luego volvióse diciendo:

—¿Se da cuenta de que su marido me pide algo que está fuera de mi alcance?

—Escuche, señor Walker —respondió la señora Owen, levantándose también—. Yo he sido quien ha indicado a mi marido que le escribiese.

—¿Por qué?

—Él está derrotado, no quiere más que todo termine pronto. Cuando fue condenado perdió los últimos deseos de luchar. He sido yo en realidad quien ha leído todo lo que a usted se refiere. Se lo expliqué a Brince y le dije que era usted el hombre que él necesitaba.

—Su propio marido me pide que yo haga un milagro.

—Ello mismo debe indicarle cuál es su estado de ánimo. Ha perdido la confianza en la tierra y sólo espera algo del cielo.

—Pero yo soy un hombre, señora Owen.

La señora Owen volvió a dejarse caer en el sillón, sollozando.

Walker la miró un rato en su desolación y finalmente hizo chasquear los dedos.

—Está bien —dijo—, estudiaré el caso de su marido.

Ella levantó la cabeza con los ojos brillantes de esperanza.

—¿Lo hará, señor Walker?

—Si yo digo una cosa, tenga la seguridad que la llevaré a cabo. Pero entiéndalo, no le puedo prometer nada. Sólo le he dicho que estudiaré el caso. Si no encuentro nada favorable a su marido, se lo comunicaré a usted con entera libertad.

—Sí, señor —asintió la mujer.

—Creo recordar que el abogado de su marido fue Clarence Stone.

—Lo encontrará hoy en su despacho. Antes de venir aquí me aseguré de que se encontraba en la ciudad.

—¿Tan segura estaba usted de que yo iba a aceptar? —sonrió Walker.

—Sólo tenía el presentimiento de que era usted realmente un hombre decidido, señor Walker, y que me acogería al menos con benevolencia.

Walker acompañó a la señora Owen hasta la puerta.

—Dele su dirección y su número de teléfono a mi secretaria para el caso de que tenga que ponerme en contacto con usted.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señor Walker.

Dave hizo un gesto indicando que aquello no tenía importancia y cuando su visitante salió regresó a la mesa, sentóse, puso las piernas sobre el cajón y quedóse pensativo.

Al cabo de unos minutos se abrió la puerta de golpe y apareció Susan con el semblante perplejo.

—¿Es que se ha vuelto loco, señor Walker?

—¿A qué viene, eso, Susan? —preguntó mirándola.

—Usted es ahora el detective más famoso de la ciudad y puede elegir entre sus clientes. ¿Cómo se va a encargar de una causa perdida? No he querido creerlo cuando me lo ha dicho. Brince Owen fue acusado de ese horrible asesinato y no solamente lo condenaron los doce componentes del jurado, sino toda la nación. Le ejecutarán dentro de unos días. Ninguna persona sensata daría un centavo por su inocencia. Mintió una y otra vez deliberadamente durante su proceso.

Walker sonrió mientras hacía descansar sus piernas en el suelo y se acodó sobre la mesa.

—Quizá sea que me gustan los casos perdidos.

Susan negó con la cabeza.

—No, jefe —sonrió tristemente—. Lo que le pasa a usted es que tiene demasiado corazón. Esa mujer le ha impresionado.

—Cállese.

—Y mi presencia en su oficina es otra prueba de ello. Usted me dio el puesto pensando en que yo era viuda y que tenía un hijo con parálisis infantil.

—Creo haberle dicho que olvidase eso, Susan. Recuerde que me espera un gran trabajo.

—¿De verdad insiste en encargarse de lo de Brince Owen?

—Se lo he prometido a su mujer. Llame a Clarence Stone, el abogado, y consígame una entrevista.

Susan dio un suspiro, se encogió de hombros y retiróse.

Quince minutos más tarde, Walker cogía el sombrero y abandonaba el despacho.

Susan le informó de que el señor Stone lo esperaba a las once.

A esa hora en punto, una pelirroja secretaria le hacía penetrar en el despacho de Clarence Stone. El abogado salió a su encuentro tendiendo su poderosa garra.

—Celebro conocerle, señor Walker. ¿Quiere usted sentarse?

Dave ocupó un gran sillón y el abogado le ofreció una caja de cigarros, de la que aceptó uno que guardó en el bolsillo.

—Dígame cuál es el objeto de su visita —dijo Stone.

Walker cruzó las piernas y respondió:

—Quisiera echarle una ojeada a las actuaciones judiciales respecto a uno de sus representados: Brince Owen.

Instantáneamente, Stone borró la sonrisa de sus labios.

—¿Owen? ¿Es posible?

—Ha oído usted bien, señor Stone. El hombre que va a ser ejecutado.

—Pero ¿por qué?

—Brince me escribió una carta que trajo su mujer hace un rato a mi despacho. Ambos me han pedido que lleve a cabo una nueva investigación.

—Oh, no sabe cuánto siento que haya sido sorprendido en su buena fe. Brince le habrá dicho que es inocente y su mujer se habrá encargado de hacerle una escena.

—A mí no me importa nada de eso, señor Stone. Ahora estoy

libre y creo que voy a perder un poco de mi tiempo en estudiar los pormenores del caso. —Hizo una pausa y añadió—: Ya sé que es usted uno de nuestros mejores abogados criminalistas y que no pudo hacer nada por Owen, pero quedará más tranquilo conmigo mismo si cuando vuelva a ver a la señora Owen, le digo que a pesar de haber estudiado el expediente, no he encontrado nada favorable a su marido.

—Bueno, quizá usted no sepa que las actuaciones judiciales del caso del pueblo de Nueva York contra Brince Owen comprende nada menos que tres mil seiscientas páginas. ¿Se da cuenta? Tendrá que leer aproximadamente unas setecientas cincuenta mil palabras para enterarse de todo. Naturalmente, si usted cree que está obligado con los Owen puedo hacerle un resumen del asunto.

—Es usted muy amable, señor Stone, pero preferiría leer esas tres mil seiscientas páginas.

Stone miró al detective con las cejas enarcadas.

—¿Va a hacer eso, señor Walker?

Dave se levantó.

—Cuanto más pronto lo empiece, antes terminaré. ¿Me lo puede proporcionar ahora?

Stone se pellizcó el mentón mirando al detective, y finalmente dijo:

—Está bien, como usted quiera. —Tocó un timbre y poco después apareció la pelirroja secretaria—. Entregue al señor Walker el expediente de Brince Owen.

La joven hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y salió.

Walker dijo al abogado:

—Se lo devolveré mañana, señor Stone.

—Pero... si necesitará varios días para leerlo.

—Mañana lo tendrá aquí —repitió Dave tendiendo la mano a Stone.

Éste cambió un apretón con el detective sin salir de su asombro.

Fuera, la pelirroja lo esperaba con tres abultadas carpetas azules. Walker las cogió, dio las gracias y salió de la oficina.

Eran poco más de las doce cuando regresaba de nuevo a su despacho.

Al detenerse ante Susan le advirtió:

—No estoy para nadie. Cancele todas las llamadas. Cuando salga

para almorzar encargue en el restaurante de Lee comida y cena para hoy y desayuno para mañana. Que lo traigan a sus horas, con abundante café. Y cómpreme un cartón de tabaco.

Walker penetró luego en su despacho sin que su secretaria pronunciase palabra alguna.

Dejó las carpetas sobre la mesa, colgó el sombrero en la percha, se aflojó la corbata y ocupó el sillón. Inmediatamente empezó a leer el expediente de Brince Owen, el hombre que a aquellas horas se hallaba en la celda de la muerte de

Sing-Sing

y al que tan sólo separaba de la silla eléctrica el espacio de cuatro días.

## CAPÍTULO II

Marta Fisch, de veintiocho años, era una morena bien parecida, divorciada de su marido, que vivía con su madre Kate y su hijita de tres años en una casa de la isla Staten.

Trabajaba como mecanógrafa en las oficinas de Irwin Colonna, dedicada a informes comerciales, pero en el tiempo que ocurrieron los hechos, la joven disfrutaba de unas vacaciones tomadas a cuenta de las que debían corresponderle durante el verano siguiente.

El 23 de marzo de 1956, Marta decidió ir de compras a la ciudad, por la tarde, llevándose a su hija Helen y a su madre Kate. Iniciaron el viaje en automóvil, con Marta al volante. Se había alejado unas dos millas de la casa cuando el motor del coche empezó a funcionar mal y poco después se detenía.

El incidente ocurrió en Merrill Avenue, a cincuenta yardas de su intercesión con la carretera denominada Avenida Sur. Los contornos eran boscosos, sin ninguna casa a la vista, así es que Marta pensó muy cuerdamente que lo mejor sería ir hasta una estación de servicio que había a unas dos millas de allí, en la Avenida Sur, para que fuesen a proporcionarle auxilio. Su madre le dijo que ella cuidaría de la pequeña Helen, así es que Marta se dirigió a la Avenida Sur.

Al llegar a la intercesión, un «Ford» sedán se detuvo. Marta habló vivamente con el hombre que iba al volante, y luego volvió la cabeza y le gritó a su madre que aquel señor la iba a llevar hasta la estación de servicio. Fue la última vez que Kate vio a su hija viva.

Kate esperó casi una hora, hasta que apareció un motociclista, el patrullero Boris Hudson, quien preguntó qué estaban haciendo allí. Ella le explicó lo que pasaba y entonces el policía le dijo que acababan de encontrar a una mujer en un camino solitario, a milla

y media de allí.

Era su hija Marta y estaba muerta. Había recibido dos balazos: uno en el cuello y otro en el pecho.

La muerte destruyó el anonimato de Marta Fisch. Al día siguiente su retrato miraba a todos los lectores de los periódicos de Nueva York. Era obvio que había sostenido una terrible lucha. Sus ropas estaban desgarradas y su cuerpo lleno de cardenales.

Los periódicos decían que había muerto defendiendo su honor. La belleza de la mujer muerta, la trágica figura de su hijita de tres años, y la brutalidad del ataque, contribuyeron a que este caso fuese el más sensacional del año.

Los habitantes de la isla Staten estaban indignados. Un asesino degenerado andaba suelto por la ciudad y los hombres que se dirigían por la mañana a sus oficinas de Manhattan no se sentían tranquilos hasta que habían regresado a su hogar y encontraban sanas y salvas a sus esposas e hijas.

Las organizaciones cívicas estimularon la cacería del criminal ofreciendo recompensas por su captura, que llegaron a ascender a ocho mil quinientos dólares.

Empezó a surgir un retrato borroso del asesino.

Para empezar, manejaba un «Ford» sedán. Kate, la madre de la víctima, estaba segura de ello, y también estaba segura de que llevaba abrigo y sombrero color café.

Otro testigo le había visto. Se trataba de Betty Dooley, muchacha de diecisiete años. Iba a un recado y al llegar al cruce de la Avenida Sur y Merrill vio el «Ford» sedán detenido. Había oído cómo Marta pedía al conductor que la llevase hasta la estación de servicio. La jovencita Betty dijo que el conductor del auto llevaba gafas de carey, abrigo y sombrero, ambos de color café. Era moreno y de pelo castaño.

La policía difundió una descripción del asesino, puntualizando que Marta había recibido dos balazos de una pistola «Colt» automática, calibre 25.

Así empezó la cacería de un hombre que llevara sombrero y abrigo color café, tuviera una pistola «Colt» calibre 25, manejara un «Ford» sedán, fuera moreno, de pelo castaño y usara gafas de carey.

La vecindad de la isla Staten pasó por momentos de verdadero agobio. Se encontraron individuos que poseían el «Ford» sedán,

pero no llevaban abrigo de color café ni automática «Colt». Se hallaron individuos que tenían automática «Colt», pero que no poseían ni «Ford» sedán ni abrigo color café y que eran calvos.

El 15 de abril, casi un mes después de que Marta había sido asesinada, se acusó a Brince Owen del crimen. Él poseía un abrigo color café, manejaba un «Ford» sedán y era moreno. Su cabello, de color castaño, se lo había cortado casi al rape tres días después del crimen.

El 25 de abril, Owen era condenado y enjuiciado en la Corte del Condado de Richmond, San Jorge, isla Staten, ante el juez Caplan.

Brince Owen apareció ante sus vecinos como un demonio. Había atacado a una mujer decente e indefensa, y al encontrar resistencia fue poseído por tal furor que la baleó sin piedad. Ésta era la opinión unánime.

Contrariamente, era el prototipo del hombre medio. Bajito, de aspecto vulgar, a, los treinta y dos años se había casado y tenía dos hijas: Sara, de un año, y María, de cinco. Él y su esposa parecían gente devota.

Brince era proyeccionista cinematográfico en el cine Imperio, el mejor de su género en el puerto de Richmond. Como entretenimiento tocaba el trombón. Su vida parecía normal y completa. Era miope y por ello usaba gafas con aros de carey.

Brince no tenía ninguna coartada para las horas cruciales del 23 de marzo de 1956, en que había sido cometido el asesinato. Dijo que había ido a Manhattan a las oficinas del corredor que manejaba su mínima cuenta bursátil; pero este cuento quedó hecho pedazos cuando dicho corredor declaró que desde luego Brince no había estado en su despacho.

Brince dijo también que había ido a comer a un restaurante chino de la Sexta Avenida, pero ninguno de los mozos lo recordaba.

No se había encontrado con nadie en absoluto que lo recordara en el camino a su casa.

El golpe sensacional que colocó a Brince Owen a dos pasos de la silla eléctrica fue el descubrimiento de que poseía una pistola «Colt» automática calibre 25. Naturalmente tenía licencia de armas. La policía, que ya conocía este hecho por el registro oficial, pidió a Brince les indicara dónde tenía el arma, y el detenido contestó que la había arrojado a un solar. Pero los de la Brigada de Homicidios

jamás pudieron encontrar esa pistola.

Por si faltaba un argumento decisivo, lo proporcionó el patrullero Rodney Keller, el cual había estado en el bulevar Victoria, a milla y media de donde se cometió el crimen. A las cuatro y veinticinco de aquella tarde fatal se dirigía a su casa a pie después de haber terminado el servicio, cuando vio que un «Ford» sedán se acercaba a una velocidad de unas cuarenta millas por hora. Rodney le hizo señales para que se detuviera y lo llevara hacia su casa, pero el «Ford» continuó su camino.

Rodney había podido fijarse bien en la persona que manejaba el volante, y no vaciló en identificar a Brince Owen.

Un día después del crimen, el propio Brince pidió en un garaje que le repintasen el coche, lo cual unido a su corte de pelo y todo lo demás, dio lugar a que el país entero lo señalase como culpable.

Su abogado, Clarence Stone, contó a los doce hombres que integraban el jurado una historia sobre su patrocinado que nadie creyó.

A tenor de ella, Brince Owen había sentido un pánico terrible cuando la policía dio la descripción del asesino de Marta Fisch. El retrato del criminal cuadraba perfectamente con él mismo. Pensó que no tardarían en darle caza acusándole de algo que no había cometido. Por ello procuró deshacer coincidencias.

Se cortó el pelo, repintó el «Ford» y se desprendió de la pistola automática.

Stone aseguró que fue solo el miedo lo que le indujo a procurarse una coartada que en última instancia se volvió contra él.

Pero el fiscal pulverizó el débil alegato del defensor con una sola frase.

«La conciencia de la culpabilidad —dijo al jurado—, persiguió a Brince Owen desde que asesinó a Marta Fisch».

Cuando el jurado pronunció un veredicto de culpabilidad y el juez Caplan sentenció al acusado a morir en la silla eléctrica, varios millones de americanos respiraron satisfechos.

Y así fue cómo Brince Owen fue a parar a  
Sing-Sing  
y lo encerraron en la celda de la muerte.

## CAPÍTULO III

Susan Leighton abrió la puerta del despacho de Walker y vio a este retrepado en el sillón giratorio con los pies sobre la mesa. En la habitación reinaba el desorden. Sobre una mesita había una bandeja con varios platos en los que quedaban restos de comida, un par de tazas de café vacías y un cenicero completamente lleno de colillas de cigarros. Susan puso los brazos en jarras y exclamó:

—Me imaginaba que iba a cometer esta barbaridad.

Luego dio la vuelta al conmutador de la luz apagándola y se dirigió a la ventana abriéndola de par en par. Los rayos del sol hicieron daño a los ojos de Walker, quien se los restregó al tiempo que bostezaba.

—¿Qué hora es, Susan?

—Las ocho y media, y apuesto a que no ha dormido usted ni quince minutos.

Dave se levantó y pasóse una mano por la crecida barba.

—Realmente ha sido así, pero no ha sido mía la culpa. Esa historia de Brince Owen logró interesarme de veras.

—¿Y qué conclusión ha sacado?

—En todas las actuaciones judiciales no hay nada que le favorezca, pero lo paradójico del caso es que el propio Brince se metió en la trampa. ¿Recuerda usted los hechos?

A continuación, sin esperar una respuesta, Walker hizo a su secretaria un resumen de lo que había leído en las páginas del enorme expediente. Cuando hubo terminado se quedó en medio de la habitación vuelto hacia la joven y dijo:

—¿Se da cuenta, Susan? Todo está en contra de ese hombre.

—Nadie dudó de su culpabilidad y es una lástima que usted haya perdido la noche en convencerse de ello.

—Pero ocurre algo curioso, Susan. Todas las pruebas que se alegaron contra Brince Owen son meramente circunstanciales. Una jovencita, Betty Dooley, y un patrullero, Rodney Keller, aseguraron haber visto a Brince en los alrededores del escenario del crimen. Su coartada de que había estado aquella tarde en las oficinas de su corredor y comiendo en un restaurante chino, se vino abajo al no haber nadie que testimoniase en su favor. Se insistió en que el asesino llevaba un abrigo y un sombrero de color café y gafas de carey, en que era moreno y de pelo castaño. Brince tenía un abrigo y un sombrero de color café, Las gafas, era moreno y tres días después del asesinato se hizo cortar el pelo casi al rape...

Walker paseaba nerviosamente por la habitación, pasándose la mano por la nuca.

Susan lanzó un suspiro y dijo:

—Es demasiado evidente que Brince Owen asesinó a Marta Fisch, Además, usted no ha mencionado lo de la pistola automática calibre 25.

Dave se detuvo, mirando a su secretaria.

—Ésa, en realidad, hubiese sido la única prueba material de haber aparecido la pistola. Los peritos en balística de la policía, hubiesen determinado inmediatamente si la pistola de Brince era el arma con la que se había disparado contra Marta Fisch.

—Pero el hecho de que Brince la hiciese desaparecer significa que era el culpable. En caso contrario, Brince la hubiese conservado.

—Sí. Pero recuerde que él obró impulsado por un gran pánico.

—Ésa fue la historia que construyó su abogado, el señor Stone, porque era la única defensa que tenía. No se caliente más la cabeza, señor Walker. —Susan hizo una pausa y añadió—: Le diré lo que va a hacer. La señora Owen dejó su número de teléfono. Llámela ahora mismo, dígame que no puede hacer nada por su esposo y márchese a dormir. Se tiene bien ganado un descanso.

Walker se pasó una mano por la frente y a continuación sacudió la cabeza diciendo:

—No, no voy a hacer nada de eso.

—¿Va a seguir leyendo ese mamotreto?

—No, ya no me hace falta. Lo que voy a hacer es ir a ver a Brince Owen. Quiero hablar con él.

—¿Cree que vale la pena?

Dave se encogió de hombros y penetró en el lavabo adyacente.

Dos horas más tarde, Dave Walker se encontraba en la prisión de Sing-Sing esperando en el locutorio que apareciese ante él el condenado Brince Owen.

Cuando éste se dejó ver acompañado por un guardián, el detective privado no reconoció al pronto. Walker había visto sus fotografías de un año antes relacionadas con la muerte de Marta Fisch y le había calculado unos noventa kilos. Ahora no debía llegar a los sesenta. Tenía el rostro macilento y la mirada apagada. Su pelo era de un fuerte color castaño.

El guardia se quedó en la puerta y Owen enfrentóse con el visitante que había al otro lado de la reja.

—¿Qué tal, señor Owen? —le saludó Walker con una sonrisa—. Soy Dave Walker.

Brince miró a su visitante sin sonreír. Estaba como azorado y sus labios se abrieron para decir algo, pero al fin cerráronse sin haber pronunciado palabra alguna.

—Dígame la verdad, señor Owen —dijo fríamente Walker.

Brince Owen miró fijamente a los ojos del detective y respondió:

—Soy inocente.

—¿Usted inocente? —retrucó Dave, con una sonrisa irónica—. Sea razonable, Brince. ¿Cómo podría ser inocente y soltar tantas mentiras como usted soltó para fabricar esa estúpida coartada?

—¡Tenía que hacerlo! —Los ojos de Brince centellearon, y siguió diciendo a gritos—: ¡Tenía miedo de que me lincharan lo mismo que a Rex Turbin!

—¿Rex Turbin? —Walker estaba perplejo. No había encontrado mención alguna de Rex Turbin en el expediente.

—Sí, un tipo al que hace tres años cogieron en la isla Staten por un crimen. No había contra él más que pruebas circunstanciales, pero era judío, como yo, y lo lincharon. ¿No vio sus fotografías en los periódicos?

Walker recordó.

Efectivamente había habido un tal Rex Turbin al que se acusó de haber asaltado de noche una casa en que vivían una mujer vieja y su nieta. Fue un crimen horrible. La niña y la abuela fueron

salvajemente maltratadas. La niña murió, pero los médicos pudieron salvar a la anciana. Turbin era un vagabundo que merodeaba por las inmediaciones y el vecindario le señaló como el asesino. Antes de que la policía pudiese intervenir, Rex Turbin fue cogido por la masa y linchado. Su cuerpo apareció colgado de un poste. Pero meses más tarde fue detenido un hombre en Nueva York, quien resultó ser el verdadero culpable.

—No era suficiente, Brince —dijo Walker—. El hecho de que se cometiese un error con Rex Turbin no quería decir que fuese a ocurrir otro tanto con usted.

—¿No? La descripción del hombre que había asesinado a Marta Fisch coincidía exactamente conmigo, Yo tenía un abrigo y un sombrero de color café, una pistola «Colt» del mismo calibre, un «Ford» sedán, uso gafas de carey, soy moreno y con el pelo castaño...

—Pero si usted no disparó la pistola, tenía una prueba irrefutable de que no era el asesino.

—No lo pensé. Tenía mucho miedo y arrojé la pistola a aquel solar. Alguien debió cogerla.

—¿Y fa coartada para la hora del asesinato? ¿Por qué dijo que había estado en las oficinas de su corredor y en aquel restaurante chino?

—No era cierto, desde luego, pero pensé que como en las oficinas siempre hay mucha gente, quizá algún empleado podía creer que me había visto.

—Y pensó también que en el restaurante chino había mucha gente y que alguien creería haberle visto. —Walker hizo una pausa—. No he oído nada más ingenuo en mi vida. Suena a falso desde cincuenta millas de distancia. Es usted un embustero, señor Owen.

Walker no tenía más remedio que atacarle, tenía que ser duro con él.

Los ojos de Brince se nublaron de lágrimas. Mordióse el labio inferior y se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta de presidiario. Sacó el pañuelo y escondió el rostro en él. Casi sin descubrirse, dijo con voz apenas audible:

—La verdad es ésta, señor Walker. La tarde del crimen estuve en Central Park, sentado en un banco, leyendo un periódico. Estaba franco de servicio. Regresé a mi casa sobre las siete en el «Ford»,

que tenía aparcado en la calle. Nadie me vio y no podía probarlo...

Walker sacó el paquete de cigarrillos y cogiendo dos pasó uno de ellos por el enrejado.

—Ande, fume, Brince.

El convicto guardó de nuevo el pañuelo en el bolsillo de donde lo había sacado y con la misma mano cogió el cigarrillo.

El detective frunció los ojos.

—¿Qué le pasa a su mano derecha, Brince? —preguntó.

—Nada. ¿Por qué?

—Tiene el pañuelo en el bolsillo izquierdo y lo ha cogido con la mano izquierda, lo mismo que ahora el cigarrillo.

—Es que soy zurdo.

Walker quedóse un rato pensativo, sin encender, y al fin frotó el fósforo y acercó la llama al enrejado.

Brince encendió y luego lo hizo él.

—Me marchó ya, señor Owen.

—No me ha creído, ¿verdad?

—No puedo contestarle ahora, Brince.

—Gracias de todas formas por la visita.

—No hay de qué darlas.

Walker vio cómo el condenado a la silla eléctrica daba media vuelta y se dirigía hacia el lugar en donde le esperaba el guardián.

Minutos más tarde, Walker abandonaba la prisión y se dirigía de nuevo a la ciudad. En el camino se detuvo en un bar y llamó por teléfono a Kurt Neuman, perito en Balística, citándolo para las doce en su oficina.

Cuando Dave llegó a su despacho, Susan le preguntó por el resultado de su entrevista con Brince.

—Se lo diré más tarde —dijo él, y durante la hora siguiente volvió a sumirse en el estudio de las actuaciones judiciales.

A las doce en punto, Susan le notificó que el señor Neuman acababa de llegar.

Walker le hizo pasar inmediatamente a su presencia.

El detective mostró a Neuman el diagrama de la trayectoria de la bala que Marta Fisch había recibido en el pecho. Según los peritos de la policía, la bala había entrado en el pecho siete centímetros a la izquierda del lado medio y se había alojado en la región de la espina dorsal, cinco centímetros a la derecha de aquella

línea.

—¿Qué pasa? —preguntó Neuman, tras haber examinado el diagrama.

—¿Lo has visto bien, Kurt? —preguntó Dave.

—Perfectamente. Suéltalo ya.

—¿Ha podido disparar un zurdo ese balazo?

Kurt Neuman arrugó el entrecejo, mirando al detective, y finalmente volvió sus ojos al diagrama, estudiándolo concienzudamente. Por fin levantó la mirada y sacudió la cabeza diciendo:

—Eso es virtualmente imposible.

Walker sintió que el corazón le daba un brinco. Él tenía algunos conocimientos de Balística y había formado su opinión, pero, naturalmente, quería conocer la de un buen técnico y Kurt Neuman lo era, el mejor quizá de Nueva York.

—¿Por qué, Kurt? ¿Por qué no ha podido disparar ese proyectil un zurdo?

Neuman señaló con el índice el diagrama y respondió:

—Si lo hubiera hecho un zurdo, habría sido imposible que la bala, después de entrar en el cuerpo, recorriera una trayectoria de doce centímetros a la derecha, tal como ocurrió aquí.

Walker se llevó una mano a la cara y se apretó con fuerza las sienes. Estaba realmente emocionado. Aquello significaba que, a pesar de todas las pruebas circunstanciales, a pesar del abrigo y del sombrero color café, las gafas de carey, del modelo «Ford» sedán, de la pistola calibre 25, de la identificación de Betty Dooley y del patrullero Keller... ¡Brince Owen era inocente! ¡Y aquel hombre iba a ser ejecutado en la silla eléctrica tan sólo tres días más tarde!

—Gracias, Kurt, me has prestado un gran servicio.

Acompañó hasta la puerta al perito en Balística y cuando éste se hubo marchado se dirigió a su secretaria diciendo:

—Brince Owen es tan culpable de la muerte de Marta Fisch como usted o como yo.

Los ojos de Susan se agrandaron.

—¿Cómo es eso, señor Walker?

Dave sonrió abiertamente y contó a su secretaria el descubrimiento que había hecho respecto al diagrama del balazo en el pecho de Marta Fisch y la zurdería de Brinco Owen.

—¡Canastos, jefe! —exclamó la muchacha—. Eso es verdaderamente sensacional. ¿No bastará con ello para conseguir la revisión del juicio?

—Yo no soy abogado, sino detective. Me interesan los hechos, no los argumentos jurídicos. De todas formas tengo idea de que Stone no estaría dispuesto a demostrar que se había equivocado en el juicio pasando por alto una prueba tan importante. En las actuaciones judiciales no existe la menor mención a la zurdería de Owen. Además, no sé hasta qué punto, caso de que consintiese Stone en pedir una revisión, ésta podría ser concedida. Ha de tener en cuenta que Brince está en capilla. Probablemente el gobernador del Estado la consideraría como un subterfugio para demorar el cumplimiento de la sentencia de muerte. —Walker guardó silencio y luego dijo—: Sólo existe una solución.

—¿Cuál?

—Encontrar al verdadero culpable.

Walker se volvió hacia su despacho, cogió el sombrero y dirigióse hacia la salida. Cuando desapareció, Susan Leighton todavía no había salido de su perplejidad.

## CAPÍTULO IV

Charles Saxon, el marido divorciado de la difunta Marta Fisch, frisaba en los treinta y cinco años y era alto, de pelo rojizo, ojos azules y nariz aguileña.

Había comparecido en el juicio, pero su testimonio sirvió de poco. Se había separado de su mujer amigablemente un año antes de que ella fuese asesinada. Desde entonces sólo se habían visto un par de veces en que Charles fue a casa de ella para ver a la niña. Se dedicaba a la compraventa de automóviles y tenía el local de su negocio en una esquina de la calle Catorce.

Dave Walker esperaba frente a su mesa mientras Saxon dirigía una mirada a la tarjeta que él le acababa de entregar. Por fin levantó los ojos y dijo:

—Detective, ¿eh? Es una bonita profesión. Siéntese, señor Walker, y dígame qué puedo hacer por usted.

Dave ocupó un sillón tapizado en verde y luego dijo:

—Quisiera hacerle unas preguntas relacionadas con Marta Fisch. Saxon enarcó las cejas.

—No le comprendo, señor Walker. Creí que ese asunto estaba ya zanjado. Si no recuerdo mal, el asesino va a ser ejecutado dentro de unos días.

—No obstante, necesito hacerle esas preguntas.

—¿Por cuenta de quién trabaja?

—No estoy autorizado para decírselo.

Saxon se quedó un rato pensativo y finalmente asintió:

—Está bien, no comprendo a qué viene esto, pero estoy dispuesto. ¿Qué quiere saber, señor Walker?

—Hábleme de Marta Fisch. ¿Cómo era ella?

El vendedor de coches se echó hacia atrás en su sillón,

entrecruzó los dedos sobre el estómago e hizo una pausa como si intentase recordar cómo había sido la mujer con la que en otros tiempos estuvo casado.

—Marta era muy bonita, una de esas jóvenes que hacen que uno vuelva la cabeza cuando se nos cruzan en la calle.

—¿Qué tal carácter tenía?

—Muy independiente. Le gustaba mantener sus opiniones, aunque no se puede decir que fuese obstinada. Yo creo que su mayor defecto era su gran inteligencia. Soy un luchador, señor Walker. Lo que he hecho en la vida lo debo a mi tenacidad. Apenas tengo más cultura que la que me proporcionó la enseñanza primaria, pero Marta había ido a la Universidad. Quizá ello le explique las razones de nuestra separación. Fuimos presentados en el transcurso de una fiesta, empezamos a salir juntos y al cabo de un par de meses nos casamos. Luego, poco a poco, nos fuimos dando cuenta de que ambos habíamos cometido un error. Teníamos gustos distintos. Un día le dije que ella necesitaba como marido a un intelectual. Muchas veces se ponía a hablar después de comer y yo no lograba entenderla. No obstante, como si nos hubiésemos puesto tácitamente de acuerdo, intentamos salvar por todos los medios nuestro matrimonio. Así pasamos una larga temporada, pero los dos sabíamos que el final sería un fracaso. —Saxon guardó silencio para encender un cigarrillo. Luego prosiguió—: María quedó encinta y ello nos dio nuevas esperanzas, pero cuando nació Helen las diferencias se acentuaron. Marta no se atrevía a abordar el asunto, y al fin tuve que ser yo quien lo hiciese. Le dije que no tenía inconveniente en concederle el divorcio. Creo que nos comportamos razonablemente. Ella dijo que yo podría ir a su casa a ver a la niña siempre que quisiese y que incluso podría llevármela a pasar algunas temporadas conmigo. Todo se realizó normalmente y cuando nos concedieron la separación, yo alquilé un apartamento en la ciudad y Marta quedó con la niña y su madre en la casa solitaria de la isla Staten.

—¿Por qué eligieron aquella casa para vivir?

—Fue idea de Marta, según me contó su madre.

A mí desde luego no me gustó el panorama de vivir en aquel lugar tan apartado, pero vi a Marta tan ilusionada que preferí no oponerme.

—Comprendo —asintió Walker, y luego con voz un tanto fría preguntó—: ¿Qué hizo usted el veintitrés de marzo del año pasado?

Saxon dio una larga chupada al cigarrillo y quedóse mirando fijamente a su visitante.

—Fue el día del crimen, ¿no?

—Sí.

—Ya lo declararé a la policía en el juicio. Permanecí en mi oficina hasta las seis de la tarde, en que me dirigí a casa, de una amiga. Habíamos quedado en ir juntos al cine. Ella se llama Zoé Roth. La policía comprobó perfectamente mi coartada antes de que echasen el guante al asesino.

Walker se puso en pie y anduvo por la habitación. De pronto se volvió hacia Saxon, preguntando:

—¿Posee usted un «Ford» sedán?

—Entonces conducía un «Chevy». —Saxon sonrió.

—Tampoco he llevado nunca abrigo o sombrero de color café. Poseo una vista magnífica y jamás he necesitado utilizar gafas y respecto a la pistola automática calibre 25, siempre he sido poco partidario de las armas de fuego.

—Gracias, Saxon. Ha sido usted muy amable.

—No hay de qué, amigo.

El exmarido de Marta Fisch abrió la puerta que comunicaba con una oficina donde trabajaban dos escribientes.

Cruzaron ésta y salieron fuera, a un gran patio en el que había no menos de cincuenta coches.

Walker, con Saxon al lado, dirigió una mirada a los automóviles.

—¿Marcha bien el negocio, Saxon? —preguntó mientras buscaba en sus bolsillos el paquete de cigarrillos.

—No me puedo quejar.

Dave encendió y luego de tirar el fósforo al suelo dijo:

—Veo que tiene usted tres o cuatro modelos de «Ford» sedán.

Saxon sonrió mientras sus ojos brillaban.

—Es lógico que los tenga dedicándome a la venta de coches, ¿no le parece? Usted hizo su pregunta dándome a entender si el modelo lo utilizaba para mi servicio.

Walker sacudió la cabeza en sentido afirmativo y levantó la mano haciendo una señal de despedida.

## CAPÍTULO V

Una rubia de piernas esbeltas y rostro muy pintado, introdujo a Dave Walker en el despacho de Irwin Colonna, agente de informes comerciales.

El detective vio un hombre sentado en una silla, con el rostro lleno de espuma de jabón. Tenía el cabello gris y cubríase con un traje de buen paño. Detrás de él se encontraba un individuo bajito, de cabeza monda como una bola de billar, él cual esgrimía en la mano derecha una navaja barbera.

Irwin Colonna echó el torso hacia adelante y dirigió una mirada a su visitante.

—Conque es usted —dijo sonriente—. Me lo imaginaba como uno de esos tipos duros que salen en las películas. Armó una buena hace unas semanas con aquello de la trata de blancas. Le gusta eso, ¿eh?

Walker no tenía nada que alegar y dejó que el otro hiciese todo el gasto de la conversación.

—De todas formas, hizo un buen trabajo —terminó diciendo Colonna—. ¿Qué es lo que quiere?

Dave se apoyó en el filo de una mesa y enfrentóse con la cara enjabonada de Irwin.

—Creo que Marta Fisch trabajaba para usted cuando le ocurrió aquello.

Colonna arrugó el entrecejo mientras replicaba:

—Sí, trabajaba para mí, ¿y qué?

—¿Qué era lo que hacía?

—¡Le importa a usted un rábano!

Después del exabrupto, Colonna echó la cabeza hacia atrás e hizo una señal al barbero para que prosiguiera su faena.

Dave sacó un cigarrillo y lo encendió, fumando tranquilamente.

Cuando el barbero hubo acabado de afeitarse a Colonna, éste se quitó el paño blanco y púsose en pie. Era un individuo alto, casi mediría un metro ochenta, y su rostro era agraciado, casi guapo. Miró a Dave como si éste fuera una mondadura de patata, y murmuró:

—¿Todavía está aquí?

—Vine por un asunto que me interesa, Colonna —contestó Dave.

—A mí, no.

Irwin dio un billete de a dólar al barbero, y éste desapareció del despacho. Luego, el agente de informes comerciales dio la vuelta a la mesa y se sentó en un sillón de alto respaldo.

—No le comprendo a usted, Walker —dijo mientras el detective giraba hacia él—. ¿Qué es lo que intenta demostrar a estas alturas?

—¿Quién le ha dicho que yo intento demostrar algo?

—A lo mejor ha leído tantas alabanzas acerca de usted, que se ha creído el único hombre de la sociedad con cerebro. —Colonna hizo una pausa y añadió—: El hecho de que usted venga a mi oficina preguntando por Marta Fisch, y el de que usted sea detective, significa algo. ¿No le parece?

—Está bien —convino Dave—. Estoy exhumando el caso de Marta Fisch.

—¿Quién es su cliente?

—La mujer de Brince Owen.

Hubo un largo silencio; al fin Colonna dio un manotazo en el aire, y dijo:

—Usted no está en su sano juicio, Walker. Aquello finiquitó. Brince Owen fue considerado culpable. No le hubiese salvado ni un jurado compuesto por doce niños de siete años. Estaba tan claro todo como la luz que nos alumbra. ¿Por qué demonios quiere usted remover todo eso?

—Quizá sea porque, como usted dijo antes, me gusta armar camorra.

Colonna sonrió.

—Oh, no, amigo, aquí no tiene nada que hacer. A Brince lo asarán como un ternero dentro de unos días, y usted habrá hecho el primo yendo de un lado para otro.

—Es mi tiempo, y al fin y al cabo me pagan para perderlo.

Los ojos de Irwin Colonna centellearon mientras escrutaba el semblante de Walker. Transcurridos unos segundos, dijo:

—Es usted tozudo, detective, pero contestaré a sus preguntas. No quiero que diga fuego que fracasó por falta de colaboración. —Guardó un silencio, y prosiguió—. Marta Fisch era una de mis empleadas. Tengo otras tres. Marta se ocupaba concretamente del fichero. Era una buena chica, puedo asegurárselo.

—¿Desde cuándo trabajaba para usted?

—Me la presentó un amigo en un restaurante, cuando ella estaba tramitando su divorcio.

—¿Quién se la presentó?

—Lucas Demare, secretario ejecutivo del Banco Independiente. Lucas me dijo que Marta quería emplearse en algún sitio. Yo, por aquel entonces, tenía el negocio en crecimiento, y pensé que Marta, con su buen tipo, era apta para entrar en la plantilla. Llegamos a un acuerdo enseguida.

—¿Qué me puede decir como jefe de ella?

—Cumplía a satisfacción, aunque realmente no se trataba de ningún trabajo complicado.

Dave pasó el índice por el borde de la mesa y preguntó sin mirar a su interlocutor:

—¿Qué me dice de ese período de vacaciones que Marta tomó en marzo del pasado año, a cuenta de las que le correspondían en el verano?

—Oh, sí. Marta entró a verme un día y me dijo que necesitaba por lo menos una semana de libertad. Había dejado de gustarle su casa de la isla Staten, y pensaba venderla y comprar otra en Nueva York. Aseguró que en seis o siete días podría llevar la operación a cabo. Yo, naturalmente, no tuve inconveniente en concederle esa semana.

—¿La volvió usted a ver después que ella se marchó?

—No, en absoluto.

Dave asintió con la cabeza y dio unos pasos con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Qué opinión le merecía ella como hombre, Colonna?

—Era una chica bonita. Quizá algo superior al tipo corriente. Sabía decir las cosas precisas en el momento oportuno.

—Difícil de conquistar, ¿eh? —dijo Dave, mirándole.

Irwin Colonna enderezó su semblante.

—Debería romperle la crisma, Walker.

—¿Quizá me he extralimitado?

—No me gusta que nadie piense acerca de mí cosas que no han existido.

—Olvédelo entonces. —Dave se apretó el mentón, y luego, como si recordase algo, dijo—: Usted declaró en el juicio que pasó la tarde del día 23 de marzo del año pasado jugando a los naipes con unos amigos.

—Fue al *póker*. Tuve una racha estupenda. Creo que gané un par de centenares de dólares.

—¿Quiénes eran los restantes jugadores?

—¿Es una trampa, amigo? Si usted se ha encargado del caso, debe recordar perfectamente que los otros tres jugadores fueron Colin De Sarro, Jack Cobeane y Don Barlow.

—Barlow —repitió Walker—. ¿No trabaja en las oficinas del fiscal de Richmond?

—Sí, es el mismo.

—Le felicito, Irwin, tiene usted buenas amistades. ¿Qué hay de Cobeane y de Colin De Sarro? No los conozco y ninguno de ellos compareció en el juicio.

—Ellos no tenían que testimoniar nada. La policía se encargó de comprobar mi coartada y todo quedó conforme. —Colonna se levantó, dando por terminada la conversación—. Ya ve que he querido ayudarle.

Walker estrechó la mano que Colonna le tendía. Cuando se dirigía hacia la puerta, oyó al agente que decía:

—Es una pena verle a usted metido en esto.

Walker, con la mano en el pomo, se volvió.

—¿De veras?

—Claro que sí. No golpee la cabeza contra la pared. Brince. Owen mató a mi empleada. ¿Lo duda usted acaso?

Walker hizo un movimiento negativo.

—En absoluto, amigo Irwin. No tengo la menor duda a ese respecto.

Luego salió fuera.

Minutos después, Walker conducía su coche por la Avenida Sur de la isla Staten. Dirigíase a la casa de Betty Dooley, la jovencita

que casi un año antes había visto hablar a Marta Fisch con el conductor del «Ford».

Había preguntado en una estación de gasolina por su dirección. Eran poco más de las tres de la tarde.

Tomó por un camino vecinal, y un poco más allá se detuvo ante una casa de ladrillos rojos, cuyo jardín aparecía un poco descuidado. La verja estaba abierta y penetró por ella encaminándose al pórtico. En él había, sentada en una mecedora, una mujer de unos cincuenta años, que interrumpió la lectura de un libro.

—Mi nombre es Walker, Dave Walker —se presentó—. Deseo hablar con Betty Dooley.

—¿Acerca de qué, señor Walker? —quiso saber la mujer, y añadió—: Es mi hija.

—Estoy investigando ciertos aspectos del caso Fisch, señora Dooley. Soy un detective particular.

La mujer se le quedó mirando un rato atentamente, y por fin movió la cabeza en sentido afirmativo, levantóse de la mecedora, abrió una puerta y gritó:

—¡Eh, Betty! Baja, aquí te buscan.

Al cabo de un rato apareció una muchacha de unos dieciséis o diecisiete años, que vestía desenfadadamente una camisa a cuadros, cuyos faldones salían fuera, y un pantalón de hombre. Su cabello era del color de la paja, estaba muy despeinada, y sobre su pecosa nariz cabalgaban unas gafas con montura de oro, a cuyo través miró con curiosidad a Walker.

—Es un detective, Betty —le anunció su madre—. Viene por lo de Marta Fisch.

En los ojos de la chica brilló la curiosidad.

—Oh, creí que eso habría terminado ya —murmuró—. ¿De qué se trata?

Walker sacó los cigarrillos y se puso uno en los labios. Después de encender y lanzar una bocanada de humo, dijo:

—Usted, señorita Dooley, declaró que había visto a Marta Fisch hablar con el asesino, en la intersección de las avenidas Merrill y Sur.

—Así es.

—¿Qué distancia habría entre usted y el lugar en que estaban

ellos?

Betty arrugó la frente.

—Pues... quizá unas quince o veinte yardas.

—Usted dijo que se dirigía a la casa de una amiga llamada Rosa Smith, con quien estaba citada para hacer una tarta de manzana. ¿Tenía que pasar por la intercesión necesariamente para llegar a su destino?

—Yo no iba por la carretera, señor Walker —replicó Betty—, sino por un camino que discurre por entre la arboleda.

—¿Rindió usted testimonio inmediatamente a la policía?

—Verá lo que ocurrió. Dos policías trajeron a mi casa a la madre de la víctima y a la pequeña. Aproveché ese momento para decir a los agentes lo que había visto y oído.

—Pero usted oyó primero a Kate Fisch la madre de Marta, decir que su hija se había encontrado en la intercesión con un «Ford» sedán, y que ella pidió a su conductor que la llevase a la estación de servicio. ¿No es así?

El rostro de Betty se coloreó.

—Es posible que lo oyese; pero mi testimonio fue completamente voluntario.

Walker sacudió la cabeza y se acercó a una mesita sobre la que había un ejemplar del «Master Detective». Observó la portada, en la que una mujer con ojos aterrorizados estaba mirando una sombra que se cernía sobre ella, y luego se dirigió a la señora Dooley.

—¿Le divierten las historias de crímenes, señora Dooley?

—Oh, no, es cosa de Betty. Siempre ha sido aficionada a esas cosas. —La señora Dooley movió la cabeza dubitativamente y añadió—: Nunca tuve seguridad en, que mi hija hubiese presenciado realmente aquello señor Walker; pero ella insistió tanto que terminé por creerlo.

—¡Mamá! —exclamó Betty, encolerizada.

—Escuche, señorita Dooley —intervino Walker—. Quiero ahora que me diga la verdad. ¿Los vio usted o no los vio? ¿Oyó usted o no oyó que Marta Fisch le pedía al conductor del «Ford» sedán que la llevase a la estación de servicio?

—No pienso contestar a una sola pregunta más —respondió Betty, irguiendo desafiante la barbilla.

—Respóndame a una sola. ¿Desde cuándo usa usted gafas?

Betty se cruzó de brazos, apretando los labios, pero la señora Dooley contestó:

—Estrenó su primer par hace tres años, señor Walker.

—¿Qué graduación tiene?

—Dos dioptrías en cada cristal. Fue por última vez al oculista un par de semanas antes del crimen.

—Gracias, señora Dooley.

Walker se tocó el ala del sombrero y se alejó de la casa.

Poco después detenía el coche en la intersección de las avenidas Merrill y Sur, el lugar exacto en donde Marta Fisch se había encontrado con el «Ford». Saltó a la carretera y caminó hacia abajo, hasta el lugar en donde el automóvil de las Fisch había sufrido la avería. Calculó la distancia al regreso y fumó un cigarrillo. Cuando tiró la colilla no había pasado ningún automóvil en ninguna dirección.

Consultó su reloj. Eran las cuatro y veinticinco de la tarde.

Echó a andar hacia él bosque que había a la izquierda, y buscó el camino a que se había referido Betty Dooley. Lo encontró al cabo de un rato y miró hacia la carretera. Los árboles apenas dejaban ver el punto en donde estaba su coche, pero la distancia de allí a la intersección no era de quince yardas como había asegurado Betty, sino de cerca de treinta. Era imposible que ella hubiese visto nada con su miopía, y en absoluto pudo haber distinguido que el conductor llevara abrigo y sombrero de color café y gafas de carey.

Volvió a la carretera y montó en su coche, poniéndolo en marcha inmediatamente.

Minutos más tarde se detenía en el lugar próximo al bulevar Victoria, en que el patrullero Rodney Keller había intentado detener infructuosamente el «Ford» que, según él, conducía Brince Owen.

Abrió de nuevo la portezuela y saltó fuera, encendiendo otro cigarrillo. Observó de nuevo el reloj. Eran las cinco menos veinte.

Al cabo de un par de minutos oyó el zumbido de un motor. Un coche venía en la misma dirección que había seguido supuestamente el sedán «Ford». Traía una velocidad de unas cuarenta millas por hora, porque la carretera por aquel lado estaba muy mal cuidada.

Walker se quedó pensativo, fruncido el ceño.

Al cabo de otros diez minutos pasó un nuevo coche. Luego,

Walker no esperó más. Subió a su automóvil, pisó el embrague y se alejó de aquellos lugares.

Poco después de las cinco, aparcaba un poco más allá de la Comisaría de Richmond.

## CAPÍTULO VI

Penetró en el edificio y se dirigió a una mesa tras la que se hallaba un hombre sentado.

—Buenos días, sargento —dijo Dave enseñando sus credenciales—. Desearía hablar con el patrullero Rodney Keller.

El sargento, que apenas había prestado atención a la tarjeta que el detective le mostraba, miró un reloj que había en la pared, y añadió:

—Tendrá que esperar un rato, amigo, si no tiene prisa. Rodney termina su servicio a eso de las seis, y ha de pasar por aquí necesariamente.

—De acuerdo, sargento. Voy a tomar cualquier cosa por ahí y vuelvo.

Walker se dirigió a un bar cercano y comió unos emparedados.

Alrededor de las seis se dejó caer otra vez por la comisaría. El sargento levantó la mirada, y al verlo, le señaló un hombre rechoncho vestido de uniforme que estaba leyendo unas notas en el tablón de requerimientos.



Walker fue hacia él y preguntó:

—¿Rodney Keller?

—Sí, yo soy. ¿Qué hay?

—Me llamo Walker, Dave Walker.

—Sí, ya me lo dijo el sargento. ¿Qué es lo que le interesa?

—Preguntarle algo acerca de lo de Marta Fisch.

Keller observó con curiosidad a Dave y finalmente asintió con la cabeza.

—Adelante con sus preguntas.

—Usted, Rodney, declaró en el juicio de Marta Fisch que sobre

las cuatro y veinticinco de la tarde del crimen caminaba por el Boulevard Victoria rumbo a su casa después de haber terminado su servicio. Oyó a su espalda el motor de un coche y se volvió, haciendo una seña al conductor a fin de que lo llevase.

—Sí, señor. Levanté el pulgar —corroboró Keller, mostrando el dedo correspondiente de la mano derecha.

—Y usted identificó sin lugar a dudas al conductor como Brince Owen.

—Desde luego que sí. Le vi perfectamente. El coche iba a cuarenta por hora. Tenía al parecer mucha prisa y pasó de largo sin reparar siquiera en mí.

—¿Cuándo se enteró usted del crimen, Rodney?

—Llegué a casa y, conforme mi costumbre, me tomé un baño caliente. Luego me puse el batín y las zapatillas y me senté a leer el periódico. Al cabo de un rato me cansé y puse la radio. Estaba dando música de baile, pero de pronto se interrumpió la emisión y él locutor empezó a contar lo de la muerte de Marta Fisch.

—Muy bien, Rodney. —El detective guardó un silencio y luego preguntó—: ¿Por qué dejó transcurrir un mes?

—¿Cómo dice?

—Es muy sencillo. El locutor de la emisora explicaría cómo Kate Fisch había visto a su hija por última vez viva cuando se marchó con el conductor del «Ford». Usted, aproximadamente a la hora del crimen o poco después, vio un coche de ese tipo a menos de tres millas del lugar en que se había encontrado el cadáver de Marta. Le dedicó especial atención porque usted quería que lo llevase a casa, pero el conductor no le hizo caso. ¿Por qué no comunicó su descubrimiento a la Brigada de Homicidios?

Los ojos de Keller miraron entrecerrados.

—No caí al pronto en que el coche aquel era un «Ford» sedán.

—Usted es policía patrullero, Rodney. ¿No le parece un poco ingenua esa respuesta?

—¿Qué intenta sugerir usted?

—Usted sólo declaró cuando Brince Owen fue detenido, un mes después del crimen. Entonces apareció contando su historia.

—Vi el retrato de Brince Owen en el periódico e instantáneamente lo reconocí como el individuo que iba al volante del coche que no quiso detenerse a mi señal.

Dave dejó transcurrir unos cuantos segundos y finalmente disparó su siguiente pregunta:

—¿Cuánto le dieron a usted, Rodney?

—No le entiendo...

—Varias organizaciones ciudadanas de la isla Staten ofrecieron recompensas por la captura del sádico asesino. El importe total llegó a alcanzar la cifra de nueve mil dólares. La identificación de usted fue lo que realmente puso a Owen en la picota. Contra Brince solamente había pruebas circunstanciales, pero su testimonio, Rodney, fue verdaderamente digno de tener en cuenta.

Las mejillas del patrullero se colorearon.

—Creo que le he aguantado demasiado, señor Walker —murmuró furioso.

—¿Usted cree?

—Será mejor que me deje en paz.

—Lo haré cuando haya terminado.

—Usted ha terminado ya conmigo, compañero.

—Escuche primero lo que le voy a decir. Apuesto a que le va a interesar mucho. Hace aproximadamente una hora he estado en el bulevar Victoria, exactamente en el mismo lugar en que usted aseguró haberse encontrado con el «Ford» sedán. El día de autos, según consta en las actuaciones del caso Fisch, fue un día claro, brillante, con un sol deslumbrador. Exactamente como hoy, señor Keller. Mientras estaba allí pasaron un par de coches en la misma dirección en que, de acuerdo con su testimonio, marchaba el supuesto coche de Owen.

—¿Y qué? —preguntó Rodney, nuevamente con las cejas fruncidas.

El detective arrojó una bocanada de humo y contestó:

—El sol pegaba en los cristales del parabrisas de los dos coches que venían con rumbo oriental y por lo tanto se producía un reflejo tal que yo, de pie donde estaba, no he podido distinguir si la persona que venía manejando el volante era hombre o mujer. En cuanto a las facciones, no pude distinguirlas en absoluto. Ni siquiera hubiera podido decir si el que iba al volante era un blanco o un negro.

Hubo un largo silencio. Walker quedó mirando fijamente el rostro de Keller, el cual había perdido completamente el color.

—¡Usted está loco! —exclamó el patrullero.

—No, Rodney, estoy en mi sano juicio. Usted cometió un perjurio. ¿Por qué lo hizo?

Rodney apretó los dientes y sus palabras salieron por entre ellos como saetas:

—¡Lárguese de aquí, detective!

—¿Mintió deliberadamente por obtener la recompensa o bien procedió usted siguiendo las órdenes de alguien?

—Se la va a ganar en grande, sabueso.

—¿Me está amenazando? —sonrió Dave.

—Usted se dará cuenta de lo que le conviene. Nadie puso en duda mi declaración.

—Porque tampoco a nadie se le ocurrió comprobarla. Pero yo ahora lo he hecho. —Walker dio una chupada al cigarrillo y preguntó mientras arrojaba dos chorros de humo por la nariz—: ¿Va a descargar su conciencia, Rodney?

—¡Váyase al infierno!

—De acuerdo, amigo, me voy a marchar, pero le daré, una de mis tarjetas por si acaso cambia de opinión.

Dave sacó la cartera y extrajo una tarjeta de visita que colocó en el bolsillo superior de la chaqueta de cuero con que se cubría el patrullero. Luego dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta saliendo por ella sin volver siquiera una vez la cabeza.

Se metió en el coche y poco después lo detenía ante el edificio donde se ubicaban las oficinas de la Redacción de «El Centinela de Staten».

Subió a la segunda planta en un ascensor y encaminóse hacía una morena que había sentada ante un mostrador.

—Buenas tardes —saludó.

La joven levantó la cabeza. Era muy bonita y poseía unos ojos grandes de color azulado.

—¿Qué desea, señor? —preguntó con una gentil sonrisa.

—Estoy buscando a una mujer y he pensado que quizá ustedes supiesen su nueva dirección. Vivía el año pasado en la isla Staten.

—¿Cómo se llama?

—Kate Fisch.

—Oh, la madre de...

—Eso es. Según tengo entendido, Kate y su nieta abandonaron la

casa poco después del crimen.

La joven se levantó y Walker vio que era esbelta y que su cuerpo era una perfecta sucesión de curvas.

—Creo que quizá le podamos servir de ayuda.

Dio media vuelta y mientras se alejaba hacia el fondo de la sala donde trabajaban otros empleados, mostró a Dave sus torneadas pantorrillas enfundadas en medias de color carne.

Trasteó en unos archivos que había en una pared y al cabo de un rato regresó con una ficha.

—Según consta aquí —explicó—. Kate Fisch alquiló un apartamento en la calle Sesenta y Cuatro Oeste, 132, en abril del pasado año. No existe otra dirección, por lo que supongo debe continuar viviendo allí con su nieta.

—Ha sido usted muy amable.

Dave miró el sensitivo rostro de la muchacha y se lamentó de no tener más tiempo para ocuparse de ella. Era una chica que prometía muchas cosas.

Tocóse el ala del sombrero a guisa de saludo y abandonó la planta.

Abajo se metió en una cabina telefónica y llamó a su oficina. Susan todavía no se había marchado esperando sus noticias, pero él no le quiso decir nada por teléfono. Solamente le preguntó si había alguna novedad y Susan le contestó que ninguna.

Entonces él le dijo que se marchase a casa.

Eran las siete y media de la tarde cuando aparcaba el coche cerca del edificio cuya dirección le había dado la joven empleada de «El Centinela de Staten».

## CAPÍTULO VII

El superintendente de la casa se encontraba en un pequeño registro que había en un rincón, y apartó la mirada de un periódico para detenerla en el detective.

—Deseo hablar con la señora Fisch —dijo éste.

El otro, un tipo robusto, de cabello canoso, observó al visitante de pies a cabeza y repuso:

—Dígame quién es usted y para qué quiere verla. Se lo comunicaré a ella por teléfono. La señora Fisch se encuentra algo delicada de salud y no concede mucho tiempo a las visitas.

—Dígale que soy Dave Walker, un detective privado, y que he venido para hablarle acerca de su hija.

El superintendente hizo una mueca.

—Es precisamente lo que ella quiere evitar. Ya la molestaron bastante.

—Anúncieme de todas formas.

—Como quiera —cogió el micro, y después de ponerlo en contacto con una clavija, esperó como cosa de un minuto—. ¿Señora Fisch? Aquí hay un tal Dave Walker, que pregunta por usted. Es un detective... Algo relacionado con su hija... ¿No? Me lo suponía. Perdone, señora Fisch.

Dave arrebató el teléfono de manos del superintendente y dijo con rapidez:

—Escuche, señora Fisch... Es muy importante que suba a verla. Han surgido nuevos aspectos en la muerte de su hija. No, no puedo aplazarlo, señora Fisch. Es muy urgente... Gracias... Ahora mismo subo.

Walker devolvió el micro al superintendente, y éste le fulminó con la mirada mientras le decía:

—Tercera planta, apartamento cincuenta y ocho.

Walker subió en el ascensor, y poco después se encontraba pulsando el botón de la puerta marcada con el número 58. Le abrió una mujer de unos cincuenta años, bien conservada, de rostro todavía bello, aun cuando sus ojos estaban un poco hundidos. Vestía con elegancia innata.

—Pase usted, señor Walker.

Dave penetró en un saloncito amueblado con distinción.

La señora Fisch le invitó a que se sentase, y Dave eligió un sillón; haciéndolo ella en otro frente a él.

—¿Qué ha querido sugerir usted con que han surgido nuevos aspectos referentes a la muerte de mi hija? —preguntó Kate Fisch.

—Tengo la convicción de que las cosas no sucedieron tal como el público y los doce hombres del jurado entendieron, señora Fisch.

En el semblante de la mujer apareció una expresión de perplejidad.

—No le comprendo, señor Walker. El asesino fue capturado, y su culpabilidad quedó suficientemente demostrada. Si mal no recuerdo, va a ser ejecutado uno de estos días.

—Precisamente me refiero a eso, señora Fisch. Me temo que el verdadero asesino de su hija está suelto.

—¿Quiere decir que el hombre que mató a mi hija no fue Brince Owen?

—Exactamente.

—¿A quién representa, usted, señor Walker?

—A Brince Owen.

Kate Fisch se levantó de la silla, diciendo muy seria:

—Si hubiese conocido ese detalle, usted no habría logrado esta entrevista, señor Walker. Le ruego que abandone mi casa.

El detective se puso también en pie alegando:

—Comprendo perfectamente las razones que usted tiene para proceder así, pero insisto en que Brince Owen no asesinó a su hija. Le voy a decir más todavía, señora Fisch. Owen jamás vio a su hija. A la hora en que Marta fue muerta él se encontraba muy lejos de la avenida Sur de la isla Staten.

—No tiene usted derecho a hablarme así, señor Walker. ¿Qué es lo que pretende? ¿Que estampe mi firma en un escrito de clemencia en favor de la vida de Brince Owen? Pídamelo sin rodeos, y le

firmaré lo que quiera.

—Es un gesto muy noble por su parte, señora Fisch, pero yo no he venido aquí solicitando su ayuda para una petición de clemencia. Sólo quiero que me ayude para que pueda capturar al verdadero asesino de su hija.

Hubo un largo silencio mientras la señora Fisch miraba fijamente al detective.

—Pero eso que usted dice, me parece absurdo, señor Walker. Todo estaba en contra de Brince Owen. La policía, los miembros del jurado, el juez, la Prensa... Nadie ha dudado un solo instante respecto a la culpabilidad de ese hombre.

Walker sacudió la cabeza.

—Suponga por un momento que la historia que cortó Owen respecto al pánico que sintió después del crimen fuese cierta. Se cortó el pelo, repintó el coche, y se desprendió de la pistola, impulsado por un miedo atroz, al saber que la descripción del asesino coincidía exactamente con su persona y sus circunstancias.

—Pero ¿y las identificaciones de los testigos?

—¿Testigos? —Los ojos de Walker brillaron con furia—. Betty Dooley, esa jovencita que aseguró haber oído y visto al asesino de su hija, mintió descaradamente. Es sólo una miope aficionada a las novelas de crímenes. Esta misma tarde he comprobado que ella no pudo ver nada. Usted fue conducida a su casa por el patrullero, y ella oyó la historia que contaba respecto al conductor del «Ford» sedán que recogió a su hija. No se resignó a ser una mera espectadora de aquella tragedia y quiso ocupar un primer lugar. Por ello inventó su relato.

La señora Fisch se apretó las sienes y se dejó caer de nuevo en el sillón. De pronto levantó la mirada preguntando:

—¿Y Keller, el patrullero?

—Soltó otra burda mentira. Usted recordará que había por medio cerca de nueve mil dólares de recompensa. Él se embolsó gran parte de ellos identificando a Owen como al hombre que había visto conduciendo un «Ford» sedán. Pero sólo hizo esa declaración cuando Brince Owen fue detenido y pudo verle frente a frente. ¿Por qué no acudió a la policía antes para rendir su testimonio? La respuesta es muy sencilla: él no había visto a Owen la tarde del crimen en el bulevar Victoria. Owen se encontraba en aquellos

momentos leyendo un periódico en un banco de Central Park, bien ajeno a la confabulación que los hombres y el destino estaban preparando contra él.

—Pero entonces... si no fue Brince Owen, ¿quién mató a mi hija?

—No le puedo contestar. Yo también lo ignoro. He venido a verla para que me conteste a unas cuantas preguntas.

—Estoy dispuesta a responderlas, señor Walker.

—Gracias, señora Fisch. —Dave hizo una pausa—. Hábleme de Marta. ¿Cómo era ella?

—Siempre fue una buena chica, incapaz de hacer daño a nadie. Su matrimonio con Charles Saxon fue un fracaso. Sin embargo, ella cargó con toda la responsabilidad. Cuando después del nacimiento de Helen la situación entre ellos se hizo insostenible, Marta dijo a Charles que ella era la equivocada; pero que estaba dispuesta a seguir viviendo con él, si Charles insistía en ello. Charles se comportó correctamente y consideró que lo mejor para ambos era la separación.

—Perdone mi rudeza, señora Fisch, pero es necesario que le haga esta pregunta: ¿hubo otro hombre?

La madre de Marta quedóse un rato pensativa.

—Sí, he de serle sincera, tuve la impresión de que lo había. No lo pude saber por ella. Muchas veces se lo pregunté indirectamente, pero Marta siempre se mostró reservada al respecto. Empecé a notar cierto cambio en su forma de ser poco después que ella empezó a trabajar con Irwin Colonna e imaginé que él sería la causa; pero un día que fui a la oficina y me lo presentó, al cabo de diez minutos de estar hablando con él, llegué a la conclusión de que mi hija sería incapaz de enamorarse de su jefe. Marta poseía una educación exquisita, conversaba con mucha agudeza, y Colonna era un hombre tosco, rudo, de baja extracción social. Era imposible; no obstante, probé a mi hija, hablándole de Colonna como un posible marido. Marta se rió. Para ella casarse con un hombre como Colonna, era verdaderamente absurdo. Allí acabaron mis dudas.

—¿Quién podía ser entonces? —Walker hizo una pausa—. Según me ha explicado Colonna, Marta le fue presentada por un tal Lucas Demare, secretario ejecutivo del Banco Independiente.

—Oh, no —sonrió levemente la señora Fisch—. Lucas Demare

tiene más de cincuenta años y es gordo, bajo y calvo. No, no, de ninguna manera.

—¿Qué otras amistades tenía su hija?

—Marta no tenía un carácter muy abierto. Por ello era muy difícil que alguien congeniase con ella. Vinimos a Nueva York hace unos cinco años. Vivíamos en Baltimore, donde mi marido falleció dejándome unos veinticinco mil dólares. Marta sufrió allí un desengaño amoroso. El hombre a quien quería se casó con la más íntima de sus amigas. Fue un golpe muy cruel. Entonces se me ocurrió cambiarla de ambiente y pensé en Nueva York. Ella, naturalmente, se alegró mucho de mi decisión. Vinimos aquí y compramos la casa en la isla Staten.

—¿Por qué no eligieron un lugar más habitado? Según se desprende de lo que usted dice, a ella le hubiese convenido más.

—Ésa era mi intención; pero ella fue la que eligió la casa. Tenga en cuenta que, por aquellos días, Marta estaba reñida con el mundo. Luego compré un coche y conseguí que ella fuese a la ciudad a divertirse.

—¿No le contaba lo que hacía durante su estancia en la ciudad?

—Decía que iba a ver museos, exposiciones, y que alguna vez entraba en el cine; pero el caso es que cierto día, inopinadamente, se presentó aquí con Charles Saxon. Luego, las visitas de Saxon se hicieron más frecuentes, y acabaron en boda.

Walker sacó el paquete de cigarrillos y lo ofreció a Kate, pero ésta no aceptó la invitación.

Él encendió parsimoniosamente, y luego dijo:

—Así, pues, mientras trabajó ella con Colonna, usted tuvo la sensación de que Marta se veía con otro hombre. —Sí, pero, naturalmente, puedo estar equivocada. Quizá la preocupación de mi hija fuese por otra cosa.

—Hábleme del día del crimen.

—Comenzó como cualquier otro. Era miércoles. El lunes había comenzado Marta las vacaciones que había pedido a cuenta de las que le correspondían en el verano. Habíamos llegado a un acuerdo respecto a vender la casa, y trasladarnos a Nueva York. El mismo lunes, Marta fue a la ciudad para hablar con el Agente de Bienes Raíces, un tal Leonard Maughan, el cual le comunicó que precisamente tenía un comprador a quién podía interesar nuestra

casa. Había quedado en darle una respuesta al cabo de unos días, para lo cual tomó el número de nuestro teléfono. Aquel miércoles, hacia el mediodía, sonó el teléfono. Marta estaba cerca de él y lo cogió. Empezó a responder con afirmaciones, y luego colgó.

»Al cabo de un rato, propuso que fuésemos a la Ciudad; quería comprarse unas medias y algo de ropa interior. No había dicho nada respecto a la llamada telefónica y le pregunté si había sido el Agente de Bienes Raíces. Me contestó que no, que la había llamado una compañera de la oficina para preguntarle algo relacionado con el trabajo que había dejado pendiente antes de marcharse. Después, salimos.

»La niña y yo nos sentamos en la parte trasera, y Marta al volante. Dos millas más allá de la casa, el motor del coche empezó a funcionar mal, y poco después, Marta se vio obligada a detenerlo. Dijo que se llegaría a la estación de servicio que estaba unas tres millas en busca de auxilio. Descendió del coche y echó a andar por la carretera. Estaba llegando a la intercesión con la Avenida Sur cuando apareció el “Ford”. Vi a Marta hablar con el conductor, y luego volvió la cabeza, gritándome que aquel señor la llevaría hasta la estación. Subió en el asiento delantero y el coche dio media vuelta y se alejó...

La voz de la señora Fisch se quebró y Walker respetó su silencio durante un rato.

—¿Vio bien al conductor, señora Fisch?

—No. Sólo pude ver que llevaba un abrigo y un sombrero de color café y que usaba gafas de carey.

Nada más. Tuve la impresión de que tenía el ala del sombrero echada sobre la cara.

Dave se puso a pasear por la habitación frotándose el mentón. De pronto se detuvo y volvióse a preguntar.

—¿Qué le ocurría al coche?

—¿Cómo dice?

—Al de ustedes. Me estoy refiriendo a la avería que les obligó a detenerse.

—Oh, si... Después que el patrullero me comunicó que había encontrado a mi hija, fui a identificarla. Uno de los policías se llevó a Helen a casa de la señora Dooley, y luego fui yo. No nos ocupamos de nuestro coche, pero al día siguiente estaba en la

puerta de la casa de la señora Dooley y pudimos hacer uso de él regresando a nuestra casa. En aquellos momentos no pensé en la avería, y tampoco después.

—¿No le dijeron en qué consistió?

—No; sólo recuerdo que días más tarde pagué una factura del arreglo que trajo un tal Billy Rizzo, a quien conocía como empleado de la estación de servicio —los ojos de la señora Fisch se agrandaron un poco—. ¿Cree usted que tuvo importancia eso?

—Tal como están ahora las cosas, creo que fue de vital importancia.

Dave aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—La dejo ya, señora Fisch.

La madre de Marta se levantó un poco confusa y acompañó al detective hasta la puerta. Allí él se volvió preguntando:

—¿Y la pequeña?

—Se encuentra perfectamente. Esta tarde salió con la «nurse» para ir al cine.

—Le niego no hable con nadie acerca de nuestra conversación, señora Fisch. Absolutamente con nadie.

—No se preocupe, señor Walker.

Kate Fisch tendió la mano, que Dave estrechó.

—¿Me tendrá al corriente de lo que ocurra?

—Cuenta con ello, señora Fisch —sonrió Walker, e inmediatamente abandonó el apartamento.

## CAPÍTULO VIII

Empezó a llover mientras se dirigía por la avenida Sur de la isla Staten a la estación de servicio. El agua caía con fuerza sobre el parabrisas, restándole visibilidad en aquella noche oscura.

Vio unas luces y sacó el coche de la carretera, deteniéndolo junto al poste de la gasolina. Saltó fuera al tiempo que un individuo embutido en un mono azul se dirigía hacia él.

No había nadie más en la estación.

—Mala noche ha escogido para viajar, amigo —dijo el empleado.

Walker le observó. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de nariz ancha y boca pequeña.

—Vine a hablar con Billy Rizzo.

El otro se detuvo cerca de él y lo observó con atención.

—¿Billy Rizzo?

—Sí. Me dijeron que estaba empleado aquí.

—Le informaron mal, amigo. Billy se marchó hace más de seis meses.

—¿A dónde?

—Montó otra estación por su cuenta en la avenida Maryland a unas ocho millas de aquí.

—¿Dónde la encontraré?

—Sólo tiene que dar la vuelta y cuando haya recorrido cosa de cuatro millas verá un camino a la derecha. Siga por allí y hallará enseguida la estación.

Walker dio las gracias y se fue hacia el coche, pero de pronto se detuvo y volvió la cabeza con el ceño fruncido.

—Esto me recuerda que Billy Rizzo no tenía mucha plata. ¿Cómo puso la estación? ¿Heredó de la abuelita?

El empleado se metió las manos en los bolsillos del mono y dijo:

—Billy tuvo suerte. Acertó un pleno en una carrera de Jamaica y lo obsequiaron con unos cuantos miles.

—Siempre los hay que la tienen de cara —comentó Walker—. Hasta la vista, amigo.

Siguiendo las indicaciones de su informante llegó a la estación de servicio de Billy Rizzo en la avenida Maryland. Ésta no se hallaba tan solitaria como la de la avenida Sur. Bajo techado había un camión y cerca de la cabina, Dave vio a dos hombres. Otro individuo, sentado en una silla cerca de la oficina, leía un periódico. Encaminóse hacia ésta y saludó:

—Buenas noches.

El lector del diario apartó la mirada de la página y después de examinar a Dave, preguntó:

—¿Qué necesita? Jimmy se lo arreglará en un momento. En cuanto termine con el camión.

El detective examinó a su interlocutor. Frisaba en los cuarenta años y tenía el cabello moreno, la nariz un poco torcida y el mentón prominente.

—¿Es usted Billy Rizzo?

—Sí, yo soy.

—No necesito nada de su estación, Billy. Sólo he venido a hablar con usted.

Billy Rizzo frunció el ceño.

—¿Hablar conmigo en una noche como ésta? ¿Tiene usted ganas de broma, amigo?

Dave hizo un movimiento afirmativo con la cabeza al tiempo que hacía desaparecer la mano en el bolsillo de la chaqueta donde tenía la cartera. Luego sacó ésta y extrajo de ella cincuenta dólares.

—Son para usted, Billy —hizo una pausa y añadió—, a cambio de que me dé un informe.

Billy se mantuvo un rato quieto y luego de echar una mirada al lugar en que estaba su empleado con el del camión, se levantó de la silla y dijo:

—Será mejor que entremos en la oficina.

Poco después Dave y Billy se encontraban en una habitación donde había una mesa, un fichero y un par de sillas. La mesa enfrentaba con un gran cristal por el que se veía toda la estación.

Billy abrió un cajón, sacó una botella de *whisky* y dos vasos y escanció en ellos. Mientras bebían, Rizzo preguntó:

—¿Quién lo manda?

—El que me recomendó a usted me hizo prometer que no diría su nombre.

Hubo una pausa mientras Billy se echaba más *whisky* en el vaso. Finalmente se sentó en la silla y levantando la mirada, preguntó:

—¿Qué es lo que quiere por sus cincuenta dólares?

—Verá —explicó Dave—, necesito provocar una avería en mi coche y no sé de qué forma conseguirlo.

Billy Rizzo entrecerró los ojos.

—¿Es que no entiende nada de coches, amigo? Es la mar de sencillo. Vacíe el depósito de gasolina y seguro que el coche se detendrá.

—No me sirve.

—Hay otro medio. Coloque un alambre en la caja de fusibles y cuando eche a andar el coche se producirá un cortocircuito. El coche quedará inmóvil.

—Tampoco es bueno.

—Con ese mismo sistema puede usted provocar un incendio de la gasolina colocando el alambre cerca del motor. Si dice que tampoco le gusta no tendrá más remedio que colocar una carga de dinamita.

Walker sacudió la cabeza de nuevo atrayendo con un pie la silla que tenía cerca y se sentó con el vaso de *whisky* en la mano.

—Debe haber otro procedimiento más seguro —observó.

—Yo no conozco ninguno.

—Quizá no me haya explicado bien. Lo que necesito es tener la seguridad de que el coche se detendrá averiado tres o cuatro millas después de haber emprendido la marcha.

—Haga un agujero en el depósito de la gasolina y eche un poco de arcilla. Cuando el coche se ponga en movimiento se irá desprendiendo y la gasolina saldrá a chorro. A las tres o cuatro millas quedará quieto.

—Me interesa que la gasolina quede intacta en el depósito.

En aquel instante se oyó el ronquido de un motor y Billy y Dave dirigieron la mirada hacia el cristal.

El camión se marchaba ya. —Siento no poder ayudarle— dijo

Rizzo y se levantó. Abrió la boca bostezando y murmuró: —Creo que voy a echar un sueñecito. He tenido mucho gusto en conocerle. Esto me recuerda que no me ha dicho su nombre.

—Dave Walker.

—¿A qué se dedica?

—Detective privado.

—Oh, es una buena profesión.

Rizzo guardó la botella y luego miró a su interlocutor:

—Buenas noches, señor Walker.

Dave continuó impertérrito en la silla.

—Apuesto a que le digo lo que va a hacer en cuanto yo me vaya.

—Ya le he dicho que voy a dormir.

—Pamplinas. Usted cogerá ese teléfono y hablará con alguien.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque usted empieza a sentir miedo.

Billy quedó serio un rato y luego dijo:

—Será mejor que se largue y me deje en paz. No debió beber tanto esta noche. Es malo cuando uno conduce un automóvil y las carreteras están mojadas.

Dave soltó una risita y contempló el contenido de su vaso.

—¿En qué consistió la avería del coche de Marta Fisch, Billy?

Cuando levantó los ojos vio que Billy tragaba saliva.

—¿El coche de Marta Fisch?

—Sí, ya sabe. Aquella joven que apareció muerta el año pasado. Iba con su madre y con su hija. Luego el coche se detuvo y ella saltó fuera para ir a la estación de servicio donde usted trabajaba en la Avenida Sur. Después del crimen, usted se hizo cargo del coche y lo arregló.

—No recuerdo.

—Claro que sí se acuerda y por ello tiene que decirme en qué consistía la avería.

Billy Rizzo se pellizcó una ceja, luego dio un manotazo en el aire y dijo:

—Qué se yo. Sería cualquier tontería.

Dave examinó la oficina y el exterior a través del amplio cristal. Luego comentó:

—No se reciben unos cuantos miles de dólares por una tontería, Billy.

—No sé de qué me habla. El negocio lo puse con lo que gané en el hipódromo de Jamaica.

—Ésa es la historia que les ha colocado a los estúpidos de sus amigos. Para mí no vale. ¿Es que no recuerda? Soy detective privado.

—Si no se marcha llamaré a la policía —exclamó.

Dave sonrió de nuevo y dijo:

—Está bien, llámela y yo les contaré a ellos lo del coche de Marta Fisch. Le juego todo lo que llevo en la cartera contra un dólar suyo a que en menos de un abrir y cerrar de ojos se encuentra usted metido en tantas dificultades que deseará no haber nacido.

—¿Por qué tiene que elegirme a mí? —chilló Billy—. Yo me limité a cumplir con mi deber.

—¿Quién lo duda? Claro que sí, usted cumplió con su deber. Le dijeron que había un coche averiado en la carretera y usted lo remolcó y lo arregló, entregándolo de nuevo a la señora Fisch, para, lo cual lo llevó a casa de la señora Dooley al día siguiente.

—Así fue.

—Pero en el intervalo usted recibió la visita de alguien que le soltó un buen puñado de dólares para que silenciase en qué consistía la avería del coche. ¿Me equivoco?

Billy Rizzo se sacó el pañuelo y se enjugó el sudor del rostro.

—¡Maldito sea! —exclamó con voz ronca—. Me dijeron que todo estaba claro y que no tardarían en encontrar al culpable. Durante aquel mes apenas pude dormir, porque no cazaban al asesino. Tres o cuatro veces estuve a punto de ir a la policía, pero en última instancia decidí estar quieto. Luego cuando capturaron a aquel tipo llamado Owen, respiré tranquilo. ¿Se da cuenta? Al fin y al cabo, hicieron pagar al asesino su faena. Le doy mi palabra de que fui el ciudadano que más se alegró por ello.

—Sí, Billy. No dudo de que usted sintiese remordimientos y que luego se diese por satisfecho cuando Owen fue capturado; pero ¿se ha hecho una pregunta?

—¿Cuál?

—¿Y si Brince Owen fuese inocente? ¿Y si todas las pruebas que se acumularon contra él fuera solamente un complot?

—No comprendo, señor Walker.

—Después que Owen fue detenido, ¿recibió usted la visita del

hombre que le entregó los dólares?

—Sí, vino otra vez para recordarme que tenía que mantener la boca cerrada.

Dave se echó hacia delante.

—¿Es que no se da cuenta? Si aquel tipo vino a recordarle su compromiso fue porque Brince Owen era inocente.

—Yo creí que representaba a Brince y que éste tenía ya demasiadas pruebas en contra suya para que yo añadiese mi testimonio.

—Funcionó mal su cerebro. Al verdadero asesino le interesaba que Brince Owen cargase con el mochuelo. De acuerdo con la forma en que se desarrollaron los hechos, se dijo que Marta Fisch y Brince Owen se encontraron casualmente en la carretera. Nadie dio importancia al hecho de la avería, considerando que había sido completamente casual, pero si se probase que el coche de Marta Fisch había sido averiado deliberadamente, el caso ofrecería un nuevo aspecto. ¿Qué clase de avería fue, Billy? Le estoy dando una oportunidad. Aprovechela.

Billy Rizzo balbució algo ininteligible y volvió a secarse el sudor de la frente.

—¿Qué pasará si hablo?

—Estoy seguro de que la policía le ofrecerá una transacción. Usted creyó de buena fe que el asesino era Brince Owen, lo mismo que todo el mundo. Por ello no acudió a declarar.

—Pero transcurrió un mes entre el asesinato y la captura de Owen.

—Le repito que la policía olvidará eso si usted colabora ahora. ¿Qué fue, Billy?

Rizzo se dejó caer en la silla, abrió el cajón donde había guardado la botella de *whisky* y la sacó. Bebió al gollete y, tras inspirar profundamente, dijo:

—Habían mezclado azúcar con la gasolina.

—¿Cómo dice? —inquirió Dave enarcando las cejas.

—Es como le digo. En el depósito había unos diez litros de gasolina mezclados con azúcar.

—He oído que se ha empleado antes un truco parecido. Los *gangsters* metían terrones de azúcar en el depósito y éstos absorbían la gasolina dejándolo seco.

—El asesino de Marta Fisch lo hizo como le digo. Existía la gasolina pero era como jarabe.

Walker dijo pensativamente:

—Tenía sus razones. Si utilizaba el procedimiento de los terrones, Marta hubiese descubierto la anormalidad viendo en el contador del cuadro que el depósito estaba a cero. Marta tenía que ignorar la avería.

—La gasolina con el azúcar al pasar por el carburador, obturó el chiclé —siguió explicando Billy Rizzo—. Eso ocurrió a las dos o tres millas de haberlo puesto en marcha, y Marta tuvo que descender para ir en busca de auxilio a la estación de servicio. Si ella hubiese advertido de qué se trataba le hubiese bastado con soplar en el chiclé para desembozarlo, pero dos millas más allá habría ocurrido lo mismo. Sólo había una solución. Quitar la gasolina del depósito, limpiar éste y llenarlo con nuevo combustible. Eso fue lo que hice yo.

Hubo una larga pausa, que Walker interrumpió preguntando:

—¿Cuándo recibió usted la visita del hombre que le entregó los billetes?

—Ocurrió poco después de llegar yo a la estación trayendo conmigo remolcado el coche de Marta Fisch. Estoy seguro de que me siguió. Había muchos coches por la carretera y era fácil, pasar desapercibido; Antes de que yo supiese a qué se debía la avería, el tipo me llamó aparte.

—Describame a ese individuo.

—Tendrá unos treinta años y es alto, robusto, de cara ancha, rostro moreno, pelo negro y ojos castaños. Las dos veces que me visitó vestía trajes caros. Conducía un «Chevy» modelo 1955 color verde oscuro.

—Está bien. ¿Qué es lo que le dijo la primera vez?

—Me indicó que no debía decir nada de lo que descubriera en el depósito de gasolina de Marta Fisch. Sacó una cartera muy abultada y luego pe tocó con la otra mano el lugar donde llevaba la pistola. Entonces me dijo: «Si usted es buen chico tendrá billetes, pero si se porta mal sólo conseguirá plomo». —Billy Rizzo se humedeció los labios con la lengua—. Sentí miedo y acepté su dinero. Luego vinieron las noches de pesadillas. La policía se lanzó a la captura del asesino de Marta. No deseo pase nadie lo que yo hube de pasar

durante aquellas semanas. Al fin, cuando cogieron a Owen, como le he dicho antes, di un suspiro de alivio. Fue cuando vino otra vez el tipo a verme. Me dijo algo que me convenció de la culpabilidad de Owen.

—¿Qué fue?

—Que mi silencio no había servido para nada, ya que Owen estaba al fin entre rejas, pero de todas formas debía mantenerme callado. Owen ya tenía bastante para ir a la silla con las pruebas que había contra él. Mi testimonio era innecesario. Acepté de buen grado aquella sugerencia de callar. El asesino estaba ya listo y a mi me hubiese sido difícil explicar a la policía por qué había guardado silencio durante un mes respecto a la historia del coche de Marta Fisch. Así que di mi conformidad al visitante y él me entregó más dinero dando por zanjado el asunto.

—¿Cuánto recibió, Billy?

—La primera vez dos mil y la segunda ochocientos.

—No se monta una estación como ésta con ese dinero.

—Conseguí el que me faltaba pidiendo un préstamo a un amigo.

Walker se levantó y, dando la vuelta a la mesa, se acercó al cristal mirando hacia fuera. Ahora llovía con más fuerza. Sin volverse dijo:

—¿Es eso todo, Billy?

—Palabra que no me he dejado nada en el buche. Ahora sabe usted tanto como yo. —Billy hizo una pausa y preguntó—: ¿Va a decírselo a la policía?

Walker giró sobre sus talones enfrentándose con su interlocutor.

—Todavía no, Billy. Esto es un secreto entre usted y yo. De esa forma estará usted más seguro. Ya le avisaré cuando llegue el momento.

—Gracias —sonrió agradecido Billy—. Creo que me inspira usted confianza.

Walker se dirigió a la puerta y con la mano en el pomo volvió la cabeza.

—Volveré a verlo, Billy.

Abandonó la oficina y se dirigió resueltamente a su coche, se puso al volante y momentos después volvía a la avenida Maryland.

Pensó que haría bien en irse a dormir. Estaba muy cansado después de aquel día de trabajo. El coche empezó a tragar millas. Al

poco rato de haber dejado la estación de servicio, un coche le pidió paso. Se apartó a un lado y el que venía detrás se puso a su nivel rugiendo, pero de pronto el desconocido conductor hizo una extraña maniobra haciendo girar el volante hacia la derecha.

Walker se metió rápidamente en la cuneta al tiempo que pisaba los frenos. El otro coche también crujió metálicamente, haciendo rechinar los neumáticos y se quedó inmóvil en unas cuantas yardas. Todo sucedió en un tiempo récord. Una portezuela se abrió de golpe y, cuando Dave empezó a percatarse de lo que significaba aquello, una voz le advirtió:

—Estése quieto, amigo. Tengo una metralleta en la mano y puedo convertirle la cabeza en una esponja.

El detective obedeció. Un hombre vino por la derecha y otro por la izquierda. El primero, que era el que empuñaba la metralleta, abrió la portezuela.

—Salte —ordenó.

—¿Por qué no entran ustedes? Fuera me voy a mojar.

—Haga otro chiste como ése y no le daremos oportunidad para soltar otro.

Walker sacudió la cabeza, calóse el sombrero y descendió de su coche. La lluvia empezó a caer sobre él. Escrutó con la mirada al de la metralleta. No cuadraba con la descripción del tipo que había comprado el silencio de Billy Rizzo. Éste tendría unos cuarenta años y una cicatriz debajo del ojo izquierdo.

—Camine hacia nuestro coche —oyó que le decían.

Echó a andar y al llegar ante el automóvil unas manos lo cachearon por detrás. Luego se abrió la portezuela y examinó el interior. Dentro había un hombre y al instante supo que era el que le había ofrecido a Billy la oportunidad de abrir su estación. Sonreía por una comisura de los labios y estaba embutido en una gabardina.

—Siéntese, Walker. Un poco cerca de mí para que Joe pueda ocupar su asiento.

Joe se sentó al lado de Walker e hizo descansar sobre sus rodillas la metralleta. El lugar ante el volante fue ocupado por el otro hombre que había salido con Joe y el coche arrancó.

El hombre robusto encendió un cigarrillo y después de arrojar una bocanada de humo preguntó:

—¿Por qué se metió en todo esto, Walker?

—Ignoraba que tuviese que darles cuenta de los casos que acepto.

—No me gusta su respuesta. Invente otra.

—Está bien. Una rubia imponente llegó a mi despacho y me ofreció un millón de dólares si sacaba libre a un tipo que está destinado a la silla eléctrica.

Joe se miró la mano derecha y de pronto la estrelló del revés contra la cara de Walker.

—¿Es que no lo ha oído, muchacho? Debe ser educado cuando le pregunte Romo.

Walker sintió en su boca el sabor acre de la sangre.

—No sabía que me las tenía que ver con un par de caballeros.

Romo soltó una risita.

—Lo malo de ustedes los detectives es que quieren parecerse demasiado a los de las películas y no se dan cuenta de que allí ocurren las cosas que quieren los productores de Hollywood. ¿No se da cuenta, Walker, de que ahora está viviendo una escena de su propia vida? No está rodando ningún film y tenga la seguridad de que se juega el pellejo.

Walker hizo un movimiento afirmativo.

—De acuerdo, Romo —dijo—. Pero no veo que vaya a cambiar las cosas el que yo le diga que represento en este asunto a Brince Owen. Me escribió una carta que me trajo su mujer. Yo acepté el encargo y me puse a trabajar.

—Según mis noticias, ese Brince no tiene donde caerse muerto. ¿De dónde le iba a pagar a usted?

—Eso no me importó.

—Un romántico, ¿eh? —Romo hizo una pausa para soltar una risita y luego comentó mirando a Walker—: El tipo no le envía un solo dólar y usted decide sacarlo del atolladero sólo por amor a la justicia. ¿Qué espera usted? ¿Arrancar lágrimas a cien millones de americanos?

—Sólo quiero atrapar al asesino de Marta Fisch.

—Eso es una estupidez —exclamó Romo, tornándose serio—. ¿Qué infleamos se cree que es este mundo, Walker? Ese Brince Owen está ya acogotado, listo para ser asado a la plancha. El país entero lo encontró culpable del asesinato de Marta Fisch. Cuando él desaparezca, la ciudad aplaudirá a los hombres que han servido tan

dignamente a la Ley. La historia de la muerte de Marta Fisch con el castigo final de Owen será exhibida como ejemplo para los ciudadanos. ¿Quién es Owen? Ahora lo conoce mucha gente, pero antes era un ser anónimo, una hormiga insignificante. ¿Qué pasa cuando usted va por el campo y aplasta una hormiga? Nada, ¿verdad? Pues eso mismo es lo que ocurrirá con Owen.

—¿Por qué da tantos rodeos, Romo? —preguntó Walker—. Usted quiere que abandone el caso.

—Es usted un tipo listo.

—¿Y si respondiese que voy a seguir adelante?

Romo lanzó una carcajada fuerte.

—Tiene ganas de bromear, ¿eh?

—Es lo que usted cree, pero nunca he hablado más seriamente que ahora.

Romo borró poco a poco la sonrisa de su rostro.

—Quiere seguir, ¿verdad? ¿Y si nosotros le quitásemos las ganas?

Walker guardó silencio y luego se echó hacia atrás recostándose en el respaldo del asiento.

Joe acarició el cañón de la metralleta y empezó a silbar una canción.

El coche se detuvo unas millas más allá e inmediatamente Joe saltó fuera. Dave miró el parabrisas, pero no vio ninguna luz. Estaban todavía en la avenida Maryland.

—Salga fuera —ordenó Joe.

Walker relajó los músculos y descendió del coche con un movimiento de cansancio. De pronto disparó su puño derecho contra el rostro de Joe, quien soltó un aullido y se desplomó hacia atrás soltando la metralleta.

El detective se agachó rápidamente sobre el arma para cogerla, pero en ese momento una pierna salió por el hueco de la portezuela abierta y le aplastó los riñones. Cayó también muy cerca de Joe.

Se mordió el labio inferior, soportando el dolor, y levantóse a tiempo de evitar la segunda cox que le propinaba Romo. Saltó a un lado y cogió a Joe por el cuello, pero éste le clavó los dientes en la muñeca y tuvo que soltarlo. Romo se le vino encima otra vez y no pudo evitar su izquierda. Sintió el golpe en el mentón e inmediatamente la noche se iluminó bajo la luz de miles de focos

estrellados. Trató de no perder el sentido al tiempo que soltaba un trallazo. Romo lanzó un grito, lo cual le indicó que había dado en el blanco, pero esta ventaja resultó efímera, porque antes de que pudiese ver con claridad tuvo la sensación de que le hundían el cráneo con una barra de acero. Entonces se abandonó a su suerte y antes de perder el conocimiento se le ocurrió una idea. La de que ya nada podría evitar que el hombre que ocupaba la celda de la muerte en la prisión de

Sing-Sing

fuese a la silla eléctrica.

## CAPÍTULO IX

Sintió una caricia húmeda en la frente y luego llegó a sus oídos una suave música. Intentó moverse y al instante tuvo la impresión de que le acuchillaban el cuerpo por un costado.

—Debe estarse quieto —dijo una voz.

Abrió los ojos, pero sólo vio una nube lechosa. El cerebro le zumbaba con intensidad y empezó a darse cuenta de que aquello quería decir que estaba vivo. Entonces recordó a Romo, a Joe y a la metralleta.

Abatió de nuevo los párpados y quedóse inmóvil tratando de poner en orden las ideas que empezaban a tomar forma en su mente.

Abrió otra vez los ojos y ahora la nube se fue difuminando poco a poco y vio un rostro femenino, una cara bonita, de ojos verdes rasgados y labios entreabiertos, rojos como la grana, que le sonreían dulcemente.

—¿Se encuentra mejor?

Arrugó el ceño y ello aumentó el dolor que sentía en la cara.

La reconoció al instante. Era la joven que había encontrado en la Redacción de «El Centinela de Staten». Desapareció de pronto de su vista y temió que se marchase para no volver. Estaba seguro de que todo aquello era un sueño y se maldijo por haber despertado, pero al cabo de un rato ella volvió a su lado llevando en la mano un vaso de *whisky*.

—Beba un poco y se sentirá mejor.

Pasó uno de sus desnudos y delicados brazos por debajo de su cabeza y le ayudó a incorporarse. Él bebió un trago y sintió que los labios y la lengua le escocían y que el líquido descendía hacia su estómago abrasándolo todo, pero luego tras la primera impresión,

se sintió reconfortado.

Entonces dirigió una mirada a su alrededor y descubrió que se encontraba en una habitación primorosamente decorada. Había una biblioteca en un rincón, una mesa, dos sillones y un mueble-bar sobre el que descansaba una radio cuyo altavoz desgranaba un dulce «slow».

—Acuéstese otra vez —le dijo la diosa.

Él obedeció, llevándose una mano a las sienes y preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Pamela Forbes, señor Walker.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Sólo tuve que mirar en su cartera —hizo una pausa y añadió —: Deseaba saber si era usted casado para avisar a su familia, pero no encontré más que unas tarjetas de visita con su nombre, la dirección de su oficina y el teléfono. Llamé un par de veces allí, pero no cogió nadie el micro.

—Está bien. Explíqueme ahora cómo he llegado hasta aquí.

—Estuve esta noche en casa de un hermano de mi padre. Mi primo Nick se ofreció para traerme a mi apartamento. Yo había llevado mi coche y él se puso al volante. Veníamos por la carretera cuando de pronto, al doblar una curva, Nick vio un cuerpo tendido en el centro de la pista. Fue una verdadera suerte que no le atropellásemos. Dé gracias a Dios que Nick es un buen conductor. Frenó desviando un poco el coche y éste quedó a menos de una yarda de usted.

Walker la miró fijamente.

—¿Quiere ver si me han dejado el paquete de cigarrillos?

La joven se agachó sobre Dave y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Walker tuvo la cara, de ella muy cerda, una cara de fina piel y labios frescos y juveniles. Sus cabellos sedosos y negros esparcieron un perfume a su alrededor. La joven se irguió y encendió dos cigarrillos, poniendo uno en la boca de él. Dave dio una chupada y arrojó un chorro de humo. Luego preguntó:

—¿Qué más, señorita Forbes?

—Usted es un hombre de mucho peso.

—Ochenta kilos, pero solamente de músculos y hueso. No hay nada de grasa.

La joven sonrió.

—De todas formas nos costó bastante trabajo a Nick y a mí introducirlo en el coche y luego subirlo hasta aquí.

—¿Y su primo?

—Es cadete de la Academia de West Point y tenía que marcharse esta madrugada. Conseguí convencerlo de que yo no corría ningún peligro con usted y se fue.

Dave se levantó.

—Le estoy muy agradecido, pero ahora tengo que marcharme.

—No sea chiquillo, tiene que quedarse. Sus amigos lo trataron muy duramente.

Dave se acercó a un espejo que había en la pared. Quedóse estupefacto viéndose reflejado en él. Tenía un pómulo abierto, el ojo izquierdo un poco negro, el labio inferior partido y otras contusiones en el resto de la cara. Al volverse, su cuerpo gimíó lastimosamente.

Su hada estaba en un sillón, con las piernas cruzadas, aquellas bonitas piernas que él ya había catalogado debidamente cuando las descubrió en la Redacción del periódico.

—No puedo quedarme aquí —dijo—. Yo ahora soy como un barril de dinamita. El que esté cerca de mí saltará al hacer yo explosión.

—Me gustan las emociones fuertes —ella guardó silencio y luego preguntó—: ¿Por qué le interesa el caso de Marta Fisch?

Dave miró a la joven con la frente arrugada e inquirió a su vez:

—¿Qué tiene que ver ese caso conmigo?

—Usted vino a «El Centinela de State» preguntando por Kate Fisch, la madre de Marta, y pocas horas después me lo encuentro hecho una lástima. Esos hombres le pusieron en la carretera para que el primer automóvil que pasase diese cuenta de usted. Eso está claro. Debe ser un hombre muy peligroso para ciertas personas.

—Es mejor que no le diga nada, Pamela. Los muchachos que me invitaron a la fiesta de esta noche se enfadaron mucho, porque metí las narices en lo de Marta Fisch. Cabe la posibilidad de que se quedasen en la cuneta, a poca distancia de la curva, para ver cómo me hacían picadillo y, en tal caso, han visto que usted me recogía y habrán venido siguiéndola hasta su casa.

—Ya le he dicho antes que me gustan las emociones fuertes. Ande, cuéntemelo...

De pronto, Dave agrandó los ojos al tiempo que en su mente aparecía un rayo de luz. Giró como un rayo y se dirigió rápidamente a la mesita donde se hallaba el teléfono, descolgó, y tras marcar información, exclamó con ansiedad:

—Operadora, por favor, es urgente. Deme el número de la estación de servicio de Billy Rizzo en la Avenida Maryland.

Esperó unos instantes, observando que Pamela lo miraba con las cejas enarcadas.

Le informaron del número. Adquirió de nuevo tono y volvió a marcar.

Oyó un zumbido al otro extremo de la línea, pero transcurrió un minuto antes de que cogiese el auricular.

—Oiga, ¿hablo con Billy Rizzo?

—No; soy Ben, uno de los empleados.

—Dígale a Billy que se ponga.

—Eso no puede ser, amigo. Billy se marchó a casa.

—¿Solo?

—Marilyn Monroe no quiso ir con él hoy. Cogió su coche y se largó a casa. Dijo que le dolía un poco la cabeza.

—¿Cuál es su dirección?

—Calle Jefferson, de Richmond, 332, apartamento 8.

Dave colgó y preguntó a la joven:

—¿Le siguen gustando las emociones fuertes?

Ella se levantó de un salto.

—Soy periodista, señor Walker. Hasta ahora no me dieron ninguna oportunidad. Mi tío, uno de los viejos periodistas del «Centinela», consiguió que me admitiesen en las oficinas como simple burócrata.

—¡En marcha entonces!

—Dejé mi coche abajo en previsión de que hiciese falta.

—Muchacha lista —dijo Dave, abriendo la puerta y dejando que ella saliera.

Pamela no consintió que él tomase el volante, y Walker se alegró de ello, porque no se encontraba en muy buenas condiciones para conducir.

Veinte minutos más tarde se detenían silenciosamente frente al número 332 de la calle de Jefferson de Richmond.

El edificio del departamento de Billy Rizzo había sido construido

unos veinte años antes, y de acuerdo con su estilo, no existía superintendente, por lo cual la puerta de la calle estaba cerrada.

A ambos lados de la entrada había una serie de botones, y bajo cada uno de ellos una tarjeta.

Dave se ayudó con un fósforo para leerlas, y al fin vio la de Billy Rizzo. Cuatro más abajo estaba la correspondiente a un médico que ocupaba el apartamento catorce. Era él doctor Alfredo Rojas. Pulsó el timbre correspondiente a éste, y al cabo de otro minuto repitió la llamada.

Al fin se abrió la puerta. Una voz tronó desde lo alto.

—¿Quién es?

—¿Es usted el doctor Antonetty? —preguntó Dave.

—¡Váyase al infierno! Soy el doctor Rojas.

—Cuanto lo siento. Perdone usted, nos hemos equivocado.

Dave cogió a Pamela por la muñeca y la atrajo hacia sí, cerrando luego la puerta de la calle desde dentro.

El doctor Rojas lanzó todavía unos cuantos venablos contra los desconocidos que habían interrumpido su sueño, y se volvió a meter en casa cerrando de un portazo.

—¿Por qué hizo eso, Dave? —preguntó la joven en un susurro.

—No conviene que nadie nos vea —contestó Walker—. La cosa se puede complicar de un momento a otro.

Al fondo había un ascensor antiquísimo; pero Dave le hizo una señal a la joven, indicándole la escalera. Empezaron a subir lentamente, cuidando de no hacer ruido.

Cuando llegaron a la cuarta planta, Dave encendió un fósforo y localizó la puerta número 8. Puso la mano en el picaporte, lo hizo girar, y la puerta cedió a su impulso.

Pasó al interior seguido de Pamela y dio la vuelta al interruptor de la luz.

La estancia quedó iluminada. Era un «*living-room*» que necesitaba una buena mano de pintura. Las cretonas en que se enfundaban los sillones estaban necesitando una lavada desde el día en que los japoneses atacaron Pearl Harbour.

A la derecha había unas cortinas.

Dave siguió apretando la mano de la joven, mientras cruzaban el «*living*». Al llegar ante las cortinas, se detuvo y miró a la muchacha.

—Prepárese a ver una escena muy poco agradable —le anunció.

Ella, interrumpida la respiración, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Pasaron al dormitorio al tiempo que él encendía, con la mano libre, la luz.

Ambos quedaron asombrados, porque en aquella habitación no había nadie. Ni siquiera la cama había sido deshecha.

—Oiga —dijo Pamela, desilusionada—. ¿Está usted seguro que realmente no bebió esta noche?

Walker se rascó la nuca perplejo, luego fue hacia la cama y se sentó en el borde.

—Hubiese jurado que encontraríamos a Billy Rizzo ahorcado de la lámpara o trinchado en la cama.

Pamela apoyó la espalda en la pared, junto a un pequeño armario empotrado.

—Lo que le pasa a usted, señor Walker, es que ha recibido un golpe demasiado fuerte en la cabeza. Hasta sería capaz de asegurar que en este armario está el cadáver de Billy Rizzo, viéndolo vacío.

Al mismo tiempo que así decía, la joven abrió el armario sin mirar su interior.

El detective vio a Billy Rizzo sentado en el suelo con las piernas encogidas, las rodillas cerca de la barbilla, los ojos muy abiertos, y con un agujero en la frente.

Le quiso ahorrar la escena a la joven y dijo:

—Tiene usted razón, no hay ningún cadáver.

—Bueno, menos mal. ¿Empieza a sentirse mejor?

Pamela dio media vuelta para cerrar de nuevo el armario, y sus ojos descubrieron el cadáver. Se quedó inmóvil y de pronto lanzó un grito. Dave corrió a su encuentro y la sostuvo a tiempo de evitar que cayese.

## CAPÍTULO X

Walker sacó a Pamela rápidamente de la habitación, llevándola al «*living*» y la sentó en uno de los sillones.

—Creo que su tío hizo bien en dedicarla a burócrata —comentó sonriente.

El color había huido súbitamente del rostro de la joven, pero ahora, al oír aquellas palabras, sus ojos llamaron rabiosamente.

—¿También piensa usted así?

—Vamos, no sea rencorosa. —Dave hizo un gesto con la mano —, pero ya ve que no me equivoqué.

—¿Quiere decir que lo asesinaron los mismos hombres que lo dejaron a usted en la carretera?

—No han podido ser otros.

—Entonces todo está claro —dijo ella, levantándose—. Solo tenemos que ir a la comisaría más próxima a denunciar el crimen. Esta noche los autores dormirán en la cárcel.

Walker sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Pamela. Aparentemente todo está fácil, pero es el caso más condenadamente endiablado que usted se puede imaginar. Billy Rizzo ha sido muerto porque sabía algo muy importante. Tanto que su testimonio hubiese servido para salvar la vida de un hombre que dentro de unos días morirá en la silla eléctrica.

—¿Se refiere a Brince Owen, el que mató a Marta Fisch?

—Sí, pero ocurre que no fue él quien la asesinó. —Walker hizo una pausa y luego anunció—. Debemos marcharnos. Nuestra situación aquí es peligrosa. Apuesto a que si nos cogen tendríamos que explicar muchas cosas, lo cual será bastante difícil. Espere ahí en la puerta.

Walker volvió al dormitorio y fue pasando el pañuelo por los

lugares en que habían estado Pamela o él. Luego, siempre cuidando de no dejar huellas, trasteó en una mesilla de noche, registró al muerto, e hizo lo mismo con otros trajes que había en el perchero; pero no encontró nada que le sirviese de ayuda.

Al fin, regresó junto a Pamela y abandonaron el piso.

Descendieron por la escalera sin ningún contratiempo y ganaron la calle.

Fuera, todo seguía en silencio.

Subieron al coche, e instantes después abandonaban la calle Jefferson.

Media hora más tarde se encontraban de nuevo en el apartamento de Pamela. Dave se tendió en el diván mientras la joven preparaba unos combinados. Después de que ella puso uno en la mano del detective apuntó:

—Supongo que ahora me lo contará todo, Dave. Por más que usted quiera, no puede apartarme de este caso. Yo he encontrado con usted ese cadáver.

Walker bebió un trago de la mezcla e hizo chasquear la lengua.

—Está bien. Le abriré la caja de las sorpresas. Me servirá para refrescar la memoria.

Puso el vaso sobre la mesa y se levantó, empezando a pasear de un lado a otro de la habitación. Durante los treinta minutos siguientes hizo un relato a Pamela de todo cuanto le había acontecido desde que la señora Owen llegó a su oficina con la carta de su marido.

La joven le escuchó atentamente sentada en una silla, y cuando él hubo terminado comentó:

—Es algo verdaderamente increíble, Dave. Falsas pistas, testigos perjuros, gangsters que amenazan con metralletas... y todo ello girando alrededor de una mujer que murió defendiendo su honor.

—Ésa fue la mayor equivocación —contestó rabioso Walker—. Tal como ocurrieron los hechos, la policía y los ciudadanos creyeron que se trataba de un crimen sexual, intento de violación y asesinato. El criminal no tenía intención de matar a Marta Fisch, pero se exasperó al ver que no podía conseguir lo que quería y la mató. ¿Se da cuenta? Es la clase de historias que gusta al público. Todo el mundo tragó el anzuelo.

—Continúe —dijo Pamela—. Lo está haciendo muy bien.

—Se dio un retrato del asesino y entonces ocurrió algo insólito. Un hombre se amoldaba a esa descripción. Brince Owen reunía todos y cada uno de los requisitos para ser considerado como culpable del perverso crimen. El verdadero asesino se frotó las manos. Podía descansar tranquilo —hizo una pausa—. Ahora utilicemos nosotros el sentido común. Sabemos que la muerte de Marta Fisch no se debió a ningún deseo libidinoso. La llamada telefónica que recibió, y que según ella procedía de una compañera de la oficina, fue para ella una verdadera sentencia de muerte.

—Usted piensa que el asesino sabía que ella había de salir de su casa y mezcló el azúcar con la gasolina. Luego, sólo tuvo que esperar a Marta en la carretera.

—Exactamente.

—Pero al parecer no sólo ignora quién es ese criminal, sino por qué murió Marta Fisch. ¿Cuál de los dos aspectos es el que va a investigar ahora?

—Yo creo que si diésemos con el motivo, habríamos andado casi todo el camino.

—No está mal. —Pamela hizo un mohín—. Lo malo es que ese motivo no aparece por ninguna parte de la historia, si rechaza el inspirado en el sexo.

—Creo que tengo unas cuantas ideas a ese respecto —dijo Dave y, tras quedarse unos instantes pensativo, añadió—: El hecho de que el asesino esté asociado con matones profesionales, parece indicar que nos encontramos ante un asunto de envergadura. Yo me las he tenido que entender con esos tres energúmenos que me esperaban cerca de la estación de Billy Rizzo y sé perfectamente que tal clase de tipos sólo se mueven en las esferas en donde les es posible cobrar en grande.

—¿Qué quiere dar a entender, Dave?

—Tengo idea, de haber leído hace cosa de un par de años algo relacionado con un periodista y la isla Staten.

—No sé qué relación puede existir entre la muerte de Marta Fisch y la de James Harper.

—Tenga en cuenta que nos movemos en la oscuridad, Pamela. Es posible que en el momento más inopinado brote un rayo de luz, pero hasta entonces todo serán palos de ciego. —El detective hizo una pausa y añadió sacudiendo la cabeza—: Cuénteme lo que sepa

sobre ese Harper.

La joven asintió y empezó a explicar:

—Hace cosa de año y medio un periodista de «El Centinela», llamado James Harper, con fama de bebedor y mujeriego, se presentó en la Redacción con un artículo en que ponía al descubierto, según él, ciertas irregularidades que se estaban cometiendo en la isla Staten. Se citaban nombres y cantidades. Este artículo fue sometido a la consideración del director del periódico, Rufus Carminchael, quien no autorizó su publicación. Entonces, Harper se despidió del diario y dijo a algunos amigos que tenía intención de publicarlo en cualquier diario de la otra orilla. Pero eso jamás llegó a ocurrir porque, un día, después de abandonar la isla Staten, Harper fue encontrado muerto flotando en las aguas del Hudson. En sus bolsillos sólo se halló su tarjeta de identidad. Inmediatamente todos los periódicos, a excepción de «El Centinela de Staten», se lanzaron a la búsqueda del supuesto artículo de Harper y un enjambre de periodistas se dejó caer por la Redacción de «El Centinela»; pero aquí le dijeron que la historia era completamente falsa y que Harper la había inventado para justificar el despido. Como prueba, Rufus Carminchael mostró a los periodistas un documento firmado por Harper en el que renunciaba a su puesto por su propia voluntad. Los cazanoticias no se conformaron con tal declaración y husmearon por la isla Staten. Los resultados de esas correrías no pudieron ser más decepcionantes para ellos, puesto que no encontraron ni una sola persona que ratificase lo del artículo escrito por Harper. Pero sí descubrieron que Harper estaba endeudado hasta la raíz de los cabellos. Durante una porción de tiempo saqueó a los amigos y pidió préstamos a cuantas entidades o personas se le pusieron a tiro. Al fin se encontró ante un callejón sin salida y decidió soltar las amarras. Entonces, en algún lugar público contó que sabía algo acerca de los prominentes hombres de la isla Staten, y que el relato de todo ello le reportaría un río de oro. Fue un argumento para salvar su hacienda deshecha o quizá para cazar a otro incauto que le proporcionase el dinero que necesitaba.

—Si lo del artículo no era cierto, ¿por qué lo mataron?

—El asesino no fue capturado y poco a poco todo el mundo fue olvidando a un ciudadano que, al fin y al cabo, no había sido en

vida un espejo de virtudes. La policía dio su versión oficial, según la cual a Harper lo había matado cualquiera de los delincuentes con los que corría sus juergas.

—Muy emocionante —comentó Walker con el ceño fruncido—. Dígame ahora en qué consistía realmente ese artículo.

Pamela lo miró sorprendida.

—No tuve oportunidad de conocer nada acerca de ello.

—¿No preguntó usted a su tío?

—Él no sabía nada.

—Según el relato que circuló acerca de Harper, éste presentó el artículo a un redactor y luego éste lo pasó a Rufus Carminchael. Al menos, son dos personas las que deben saber algo al respecto.

—Yo me propuse investigar lo que hubiese de verdad en la historia de Harper. Por algo me encontraba ya empleada en «El Centinela», pero a poco perdí toda oportunidad de sacar algo en limpio.

—¿Por qué?

—En primer lugar no pude saber quién era el redactor que recibió el artículo y, en segundo término, Rufus Carminchael fue jubilado un mes después de morir Harper y se marchó a Miami, donde había comprado una casa.

Cuando Pamela guardó silencio, Walker reanudó sus paseos por la estancia.

—No me gusta eso —comentó—. Huele a podrido desde cien millas de distancia.

—Pero no se demostró nada. Ni siquiera se dio con un testigo que pudiese ratificar la historia de Harper.

—Naturalmente que no. ¿Quién iba a testimoniar en favor de un borracho, un hombre de mal vivir que había aparecido asesinado flotando sobre el Hudson? Somos una gran democracia, un país donde cada ciudadano tiene sus derechos, pero existen circunstancias en que parecemos más bien borregos asustados. Si alguien sabía algo del relato de Harper prefirió silenciarlo antes de poner en peligro su piel.

—Pero ¿y si fuese verdad que Harper, acosado por la necesidad, lo inventó todo? Yo lo conocí personalmente y puedo asegurar que no miente quien afirme que era un desaprensivo.

Dave se detuvo pellizcándose reflexivamente el mentón y de

pronto se dirigió al teléfono y marcó un número bajo la mirada curiosa de Pamela. Walker tuvo que esperar un rato antes de que respondiesen al otro lado del hilo.

—¿Señora Fisch?

—Sí.

—Soy Dave Walker. Perdona que la moleste a estas horas.

—No tiene ninguna importancia. ¿Qué desea, señor Walker?

—Hacerle una pregunta. ¿Oyó alguna vez hablar a su hija de un tal James Harper?

—¿James Harper? —Kate Fisch se tomó algún tiempo para reflexionar y luego respondió con voz amable—: No, señor Walker. No creo haberlo oído nombrar en nuestra casa.

—Está bien de todas formas. Oiga, señora Fisch, si necesitase tomar contacto conmigo no llame a mi oficina, hágalo al teléfono 218 643.

Caso de que no estuviese yo, dé el encargo a la persona que me sustituya. ¿Lo ha tomado?

—Sí, señor Walker, descuide.

—Buenas noches, señora Fisch.

Walker colgó y mostró las palmas de las manos hacia Pamela.

—Nada de nada.

—Demuestra usted tener mucha confianza en mí al dar el número de mi teléfono.

—Me he tomado esa libertad porque me figuro que, cuando los matones se den cuenta de que yo no he muerto, pondrán cerco a mi oficina. Estoy seguro de que si me echan la mano encima otra vez no dejarán mi muerte al azar. —Walker hizo una pausa y dio un bostezo llevándose la mano a la boca. Luego dijo—: Recomiéndeme algún hotel que esté cerca de su casa.

—No tiene que marcharse. Aquí estará mucho mejor.

—Pero usted es una mujer soltera. ¿Qué diría su novio? No puede pasar la noche con un desconocido.

Ella sonrió y empezó a arreglar el diván distribuyendo los almohadones. Entretanto replicó:

—Supongo que se portará como un buen chico, a pesar de que no existe ningún novio.

Walker lanzó un silbido mirándole las pantorrillas y preguntó sonriente:

—¿En qué piensan los muchachos de la isla Staten?

—No sea adulator y acuéstese ya.

Walker se quitó la chaqueta y la puso sobre un sillón. Se acercó al diván y tendióse dando un suspiro. Ella le arregló los almohadones y él tuvo de nuevo su cara muy cerca. Fue un deseo súbito contra el que no pudo luchar. Le pasó una mano por la cintura y tiró de ella.

Pamela perdió el equilibrio y Daré sólo tuvo que esperar a que la boca femenina entrase en contacto con la suya.

Pamela no se resistió y al cabo de un rato, cuando ella se separó, dijo sin animosidad:

—Creo que tendré que echar un triple candado a mi puerta.

—Hágalo de verdad. Puedo sentir la tentación de ser sonámbulo esta noche.

En aquel instante el teléfono empezó a repiquetear.

Pamela y Dave miraron a un tiempo al micro, pero fue ella quien se dirigió resueltamente hasta la mesita y lo cogió.

—¿Quién llama? —preguntó, y tras esperar unos instantes dijo al detective apartando el auricular—: La señora Fisch.

Dave se levantó de un salto y cogió el teléfono de manos de la joven.

—Walker al habla, señora Fisch.

—He estado pensando sobre ese Harper durante un rato, señor Walker.

—¿Sí?

—¿Se refiere usted por casualidad a ceno periodista que murió hace un par de años?

—Exacto, señora Fisch.

—En ese caso debo decirle que mi hija tenía alguna relación con él.

Dave sintió que el corazón le latía más aprisa.

—¿A qué relación se refiere, señora Fisch?

—Verá usted. Cuando mi hija se enteró por los periódicos que Harper había sido encontrado muerto, cogió el teléfono y encargó una corona de flores para él. Lo recuerdo perfectamente porque al oír sus palabras le pregunté si conocía a aquel hombre y ella me contestó que habían tenido alguna amistad.

—¿Nada más, señora Fisch?

—Eso es todo. Después de esa oportunidad, nunca oí hablar a Marta de ese Harper. Ya le he dicho que era muy reservada. Lamento que no pueda servirle de más.

—Le aseguro que ya ha hecho bastante, señora Fisch. Muchas gracias por haberse molestado en llamarme.

Walker colgó el auricular y exclamó triunfalmente mirando a Pamela:

—Marta Fisch y James Harper se conocían. Ella envió una corona de flores a su funeral —hizo chasquear los dedos—. ¿Se da cuenta, Pamela? Creo que está empezando a brotar un rayo de luz. Necesito ponerme en campaña inmediatamente.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Interrogar a cuantas personas conocieran a Harper. Ahora estoy seguro de que la historia de su artículo era cierta. Si él consiguió aquella información, yo puedo hacer el mismo trabajo.

—Pero eso es absurdo, Dave. Harper era conocido de todos los ciudadanos de Richmond, frecuentaba todos los bares, cafés, garitos, locales de apuestas. Usted invertirá más de un mes en ir preguntando a unos y a otros.

Walker hizo una mueca de impotencia, al tiempo que cerraba rabiosamente los puños.

—Tiene razón. Brince Owen no puede esperar tanto tiempo. Será electrocutado pasado mañana —guardó un silencio y se acercó a la pared dando golpes con la mano abierta—. ¡Maldita sea! ¿Qué puedo hacer?

—Yo le puedo sugerir a ese respecto un buen programa.

—¿Cuál? —preguntó Dave girando hacia ella.

—¿Olvida que Harper era compañero mío en «El Centinela»? A las ocho tengo que estar en el periódico. Creo que me las podré arreglar para hacerme con una buena biografía de Harper. Me informaré de sus amistades, de los lugares que más frecuentaba. Yo luego se lo traigo todo, y usted saca las conclusiones.

Walker sacudió la cabeza cansado, mientras a sus labios afloraba una débil sonrisa.

—Es usted una buena chica, y creo que voy a arriesgarme a dejar la pelota en sus manos.

—De acuerdo. Acuéstese ahora.

—¿Quiere ver si me puede arreglar algo estos desperfectos de la

cara?

Walker se tendió de nuevo en el diván, y Pamela tras ausentarse unos minutos de la habitación, volvió trayendo alcohol, crema y unos algodones. Durante los minutos siguientes, la joven curó el lesionado rostro del detective.

Terminado el trabajo, Dave se quedó inmóvil acostado, mirándola, y casi con los párpados cerrados por el sueño murmuró:

—Es usted un ángel, Pamela.

Ella se agachó sobre él y lo besó suavemente en la comisura de los labios. Al enderezarse de nuevo observó que Dave ya estaba dormido. Entonces dio un suspiro y dijo:

—Creo que no será necesario ni un solo candado.

Y tras encogerse de hombros se dirigió a su dormitorio, penetró en él y cerró la puerta sin hacer ruido, suavemente.

## CAPÍTULO XI

A la mañana siguiente, cuando Walker despertó, quedóse asombrado al comprobar en su reloj que eran las diez y media.

—¡Pamela! —llamó; pero no obtuvo ninguna respuesta.

Se puso en pie, y al instante algo voló de su pecho al suelo. Agachóse y recogió una tarjeta en la que estaba impreso el nombre de su valiosa aliada. Con una sonrisa en los labios leyó:

«Le he dejado el desayuno en la cocina. Sólo tendrá que calentar el café. No es necesario que lave los cacharros. Pago a una mujer para ello. Se me olvidó decirle que la puerta de mi dormitorio no tenía ninguna llave. Hasta pronto».

Dave dejó la tarjeta sobre la mesa y se dirigió al cuarto de baño. Al enfrentarse con el espejo, observó que su rostro ofrecía mejor aspecto.

Se desvistió rápidamente y tomó un baño, luego se secó con la toalla y se puso encima un batín con cuello de plumas que descubrió en una percha. Con él puesto se vio en el espejo y estuvo a punto de soltar una carcajada.

Estaba desayunando en la cocina cuando oyó que se abría la puerta de la calle.

—Dave —oyó llamar a Pamela.

—Estoy en la cocina.

La joven se detuvo en el umbral llevando una caja bajo el brazo, y se puso a reír contemplándolo.

—Debía hacerse una foto, Dave —le dijo.

Él bebió el último trago de café e hizo una mueca.

—Se ve que es usted una chica de buenos principios —contestó él.

—Quizá haya empezado a descarriarme.

—¿Usted cree?

—Nunca me imaginé que llegaría a comprarle un traje a un hombre.

La joven le tendió la caja y él le quitó la envoltura y la abrió, sacando de su interior una chaqueta y un pantalón. El dibujo del paño hirió los ojos del detective. Era de un color marrón a grandes rayas parduzcas, verticales.

—Oiga —exclamó haciendo una mueca de lástima—. ¿Me ha confundido con Elvis Presley?

—Pensé que le iría bien con su profesión.

—¡Santo cielo! Esos gangsters no tendrán que buscar mucho para encontrarme si se enteran de la compra que usted ha hecho. Sólo tendrán que alquilar un helicóptero para averiguar mi paradero.

—¡Desgraciado! —exclamó ella con un mohín.

Dave sonrió poniéndose en pie, y al pasar junto a ella, camino del cuarto de baño, la besó imperceptiblemente en el lóbulo de la oreja.

Dejó la puerta entreabierta y preguntó mientras se cambiaba:

—¿Qué tal su trabajo acerca de Harper?

—He obtenido algunos pormenores de su vida, y he llegado a la conclusión de que para enterarse de toda ella serían necesarios los esfuerzos simultáneos de cincuenta investigadores.

—¿Y eso?

—Ya le advertí que era conocido de toda la población de la isla Staten. De todas formas, creo que he hecho un buen resumen. —Pamela hizo una pausa y prosiguió—: Harper entró en «El Centinela» poco después de terminada la guerra. Me lo contó mi tío. Había obtenido varios premios literarios en el Estado de Dakota del Norte, y se presentó aquí con la recomendación de un Senador. En un principio, Harper se encargó de llevar la sección de los tribunales. Enfocó bien un par de casos y acreditó su valía. «El Centinela» lo envió entonces como corresponsal a América Central,

pero de allí regresó pronto aquejado de unas fiebres. Una vez aquí, consiguió ponerse bien; pero desgraciadamente no perdió la costumbre que había adquirido durante su estancia en el Caribe. Bebía como una esponja. Empezó a descender un escalón tras otro. Se gastaba lo que ganaba apostando en las carreras, jugando o invirtiéndolo en alcohol. El director de «El Centinela» trató de desembarazarse de él, pero Harper recurrió al Sindicato. Se llegó a un acuerdo, en virtud del cual Harper trabajaría durante un año más en «El Centinela», al cabo del cual, el director podría prescindir de sus servicios si lo creía conveniente. Todos creyeron entonces que Harper se reformaría, pero no fue así.

Dave asomó la cabeza por el resquicio de la puerta.

—¿Llega ya a los detalles? —sugirió.

—Poco después de eso, Harper se casó, pero su vida matrimonial fue efímera, porque su mujer lo abandonó por un pianista de una orquesta. Él no se afectó mucho por ello, porque al parecer pasaba también sus buenos ratos con Cora Reynolds, una pelirroja que trabajaba en el guardarropía del club «Lafitte» y que ahora es la esposa del gerente.

»En los últimos meses de su vida, Harper pasaba tres o cuatro horas de la noche en este club. También frecuentaba “El Leopardo de Oro”, “El Tres Ceros” y “La Comadreja”.

—¿Amigos?

—Aparte de Cora Reynolds están Scott Godis, a quien a su muerte dejó a deber unos 1500 dólares. Godis es el manager de «La Comadreja». En segundo lugar tenemos a Bernard Ladd, dueño de una librería en la Avenida de Jefferson. Prestó a Harper unos 400 dólares; luego hay un tal Joe Di Leo, supuesto inspector de seguros, cuando no es más que un agente de apuestas profesionales. Ha dicho en varios lugares públicos que Harper le dejó colgados más de 3000 dólares.

Dave salió del cuarto de baño exhibiendo su flamante traje, y Pamela interrumpió la lectura del papel que tenía en la mano y se tuvo que llevar ésta a la boca para reprimir una carcajada.

—Está bien —dijo él—. Ríase cuanto quiera, pero tengo la esperanza de que termine por remorderle la conciencia.

Le quitó el informe y echó una ojeada.

—¡Canastos! —exclamó—. Aquí hay más de quince nombres —

chasqueó los dedos—. Mitre, dueño de una tintorería, 500 dólares; Samuel Crain, oficial del Ayuntamiento, sin concretar —levantó la mirada—. ¿Qué significa sin concretar?

—Que nadie sabe a ciencia cierta cuánto le pudo sacar en calidad de préstamo.

—Comprendo. —Walker continuó—. Charles Rigot, dueño de un taller electromecánico, 1075 dólares.

Luego siguió leyendo en silencio, y cuando hubo terminado se guardó el papel y dijo:

—Desde luego, todos estos acreedores pudieron ponerse de acuerdo para darle un escarmiento al tipo qué les había tomado el pelo.

—Pero usted no lo cree así, naturalmente.

—Yo no soy de la policía y puedo pensar con libertad. Ésa es mi ventaja.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Siento no traerle mejores noticias.

—Ya ha hecho bastante.

—¿Usted cree? —dijo ella agrandando un poco los ojos.

—Claro que sí, y como prueba de mi agradecimiento la voy a invitar a almorzar en... ¿cómo se llama? Oh, sí, el club «Lafitte».

—¿Sabe que allí no va más que la gente bien? Cada consumición cuesta un puñado de dólares.

El detective entrecerró los ojos.

—Sin embargo, Harper frecuentó ese local. Naturalmente necesitaba sablear a los amigos para pagarse ese lujo. ¿Qué está esperando, Pamela? Póngase usted sus mejores galas y salgamos disparados.

—En un momento estoy —dijo ella sonriente, mientras se dirigía a su dormitorio.

El club «Lafitte» estaba muy concurrido a aquellas horas del almuerzo. Era un local decorado en un estilo moderno, funcional. Se componía de una sala en la que había no menos de treinta mesas, una barra en zigzag que resultaba altamente acogedora, la correspondiente pista de baile, circular y pequeña, y un estrado con capacidad para media docena de músicos. A la izquierda había un amplio ventanal a través del cual se veían cuatro terrazas individuales que tenían por frente el océano.

Dave y Pamela consiguieron una mesa lejos de la orquesta. El detective descargó la responsabilidad de elegir el menú en la joven y él pidió por su parte unos martinis para empezar. Cuando trajeron éstos, encendieron cigarrillos.

De pronto, Dave vio que entraba en el club Irwin Colonna. Iba elegantemente vestido y saludó a unas cuantas personas, encaminándose a una mesa del fondo. Al pasar frente a él, Colonna también le reconoció y se acercó con una sonrisa en los labios.

—¿Qué tal, Walker?

—Perfectamente. ¿Conoce a la señorita Forbes?

—Oh, sí, creo que la he visto alguna vez en «El Centinela». ¿Cómo está, señorita Forbes?

La joven hizo una ligera inclinación de cabeza. Luego Colonna se fijó en el rostro del detective y preguntó:

—¿Peleó con el casero, Walker?

—Fue alguien que no quiso que yo metiera las narices en el caso de Marta Fisch —retrucó Dave, escrutando con la mirada al agente de informes comerciales.

—¿Todavía está con eso? Acabo de leer en un diario de Nueva York que Brince Owen está dispuesto para ir a la silla. ¿No lo recuerda? Lo ejecutan mañana.

—Brince Owen no irá a la silla —declaró Dave con firmeza.

Colonna se quedó suspenso unos instantes, mientras enarcaba las cejas.

—No me diga, Walker. ¿Es que le ha echado la mano a otro?

—Todavía no, pero antes de que termine el día tenga la seguridad de que Brince Owen será proclamado inocente.

—Si usted es capaz de eso, yo empezaré a creer que los melones tienen patas. Les deseo un buen almuerzo.

Colonna se retiró y fue a sentarse a una mesa solitaria.

—¿Piensa que Colonna está metido en el negocio? —preguntó Pamela.

—No lo sé, pero en caso de que así sea, creo que le he dado motivos para ponerse un poco nervioso.

Los ojos de Dave tropezaron con una cabellera de fuego y un cuerpo esbelto de pronunciadas curvas cubierto por un traje primaveral. La hermosa mujer se hallaba en un extremo de la barra, cerca de una puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

Pamela siguió discretamente la dirección que le indicaba Dave y luego repuso:

—Cora Reynolds, la mujer por la que suspiraba Harper.

—Creo que voy a sostener una conversación con ella.

—Es bastante seria. Quizá no le encuentre a usted divertido.

Dave se levantó y Pamela le deseó suerte cruzando los dedos.

## CAPÍTULO XII

Cora Reynolds hablaba con uno de los mozos que había tras la barra, un tipo de tez cetrina y pómulos hundidos, cuando el detective se acercó a ella.

—¿Qué tal, señorita Reynolds?

La pelirroja volvió la cabeza esbozando una sonrisa pero la borró al advertir que no conocía a quien la interpelaba.

—Perdone. ¿Hemos sido presentados?

—Lamento decirle que no —contestó Dave—. Pero un buen amigo mío me habló tanto de usted que la hubiera reconocido entre un millar de mujeres. Fue James Harper.

Cora empalideció.

—Debe hacer mucho tiempo de eso —susurró.

Dave tenía que mentir y lo hizo.

—Jimmy y yo nos criamos juntos allá en Dakota y éramos inseparables, algo así como hermanos. Cuando Jimmy ganó aquellos premios yo le alenté a que diese el salto a Nueva York. —Dave se sentó en un taburete al tiempo que sus ojos se perdían en el vacío para dar más dramatismo a la escena que representaba—. Fue una lástima que se diese a la bebida en aquella maldita tierra. Cuando se atrevió a confesármelo yo le puse una conferencia y traté de que la dejase. Así me lo prometió, pero tenía muy poca voluntad.

Cora tomó asiento junto a él.

—¿Qué va a tomar, señorita Reynolds? —preguntó Dave.

—Creo que me hará bien un *whisky*.

Dave pidió dos doubles sin soda y frunció el ceño, mirando a la bella. Ella le observó y entonces él explicó:

—Tuve un accidente con el coche.

—¿Por qué vino usted, señor?

—Douglas, Tom Douglas.

El mozo dejó los dos vasos al lado de ellos. Dave cogió el suyo y explicó:

—Me enteré de que Jimmy dejó bastantes deudas por aquí. Él tenía un hermanastro que poseía una bonita casa. Ahora el hermanastro ha muerto y como no tenía familia, me nombró su heredero. Creo que la podré vender por siete u ocho mil dólares, y he pensado que ya que Jimmy, de estar con vida, hubiese sido el dueño de la casa yo debo invertir ese dinero en pagar sus deudas.

—Es un gesto que le honra.

Ella bebió un trago.

—Jimmy nunca me habló de usted.

—Era muy reservado en sus asuntos íntimos. Sólo una vez dejó de guardar reservas. Fue cuando me escribió sobre lo que había descubierto por aquí.

Cora enarcó las cejas.

—¿Cómo dice?

—Ya sabe —contestó Dave—. Jimmy dio con un buen filón. Al parecer se enteró de ciertos manejos sucios. Me dijo que había escrito un artículo sobre todo ello y que cuando lo publicase empezaría a ser otro hombre.

—¿Le dijo a usted eso?

—Seguro que sí y hasta prometió mandarme a mí una copia, pero eso nunca llegó a ocurrir, porque antes le mataron.

Hubo una, larga pausa y al fin Cora dijo, dejando el vaso sobre el mostrador:

—¿No se enteró usted de que tal artículo no existía?

—Seguí todas las vicisitudes del caso a través de los periódicos de Nueva York. Según ellos, Harper no había hecho otra cosa que inventar una historia en un último esfuerzo para recuperar su crédito. Pero eso era absurdo. Él no me habría escrito de tratarse de una invención. ¿Qué ganaba con engañarme a mí?

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó Cora, nerviosamente.

Dave sacó el paquete y le ofreció. Después de arrojar dos chorros de humo por la nariz, la pelirroja manifestó:

—Jimmy me habló de ello momentos antes de abandonar la isla Staten.

—¿Qué es lo que le dijo?

—Que su artículo no había sido aceptado en «El Centinela», y que intentaría publicarlo en el «Star», donde tenía un amigo.

—¿Le enseñó el artículo?

—Recuerdo que estábamos en una mesa y él se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta para sacarlo, pero de pronto cambió de idea. Al cabo de unos minutos se despidió de mí y se marchó. Dijo que me vería al día siguiente, pero ese día nunca llegó para él porque lo encontraron flotando en el Hudson.

—¿Por qué no dijo eso a la policía o a los periodistas? No recuerdo que usted testimoniase en ese sentido.

—Bart, el gerente de este cuchitril, me dijo que habiendo sido Jimmy tan amigo mío, yo podía verme envuelta en dificultades. Tuve miedo, señor Douglas. Bart estaba enamorado de mí y, al desaparecer Jimmy, no me quedaba nadie en el mundo más que él. Yo trabajaba entonces en el guardarropía del local y había llevado una vida muy difícil. Empezaba a conocer lo que es la seguridad, el lujo, el ver realizadas las ambiciones de una. Bart me indicó que si mi nombre aparecía en los periódicos terminaría conmigo. Yo le hubiese hecho cualquier favor a Jimmy... pero las circunstancias pudieron más.

Cora bajó la cabeza y el joven le cogió una mano y la apretó entre las suyas.

—Lo comprendo, señorita Reynolds. No tiene que recriminarse nada. Pero contésteme a una pregunta. Usted ha dicho antes que Jimmy le iba a enseñar el artículo, pero que de pronto se arrepintió. Quizá fue, porque en aquel momento vio a alguien. ¿Recuerda algo a ese respecto?

La pelirroja se mantuvo un rato pensativa y luego contestó:

—Me pasó desapercibido.

Dave sacudió la cabeza, mientras se mordía el labio inferior. De pronto una voz cerca de ellos inquirió:

—¿Un amigo, Cora?

Dave vio cerca un hombre robusto, de unos cuarenta años, de cabellos castaños, ojos color seta y mentón partido.

—Bart Fielding, dueño del local, y el señor Douglas —los presentó Cora.

—¿Douglas? —repitió Fielding al tiempo que extendía una manaza.

Walker se la apretó corroborando:

—De los Douglas de Jefferson City.

—Era el mejor amigo de Harper —explicó Cora.

—¿Sí? —murmuró Bart Fielding con voz opaca.

—Bueno, yo les dejo —declaró Dave, sintiendo que el terreno que pisaba era bastante resbaladizo. Preguntó al mozo por el importe de la consumición y agregó a éste un dólar de propina.

—Tiene usted un bonito local, señor Fielding —dijo y volviéndose hacia Cora se despidió—. Espero que nos volveremos a ver, señorita Reynolds.

Dio media vuelta y cuando se acercaba a la mesa en que le esperaba Pamela, descubrió a ésta en compañía de un hombre de unos cincuenta años, casi calvo, de nariz aguileña, el cual decía en aquel momento:

—Haré presión para que te den un puesto en la Redacción.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señor Demare —repuso Pamela.

Dave carraspeó suavemente.

—Oh —dijo Pamela—, le presento al señor Demare, secretario ejecutivo del Banco Independiente. Éste es Dave Walker, un buen amigo mío, señor Demare.

Walker estrechó una mano flácida.

—¿No es usted el famoso detective? —preguntó Demare, mostrando en su cara cierta sorpresa admirativa.

—Sí, yo soy —asintió Dave.

—No sabe cuánto me alegra conocerle —dijo Demare—. Hombres como usted son necesarios en la comunidad. Oh, Pamela, tienes que hacerme una visita en compañía del señor Walker. Naturalmente, si es que él no tiene inconveniente.

—Ninguno —dijo Walker.

—Creo que ustedes, los detectives, son quienes han sustituido a los antiguos héroes del Oeste. No hay nadie que entregue su vida en aras de la justicia como ustedes. ¿Me contará usted su aventura relativa a la trata de blancas?

—Cuenta con ello, señor Demare.

—¿Les parece bien mañana a las doce?

—Le haremos esa visita, señor Demare —prometió Dave—. Si es que la señorita Forbes está libre también para esa hora.

Pamela dijo que se hallaba dispuesta, por lo que Demare se levantó despidiéndose de los jóvenes. Cuando se alejó de la mesa, Pamela dijo:

—Es un buen hombre. Ha prometido que esta misma mañana empezaré a escribir para «El Centinela» —hizo una pausa inquiriendo—. ¿Por qué no le ha preguntado acerca de Marta Fisch? No lo recuerda. Él fue quien la presentó a Colonna para que le diese el puesto en su oficina.

—Ya no me interesa —contestó Dave pensativo.

—No lo comprendo. ¿Qué es lo que se trae entre manos?

—El artículo de James Harper era una realidad.

A continuación Dave contó a la joven su conversación con Cora Reynolds y terminó diciendo:

—Todo consiste en conseguir la información a que se refiere ese artículo.

—¡Pero si a Harper lo mataron y sólo dejaron en su chaqueta la tarjeta de identidad!

—Estoy convencido de que Jimmy sabía que con aquel artículo encima de él, su vida peligraba. Por lo tanto, lo lógico es que hubiese hecho una copia y se la hubiese dado a alguien para el caso de que a él le ocurriese lo peor.

Pamela había terminado el primer plato, pero el de Dave estaba intacto. Ahora el detective volvió la cabeza dándose cuenta de que Colonna ya no estaba en el local.

—Se marchó sin pedir nada —dijo Pamela, leyendo sus pensamientos.

Lave sonrió y empezó a comer. El camarero sirvió el segundo plato a la joven. De pronto un botones dejó oír su fuerte voz.

—¡Llaman al señor Walker!

Dave sintió un escalofrío y miró a la barra, pero emitió un suspiro al ver que Cora y Bart no estaban ya allí. Entonces se levantó y el botones le indicó una cabina telefónica que había a la entrada del local. Se metió dentro y cogió el auricular.

—Está bien —dijo—. Walker al habla. ¿Quién llama?

—No es necesario que le dé mi nombre, señor Walker —contestó una voz grave al otro lado del hilo.

—De acuerdo. ¿Qué quiere?

—Usted ha dado un mal paso al venir a la isla Staten. Sería

mejor para su salud que la abandonase inmediatamente.

—Es solamente una opinión suya. Hace un tiempo primaveral y yo me encuentro fuerte como un roble.

Oyó una risita y una amenaza.

—Puede estar seguro de que a su estómago no le sentará bien una ración de plomo.

Walker rió también y replicó:

—Oiga, ¿qué le parece si firmamos un pacto?

—¿Cuánto quiere?

—No se trata de dinero. Usted me dice cuál era el contenido del artículo que escribió Jimmy Harper y yo me largo ahora mismo de la isla Staten.

—Es usted un tipo chistoso. Escuche ahora mi oferta. Lárguese a su jaula de Nueva York y mañana mismo recibirá dos retratos del presidente Madison.

—¿De veras?

—Exactamente, dos billetes de a cinco mil dólares.

—¿Por qué tanto dinero?

—Nos hacemos cargo de que todos tenemos derecho a vivir.

—Usted lo acaba de decir ahora —dijo Walker con frialdad—. Todos tenemos derecho a vivir y también Brince Owen.

—No puede hacer ya nada por él. Usted está pegando cabezazos contra la pared, amigo. Sepa lo que le conviene y quizá llegue a morir de viejo.

—Supongo que quiere la respuesta ahora, ¿verdad?

—Naturalmente que sí. Es su última oportunidad.

—Ahora mismo se la digo.

—¿Cuál es?

Dave miró el micro unos instantes y luego exclamó con voz fuerte:

—¡Puerco!

Inmediatamente colgó y salió de la cabina.

Regresó junto a Pamela, quien al verlo con el ceño fruncido, preguntó:

—¿Malas noticias?

—Todo lo contrario. Me acaban de comunicar que no soy persona grata en la localidad. Creo que si me quedo unas cuantas horas más, tienen la intención de rodear mi cuerpo de siemprevivas.

—¿Y no es ésa una mala noticia para usted?

—Todo lo contrario; significa que estamos en el buen camino. —

Dave hizo una pausa y añadió—: ¿Sabe que tengo un apetito feroz?

La joven había terminado su tumo y encendió un cigarrillo del paquete que él había dejado sobre la mesa, Dave despachó el primero y segundo platos. De pronto Pamela anunció:

—Acaba de entrar Charles Saxon.

—Dígame qué cara pone cuando me descubra —murmuró el detective.

—Se detiene junto a la barra. Pregunta algo a un mozo. Ahora se vuelve. Mira hacia nosotros. Su rostro no expresa nada. Es como si diese por descontado que usted estuviese aquí. Se dirige a la Dirección. Abre la puerta, pasa al interior y la puerta vuelve a quedar cerrada.

Dave clavó los ojos en el flan que el camarero le ponía delante y luego dijo:

—La vista de este postre me recuerda lo que está ocurriendo con algunos personajes que, de un modo u otro, estuvieron relacionados con Marta Fisch. Han vivido durante bastante tiempo tranquilos y de pronto empiezan a estremecerse.

—No es a ellos solamente a los que les pasa eso —dijo Pamela—. Le aseguro que tengo un miedo terrible.

—Levante ese ánimo —repuso él, cogiéndole una mano—. Todo saldrá bien.

—Quisiera tener su seguridad, Dave.

Él le apretó la mano mientras sugería:

—¿Qué te parece si empezamos a tutearnos?

Ella sonrió mientras replicaba:

—Me estaba preguntando por qué no lo hacías ya.

En aquel momento una voz ronca inquirió a sus espaldas:

—¿Señor Walker?

—Sí —respondió Dave, contemplando un rostro de cejas hirsutas y nariz roma.

—El señor Fielding le ruega pase por su despacho antes de abandonar el local. Tiene algo que comunicarle.

Dave se levantó y, dejando la servilleta sobre la mesa, dijo al mensajero:

—Ahora mismo iré. No quiero que el señor Fielding se ponga

nervioso por mi demora.

Rozó con la mono la mejilla aterciopelada de Pamela y echó a andar hacia la dirección. Abrió la puerta de un tirón y se encontró en un despacho lujosamente amueblado, pero no prestó mucha atención a la decoración, sino a las personas que se encontraban entre las cuatro paredes.

## CAPÍTULO XIII

Bart Fielding se hallaba sentado tras una regia mesa arrojando un chorro de humo por la nariz. Cora Reynolds se limaba las uñas sentada sobre el brazo de un sillón con las piernas cruzadas, demostrando a quien quisiera ver que podía haberse ganado muy bien la vida mostrándolas en el teatro más exigente de Broadway. Charles Saxon parecía un poco nervioso y estaba de pie, no sabiendo dónde meter las manos.

Dave hizo un saludo general a todos.

—Bien, amigos —dijo jovialmente—. ¿Qué se les ofrece?

Bart Fielding clavó sus ojos pizarrosos en su visitante y repuso:

—¿Por qué tiene tantas ganas de armarla, señor Walker?

—Es algo instintivo en mí —contestó el detective—. De pequeño me dedicaba a provocar a los que eran más fuertes que yo.

—Y apuesto a que en más de una ocasión le rompieron la cara.

—Es posible, pero eso me hizo duro, Fielding. Observe mi rostro y se convencerá. Unos indígenas me cogieron anoche por su cuenta y quisieron que bailase al ritmo que ellos marcaban. Ya ve, no consiguieron nada.

—No me interesa eso —dijo Fielding—. Pero usted no debió engañar a Cora con esa historia de que era amigo de James Harper.

—No tenía más remedio que romper el cerco que ustedes han puesto a mí alrededor. Tenía que valerme de mi ingenio y no me puedo quejar de mi estratagema. Dio resultado. A Cora Reynolds se le cayó la lima de la mano y Dave, gentilmente, se agachó a cogerla del suelo. Los ojos de la pelirroja le demostraron su agradecimiento.

Fielding se levantó y miró a Saxon.

—¿Qué esperas, Charles? Dile la verdad.

El exmarido de Marta miró a Walker y se humedeció los labios

con la lengua.

—Tengo algo que confesarle, Walker.

—No me diga que usted mató a su mujer en un momento de ofuscación.

—¡Déjese de pamplinas y escuche a Saxon! —exclamó Fielding.

—Está bien —concedió el detective—. ¿Qué es lo que tiene que decirme, Charles?

—Un par de meses antes de que mi mujer muriera, me visitó en mi despacho. No era frecuente que viniese por allí y pensé que nuestra pequeña estaría enferma; pero no era así. Me explicó que quería que le guardase un documento. La escritura de propiedad de su casa de la isla Staten. Estaba en un sobre cerrado y, naturalmente, yo en principio pensé que era cierto lo que decía. Yo tenía mi caja fuerte y sabía cuán descuidada era ella. Acostumbraba a dejar las cosas en cualquier parte de su casa y luego se olvidaba del lugar donde las había dejado.

Saxon hizo una pausa y miró a Fielding, el cual hizo un movimiento aprobatorio con la cabeza.

—Continúe, Charles —dijo Walker.

—Usted sabe que Marta tomó una semana de vacaciones en la oficina en que trabajaba. Lo hizo así para vender su casa y comprar otra en Nueva York. El mismo día del crimen por la mañana me llamó para decirme que pasaría a recoger la escritura. Al parecer iba a realizar la operación de venta. Naturalmente, Marta no volvió a pisar mi despacho. El caso es que un par de días después del asesinato me acordé de aquel sobre que estaba en mi caja fuerte y pensé que mi obligación era entregárselo a la madre de Marta. Lo cogí y cuando lo tuve en la mano decidí echarle un vistazo. Después de todo, sólo tenía que meterlo luego en otro sobre. Así lo hice y...

—¿Y qué? —preguntó Walker.

—No había tal escritura de propiedad.

—¿Qué encontró en su lugar?

—Un artículo escrito por James Harper.

Saxon se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre azul del que extrajo un folio mecanografiado, que alargó a Dave.

El detective leyó para sí un rato. En el artículo en cuestión se decía que Sara Brigton, esposa del presidente de Industrias Metalúrgicas Brigton y Compañía, tenía por amante al propio

secretario de su marido, Barry Ireland. Como prueba de todo ello se insertaba el lugar en que la encofetada dama, celebraba sus citas con su amigo, el nombre del superintendente del edificio en que estaba ubicado el nido de amor, así como el de varios vecinos que se hallaban dispuestos a testimoniar ante un juez sobre la identidad de los dos personajes. El artículo, que era una copia, carecía de firma.

—¿Se da cuenta? —dijo Fielding cuando Dave apartó la mirada del papel—. Ése fue el célebre artículo de James Harper. No sabía de qué forma sacar dinero, puesto que todos sus recursos estaban agotados y se le ocurrió realizar esa nauseabunda investigación con la que, naturalmente, pensaba chantajear a la señora Brigton.

—¿Quién es la dama? No la conozco.

—Murió con su marido en un accidente de automóvil cuando se dirigían a Chicago hace cosa de siete u ocho meses. Era gente importante en nuestra comunidad.

—¿Cómo explica que su mujer tuviera en su poder ese artículo, Charles?

—No sé. Me temo que fuese una cómplice de Harper en el chantaje que pensaban hacer a la señora Brigton. Al morir Harper, ella guardó el artículo y cabe que lo esgrimiese contra la señora Brigton. De todas formas, es algo que ahora no se puede comprobar, puesto que todos los personajes han muerto.

—¿Y por qué ha sacado usted a relucir esa historia ahora?

Bart Fielding fue quien contestó:

—Cora me ha hablado de la conversación que usted y ella han sostenido hace un rato en el bar. Entonces decidí mostrar a usted el juego. Saxon me había contado su descubrimiento respecto al sobre que le había dado a guardar su mujer. Naturalmente, él no había dado a la publicidad ese hecho para mantener limpio el nombre de Marta; pero ahora me he creído obligado a llamarlo pidiéndole que trajese el artículo. Usted ha sido otro de los engañados por Harper, señor Walker, y he querido que comprobase con sus propios ojos la clase de tipejo que era ese periodista.

Dave miró fijamente a Saxon, el cual parecía haber recobrado ya la tranquilidad. Luego posó sus ojos en Fielding y murmuró:

—Gracias por las molestias que se ha tomado.

—No hay de qué —sonrió Fielding—. Siempre me gusta

favorecer a un amigo en lo que puedo.

—Claro que sí —asintió Dave—. Eso siempre está bien. Es verdaderamente encomiable su sentido del civismo, Bart. Le repito mi agradecimiento.

—Sólo nos queda por hacer una cosa —dijo Fielding, esgrimiendo una sonrisa.

Alargó la mano hacia Dave y éste le entregó el folio. Entonces el gerente del «Lafitte Club» sacó un encendedor de plata, lo encendió y aplicó a su llama un extremo del papel. El artículo sobre la señora Brighton empezó a arder, y cuando Bart estaba a punto de quemarse lo dejó sobre un cenicero donde terminó de consumirse. Luego miró a Dave y dijo:

—Creo que el secreto quedará entre nosotros.

—Naturalmente —dijo Dave—. Nosotros somos unos caballeros, y Cora una dama.

El detective giró sobre sus talones y salió del despacho encaminándose una vez más a la mesa en que Je esperaba Pamela.

—¡Demonios! —exclamó ella, suspirando—. Si tardas un minuto más, salgo para llamar a la policía.

Él dijo sonriente:

—Buena muchacha.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? ¿Te volvieron a aplicar el tercer grado?

—Esta vez han utilizado otro procedimiento.

—¿Cuál?

—Me han intentado colocar una estúpida historia acerca del artículo de James Harper.

Dave contó a la joven lo que había sucedido en el despacho de Bart Fielding.

Pamela dijo asombrada:

—Conocía personalmente a la señora Brighton y era una verdadera dama, digna de todo elogio. No tuvo hijos con su marido y se dedicaba a hacer obras de caridad. Respecto al secretario de su marido, ese Ireland, es un mal bicho. Se las arregló para que la Compañía, a la muerte de los Brighton en el accidente, le nombrase gerente.

—Me alegro de que me digas eso. Sólo quiero decir que James Harper hizo un gran trabajo y que, indudablemente, en su artículo

ponía en la picota a muchos hombres considerados tabú en esta comunidad.

—Me asusta pensar que te enfrentas con una fuerza demasiado grande para ti, Dave.

—A mí no me arredra eso y no me perdonaré si mis esfuerzos no sirven para impedir la ejecución de Brince Owen.

—Tú estás haciendo todo lo posible.

—Sí, pero en la celda de la muerte de Sing-Sing

hay un hombre inocente que será ejecutado mañana y sólo yo lo puedo salvar.

—¿No bastaría para lograr un aplazamiento el que Comunicases los hechos que has descubierto?

—Me temo que mi relato sería considerado como una invención. No puedo presentar testigos, ninguna prueba en favor de Brince Owen. Sólo existe el artículo de James Harper, cuya copia debió entregar a Marta Fisch antes de partir para Nueva York.

—En tal caso el asesino de Marta debió quitárselo cuando la mató.

—No lo creo en absoluto y la pantomima que me han hecho ahí dentro lo prueba.

—No lo comprendo.

—Si ellos hubiesen destruido el artículo no temerían que yo prosiguiese mis investigaciones. Pero indudablemente Marta no lo llevaba consigo cuando fue asesinada, y el gang ha tenido miedo de que yo tuviese más suerte que ellos y lograrse dar con ese relato que, sin lugar a dudas, sería la perdición para mucha gente de las altas esferas. Por eso han inventado esa repulsiva historia de la señora Brighton. Todo indica que al frente de la organización existe un cerebro que piensa con rapidez. Lo de Harper ha salido a flote aun no hace veinticuatro horas. Ellos han encajado el golpe e inmediatamente la eminencia gris ha trazado un ingenioso plan para el cual han contado con la ayuda de Saxon.

—¿Crees que también está complicado en el negocio?

—Probablemente no. Se han limitado a meterle el miedo en el cuerpo, y Charles no ha tenido más remedio que colaborar.

—¿Cómo has sabido que el artículo de Saxon era falso?

—La madre de Marta me hizo una descripción de su hija. Marta

era una chica ordenada, y Saxon se ha empeñado en pintarla como una mujer de nervios que no sabía dónde ponía las cosas. Naturalmente, tenía que justificar por qué ella le había entregado la supuesta escritura de propiedad de su casa. Cuando yo entré en el despacho de Fielding vi a Saxon bastante preocupado, por lo que deduje que estaba representando un papel que le repugnaba.

En aquel instante el botones que había llamado unos momentos antes a Dave, se acercó de nuevo.

—Le llaman otra vez, señor Walker.

Walker frunció el ceño, y miró a Pamela interrogativamente.

—¿Quién será ahora? —preguntó ella.

—Posiblemente el mismo gracioso para soltarme un cuento más, pero de todas formas lo comprobaré.

Poco después el detective se encontraba en la cabina, y una vez con el auricular junto al oído, dijo:

—Sí, Dave Walker. ¿Quién llama?

—Escuche esto bien, señor Walker.

Dave no reconoció en la voz de ahora la del hombre que anteriormente le había amenazado.

—Adelante, pero antes dígame quién es usted.

—Soy el mozo del «Lafitte», que sirvió a usted y a la señorita Reynolds los dos *whiskys* dobles. Usted le dijo a la señorita Reynolds que era un amigo de Jimmy Harper, pero a mí no me la pegó. Salió usted bastante bien parecido en las fotografías que de usted publicaron los periódicos cuando el asunto ese de la trata de blancas. En cuanto le eché el ojo encima, supe que era usted Dave Walker, el detective.

—Para ser usted un camarero tampoco lo hace mal, amigo. ¿Por qué no va al grano?

—¿Le sigue interesando el artículo de Harper, señor Walker?

Dave pensó que podía estar hablando con un desaprensivo, a quien le hubiese parecido fácil hacer un negocio con él a cuenta del artículo del periodista. Por ello tanteó el terreno diciendo:

—El exmarido de Marta Fisch me lo acaba de entregar, y he de confesarle que Jimmy fantaseó bastante respecto a su contenido.

—¿De veras? —El mozo del «Lafitte» hizo una pausa y luego, tras soltar una risita, añadió—: Dígame; ¿de qué trataba el reportaje que le ha entregado Saxon?

—Sólo menciona unos supuestos amores entre una dama distinguida de la isla Staten y el secretario de su marido.

—Se la han jugado bien, compañero. Ésa es una historia de las Mil y Unas Noches.

—¿Cómo lo sabe?

—Es bastante sencillo. El auténtico artículo de James Harper lo tengo yo.

Walker interrumpió la respiración, y luego, tratando de calmarse exclamó:

—¿Qué clase de broma es ésta? Harper no pudo dárselo a usted.

—Claro que no. Jimmy se lo dio a Marta Fisch, y fue ésta la que, unos cuantos días antes de que la matasen, me rogó que se lo guardara. Yo era muy amigo de ellos.

—Pero eso no tiene sentido. ¿Qué relación podía unir a dos personas tan distintas como James Harper y Marta Fisch?

—Probablemente le han trazado a usted un cuadro de Jimmy Harper que no es muy real. Jimmy tenía sus defectos, pero era un gran chico. Lo que posa es que empezó a darse cuenta de lo que estaba sucediendo aquí, y pretendió tirar de la manta. Por eso lo han escarnecido. Cuando murió, lo quisieron presentar como un tipo desaprensivo. La mayoría de sus supuestos acreedores son gentuza indeseable que se han vendido por unos cuantos dólares. Necesitaban presentar un James Harper alcoholizado, sin moral, casi embrutecido; pero en verdad era un hombre simpático y agradable. Marta Fisch se interesó por él, pero James era voluble en cuestión de mujeres. Le gustaba Cora porque era una chica apasionada, y Marta por su educación, por su inteligencia. En fin, señor Walker, no quiero cansarle. Cuando Harper descubrió aquello, escribió su artículo y sacó una copia. Ésta fue la que le entregó a Marta. Luego, se presentó con el original en «El Centinela» y casi lo tiraron a patadas. Entonces se le ocurrió ir a Nueva York y ya sabe usted el resto.

—Me imagino lo que sucedió después. Marta Fisch no pudo resistir la tentación de sacar partido del artículo. Pudo presentarlo a las autoridades, pero pensó que después de todo, ellas no le devolverían la vida a Harper. Decidió utilizarlo en beneficio propio y empezó a chantajear. Comenzaría por cantidades pequeñas, pero luego desearía más y más. Finalmente, los hombres de presa

decidieron liquidarla.

—Es usted muy listo, señor Walker.

—¿Cuándo le entregó Marta la copia?

—Unos quince días antes de su muerte. Me la dio en un sobre cerrado, diciendo que era su testamento, y rogándome que sólo lo abriera si le pasaba a ella algo.

—Muy bien, usted lo abrió una vez fue asesinada. ¿Por qué no lo presentó al fiscal o a la policía?

—Como al fin y al cabo yo era el único poseedor del secreto, decidí esperar un poco, porque la muerte de Marta había levantado una gran polvareda. Luego, dieron con ese Brince Owen y todo pareció indicar que efectivamente era el asesino. Estando las cosas así, ¿qué ganaba yo con hundir a una docena de personas de la isla Staten? Decidí estarme quieto hasta que se solucionase el asunto, y cuando Owen fue condenado guardé el artículo en un baúl.

—Perfecto, pero conteste a otra pregunta. Usted ha podido seguir ordeñando a esos fulanos. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Yo le tengo aprecio a la vida, compañero.

Walker aspiró profundamente y dijo:

—Quiero que me dé ese artículo, amigo.

—Le he llamado para dárselo.

—¿Es que ha perdido el miedo?

—Al contrario, tengo mucho más que antes y por eso me largo de la ciudad hoy mismo. Tengo un poco de dinero ahorrado y abriré un bar en el pueblo de Texas, donde nací. ¿Me oye, señor Walker?

—Sí.

—Ha de prometerme que mi nombre no saldrá a relucir en ningún momento.

—Cuenta con ello.

—Está bien. Me llamo Tony Valente. Vivo en la calle Edison. Usted no sabrá dónde está.

—No conozco mucho de la isla Staten.

—Hacia el Oeste yendo por la Avenida de la Unión encontrará un cementerio de coches. La calle Edison está en la parte oriental. Detrás de una alambrada hay una serie de casas viejas y descascarilladas. La mía es la más alta de todas. Tiene un piso. Ha de venir a las nueve de la noche. Me encontrará en la parte de arriba.

—¿Por qué no ahora?

—No puedo ir allá. He de cobrar unas deudas que tengo pendientes. Ya le he dicho que me marchó hoy.

—No puede fallarme, Tony. Tenga en cuenta que hay muy pocas horas para poder salvar a Brince Owen. Él será electrocutado poco antes de las doce si yo no lo evito.

—Descuide, tendrá tiempo suficiente. La puerta de abajo estará abierta. Hasta la noche, Walker.

Dave oyó que el otro colgaba al extremo del hilo y él lo hizo también.

Salió de la cabina sintiendo que el pulso le latía más aprisa. Iba a dirigirse al salón cuando de pronto se detuvo al ver que Pamela se hallaba en compañía de dos hombres. Al instante comprendió de qué se trataba y se volvió rápidamente, pero vio la puerta del local taponada por dos policías de uniforme. Entonces dio un suspiro y se dirigió hacia la mesa. Un hombre de unos cuarenta años, de ojos grises y hocico saliente, lo miró cuando llegaba y preguntó:

—¿Dave Walker?

—El mismo, amigo.

—Soy el teniente Sullivan de la Brigada de Homicidios —volvió la cabeza hacia un individuo bajo, rechoncho, con ojillos de ratón—. El sargento Buch.

—¿Cómo les va, compañeros? —dijo Dave.

—¿Conoce usted a Rizzo, Walker?

—¿Billy Rizzo? —inquirió el detective enarcando las cejas.

—Sí, un tipo que tiene una estación de servicio a pocas millas de aquí. Hoy tardaba en ir al trabajo y un empleado suyo se personó en su casa. Lo halló en un armario empotrado. Le habían pegado un tiro en la frente.

—Muy sensible, teniente, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Esta mañana los patrulleros encontraron un coche abandonado cerca de la estación de Billy Rizzo. Era un «Chevy» matrícula 314/253. ¿Recuerda ese número?

—Sólo retengo los capicúas.

—No se haga el listo, Walker. Ese coche es el suyo y estaba a poco más de dos millas de la estación de Billy Rizzo.

—Lo dejé allí anoche y preferí regresar a la ciudad a pie. De vez en cuando me gusta estirar las piernas.

—Anoche llovía condenadamente, Walker.

—No hay ninguna ley que prohíba caminar a un ciudadano bajo la lluvia.

—Desde luego que no, pero escuche el final y se asombrará. —El teniente hizo una pausa y añadió—: El empleado que estaba anoche en la estación de servicio de Billy Rizzo nos dio una descripción de cierto individuo que visitó a Billy en el negocio. Coincida en todo con usted excepto en el traje. Billy pensaba pasar la noche allí, pero luego de irse su visitante cambió de idea y se marchó a casa, donde lo balearon.

—Es una triste historia —sacudió la cabeza Walker.

—¿Es eso todo lo que tiene que decir? —preguntó Sullivan, ceñudo.

—Si me da un poco de tiempo puedo echarles una mano.

—Eso se lo va a pedir al fiscal.

—No tengo ganas de ver a ningún fiscal.

—Él, en cambio, tiene ganas de conocerle. ¿Va a venir con nosotros por propia voluntad o prefiere que lo arrastremos?

—¿Y ella? —preguntó Walker, indicando a Pamela.

—No es necesaria por ahora su presencia.

El rostro de la joven expresaba temor.

—¿Quieres que avise a un abogado, Dave? —le preguntó mientras se levantaba de la silla.

Él sonrió y le pegó suavemente con el puño en la barbilla.

—No será necesario. Espérame en tu departamento. Yo iré allí.

Walker cogió el sombrero, se lo puso, y echó a andar hacia la salida seguido de los dos policías.

## CAPÍTULO XIV

Dave penetró en una habitación donde había una mesa repleta de libros y legajos, varios sillones y un hombre. Frisaría éste en los treinta y cinco años, y era alto, corpulento, de cabellos negros rizados, ojos mongólicos muy separados y boca grande.

El teniente Sullivan dijo:

—Aquí lo tiene, señor Rosenberg.

El fiscal observó escrutadoramente al detective mientras murmuraba:

—Conque usted es Walker, ¿eh?

Lo dijo en un tono que a Walker no le gustó, pero no quiso replicar dejando que el otro marcara la pauta. Tras un prolongado silencio, el fiscal habló de nuevo:

—¿Va a cantar, Walker?

—¿Qué es lo que tengo que cantar?

—¿No lo sabe?

Walker negó con la cabeza. Entonces Rosenberg hizo una seña con la cabeza a Sullivan y éste se dirigió a una puerta que había al fondo y la abrió, dirigiendo una mirada a la habitación adyacente. Se oyeron pasos y Walker vio que penetraba en la estancia el empleado nocturno de la estación de servicio de Billy Rizzo, que estaba atendiendo el camión cuando él llegó allí la noche anterior. El testigo puso los ojos en Walker e inmediatamente lo señaló exclamando:

—¡Es él, señor fiscal!

Rosenberg soltó una risita.

—¿Qué dice a eso, señor Walker?

Dave lanzó un suspiro y replicó:

—Puedo presentarle a más de doscientas personas que en cuanto

me echen la vista encima le asegurarán que yo soy Dave Walker. ¿Qué consecuencia sacaría de ello?

—Déjese de pamplinas —le atajó el fiscal, haciendo un gesto con la mano—. Este hombre se llama Tom Noland. Estaba anoche en la estación de servicio de Billy Rizzo cuando usted llegó allí y se encerró con él en la oficina. Billy pensaba dormir en la estación, pero, después de irse usted, cambió de idea y se marchó a su casa.

—¿Y qué?

—Usted aparcó su coche en la carretera a unas millas de la estación, y cuando pasaba Rizzo le hizo una seña para que se detuviese. Billy obedeció y usted se fue con él.

Walker miró fijamente al fiscal y empezó a reír. Luego se sentó en un sillón que tenía al lado y extrajo un cigarrillo, que encendió parsimoniosamente. Todos le miraban con atención.

—Hay un pequeño fallo en su hipótesis, señor fiscal —declaró, arrojando un chorro de humo—. Horas después de haber abandonado yo la estación, llamé por teléfono desde Richmond preguntando por Billy. Se puso al aparato ese hombre y él fue quien me dijo que Billy Rizzo se había marchado a su casa.

El fiscal levantó la mirada y la clavó en Tom Noland.

—¿Qué dice usted a eso, Tom?

El aludido tragó saliva y tras vacilar unos instantes contestó:

—No recuerdo tal llamada.

Walker saltó del sillón.

—¿Qué dice, bastardo? —gritó dirigiéndose hacia Noland.

—Será mejor que no se excite, Walker —dijo Rosenberg—. No consiento que se intimide a los testigos en mi presencia.

Dave lo miró con ironía.

—Un fiel cumplidor de su deber.

Rosenberg le dirigió una mirada desafiante y luego hizo una seña al sargento, quien se llevó a Tom al otro cuarto. El fiscal se sentó tras la mesa y entrelazando los dedos hizo crujir los nudillos todos a una.

—Se ha metido en un buen lío, Walker —declaró—, y me temo que no podrá escapar.

—¿A qué viene ese dramatismo? Usted sólo tiene contra mí la declaración de un embustero. Usted no se atreverá a mantener una acusación contra mí basándose solamente en este testimonio.

—Desde luego que no —admitió Rosenberg.

—En ese caso dígame que se alegra mucho de haberme conocido y yo le diré que seré feliz no volviendo a ver su cara.

Rosenberg se quedó un instante inmóvil y finalmente tiró de un cajón y extrajo algo pesado envuelto en un pañuelo. Tiró de una punta de éste, quedando al descubierto una automática «Smith y Wesson», calibre 32.

—¿Sabe lo que es, Walker?

Dave miró el arma y contestó:

—Es lo más parecido que he visto a una pistola.

—Es algo más que eso. Es su propia pistola.

—Me gustaría que probase eso. Tengo mi revólver, pero lo uso en contadas ocasiones. En estos momentos descansa en un cajón de mi despacho en Nueva York.

—Naturalmente no iba a ejecutar el hecho con un arma registrada por la policía. Por eso salió de su despacho sin ella, pero en el camino a la isla Staten se hizo con ésta. Fue con la que mató a Billy Rizzo. Nuestro departamento de Balística no ha tenido dudas para identificarla.

—Me gustaría saber de qué forma va a lograr usted demostrar que esa arma es mía. ¿Acaso tiene mis huellas?

—No, pero la encontramos en su coche.

Hubo un largo silencio y al fin Walker dijo:

—Es lo más fantástico que he oído en mi vida. Me marché de la estación de Billy Rizzo, le espero en la carretera, dejo abandonado mi coche, subo al de él, Billy me lleva a su casa y yo lo baleo. Entonces sólo se me ocurre volver adonde está mi «Chevy» y escondo allí la pistola, después de lo cual me marché alegremente andando.



Rosemberg sacudió la cabeza.

—Oiga mi versión y le gustará más. Usted esperó a Billy Rizzo, lo hizo detenerse en la carretera, subió a su coche y le disparó a boca de jarro, matándole. Luego llevó el cadáver a su propia casa, lo metió en el armario empotrado en la pared, regresó adonde había dejado su automóvil, dejó la pistola y se marchó.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Era una forma hábil de confundirnos. Dejando el coche en la carretera con la pistola, imaginó que nadie pensaría que usted lo

había matado. No tenía pies ni cabeza.

Walker se echó hacia adelante. Su rostro parecía tallado en granito.

—Escuche, Rosenberg. Yo no tengo nada que ver con la muerte de Billy Rizzo, y usted lo sabe. En cierto modo lo mataron porque yo le hice una visita anoche. Billy me contó algo relacionado con el caso de Marta Fisch, algo que había estado silenciando durante un año. Se lo cargaron por eso.

—Usted es como todos los detectives. Nunca les falta imaginación para enredar las cosas. ¿Es necesario que le recuerde que el asesino de Marta Fisch, Brince Owen, va a ser ejecutado a medianoche?

—Brince Owen es inocente. Estaba en Central Park cuando mataron a Marta Fisch. No existió crimen sexual, sino un asesinato perfectamente planeado. ¿Se acuerda de James Harper? Era un periodista que metió la nariz en unas cuantas ollas descubriendo que en la isla Staten se hacían negocios sucios, que había unos cuantos hombres en las altas esferas que estaban haciendo fortuna merced a procedimientos ilícitos. Recogió su investigación en un artículo, pero pecó de ingenuo al pretender su publicación en «El Centinela de Staten», el periódico para el que trabajaba. Eso le costó la vida, pero él sabía que se estaba jugando el pellejo e hizo una copia del artículo entregándosela a Marta Fisch. —Dave hablaba ahora rápidamente—. Marta utilizó aquella copia en su beneficio. Sí, señor Rosenberg, hizo chantaje. Los prohombres pagaron, pero llegó un momento en que decidieron cortar por lo sano y sentenciaron a muerte a aquella mujer. El tipo que se encargó de liquidarla hizo el trabajo a conciencia. Marta vivía en un lugar apartado, entre su casa y Richmond había unas seis millas de terreno deshabitado. Decidió matarla allí. Para asegurarse de que no fallaría comunicó a sus patronos que necesitaba que Marta saliese de su casa. Alguien telefoneó a Marta obligándola a ir a la ciudad. El asesino se encargó del resto. Mezcló azúcar con la gasolina del coche de Marta. Fue un truco estupendo. El azúcar embozó el chiclé del carburador y el automóvil se detuvo después de haber recorrido un par de millas. Para el asesino esto era como una operación matemática. Supuso que ella bajaría del coche, y como se trataba de una carretera poco frecuentada iría a la estación

de servicio más próxima. Él solo tuvo que salirle al paso entre las avenidas Merry y Sur. Todo salió a pedir de boca. Marta le pidió que la llevase a la estación. Él accedió, pero un poco más allá sacó el coche de la carretera. Marta debió suponer lo que iba a hacer con ella y pretendió escapar. Probablemente se internó por el bosque, pero el asesino corrió tras ella y le dio alcance. Lucharon y finalmente el asesino acabó con Marta disparándole dos balazos.

Walker guardó silencio y al darse cuenta de que el cigarrillo casi se había consumido lo aplastó contra el cenicero.

—Sería una buena fábula si usted pudiese demostrar que es cierta... —murmuró Rosenberg, con el ceño fruncido.

—¿Por qué cree que mataron a Billy Rizzo? Fue él quien descubrió lo del azúcar en la gasolina, pero un tipo le hizo guardar silencio amenazándole y entregándole dinero a cambio de su colaboración.

—Siguen las suposiciones, Walker. Usted sólo acreditaría esa teoría con una prueba. Presentándome ese artículo de Harper. ¿Lo tiene usted?

—No.

El fiscal se levantó del sillón y exclamó con voz fuerte:

—¿Qué quiere, Walker? ¿Ponerme en ridículo ante todo el país?

—¿De qué parte está usted?

Rosenberg le dirigió una mirada furibunda...

—¡Debiera hacerle saltar los dientes, Walker!

—¿Cree que es fácil para mí conocer el terreno que piso? Aquí hay mucha podredumbre, usted lo sabe mejor que nadie. E posible que usted tenga las manos atadas y no pueda hacer nada porque si lo intentase saltaría del cargo. Es posible también que la policía esté enterada de muchas cosas que ha de silenciar porque no tiene pruebas. Pero si usted realmente es un fiscal en el que no ha hecho mella la corrupción que le rodea, tendrá deseos de que alguien le ofrezca la oportunidad de barrer toda la suciedad.

—Continúe, Walker —animó Rosenberg, con ojos llameantes.

—Deje que le saque las castañas del fuego. No se mueva de esta oficina a partir de las nueve de la noche y mantenga sus hombres alerta.

—¿Y si todo lo que dice es una fardada?

—No, Rosenberg. Yo le traeré aquí el artículo de James Harper,

en cuyo caso le recomiendo una cosa. Golpee fuerte y desde el primer momento. Usted conoce a esa gentuza. Echarán mano a su recua de abogados y le harán la vida imposible antes de que tenga tiempo de estornudar.

Rosemberg se acarició el mentón con la mano y miró a Sullivan.

—¿Qué dice usted, teniente?

Sullivan se mordió el labio inferior y luego depositó la mirada en Dave.

—Sólo quiero preguntar a Walker por qué lo hace.

—Yo le contestaré a eso, teniente —respondió el detective—. Me revuelve el estómago el saber que existen tipos que delinquen sin recibir castigo, me da náuseas el ver que hay hombres, considerados como grandes figuras de la comunidad, que prosperan mediante el latrocinio, la corrupción y el cohecho.

Walker estaba embaldado, y tras descansar unos instantes para hinchar los pulmones de aire, prosiguió:

—Es posible que ustedes tengan su libertad coartada para entendérselas con ciertas clases de asuntos, pero yo soy un detective privado y puedo permitirme el lujo de jugarme la piel cuantas veces quiera. A mí me importa un rábano la política, y si yo muero no habrá ningún familiar que me llore. Ésa es mi ventaja sobre ustedes. Puedo combatir la inmoralidad y el vicio allá donde los encuentre, y ustedes saben perfectamente que en la isla Staten, lo mismo que en Nueva York, existen toneladas de esa vil mercancía. Sé que algún día un camión se lanzará contra mí para convertirme en una oblea, que cualquier individuo a la vuelta de una esquina me arrojará a la cara un ácido corrosivo, o que a la salida de un espectáculo alguien desde un coche me enviará una rociada de balas con sus mejores deseos; pero desde que solicité mi licencia como detective conté de antemano con esos riesgos. ¿Se da cuenta ahora, señor Sullivan, por qué hago esto?

El teniente miró al suelo con aire embarazado, coloreadas las mejillas. Finalmente, Rosemberg rompió aquel silencio.

—Está bien, Walker. Voy a hacer trato con usted, pero quede entendida bien una cosa —el fiscal hizo una pausa y levantando la mano apuntó con el índice a su interlocutor—: si usted falla, Walker, no cuenta con que le voy a echar una mano.

—Corriente, fiscal; si yo me hundo en el cieno ustedes me

dejarán que me ahogue solo.

—Créalo, no podemos hacer otra cosa. Lo que dijo antes sobre nuestra libertad coartada es condenadamente cierto. Sullivan y sus hombres estarán en este despacho hasta las nueve. Yo también tendré a mis ayudantes preparados. Denos un golpe de teléfono, envíenos un mensaje, y si usted consigue el artículo de James Harper todos nosotros pondremos la carne en el asador.

Walker sonrió y estrechó la mano que el fiscal le tendía.

—Gracias, Rosenberg —dijo—, y perdone que dudase de usted cuando entré aquí.

—No hay de qué, amigo. Sólo le deseo buena suerte.

Instantes después, el detective abandonaba el despacho.

## CAPÍTULO XV

Walker salió del taxi y abonó al conductor la carrera. Luego se quedó a un lado del camino hasta que el automóvil desapareció a lo lejos tragado por la obscuridad.

Consultó su reloj. Faltaban tres minutos para las nueve.

Había empezado a llover fuerte un par de horas antes, pero ahora el temporal había amainado y la lluvia era fina y menuda. A su derecha corría una alambrada de espinos, y tras ella divisó las formas de los automóviles que ya no volverían a correr por ningún camino. Era el cementerio de coches a que se había referido Tony Valente. La casa en que éste vivía se levantaba a unas cincuenta yardas. En aquella calle sólo había un poste en cuya parte superior brillaba una bombilla.

Walker apretó el brazo contra la pistola que tenía en la sobaquera.

Aquella tarde por fin se decidió a dejarse caer por su despacho para coger el arma. Podía necesitarla. No tuvo ningún tropiezo. Afortunadamente Susan se había marchado ya, por lo que se ahorró el darle enojosas explicaciones. Desde su misma oficina telefoneó a Pamela, y aplacó su curiosidad diciéndole que no había tenido ninguna dificultad con el fiscal y que había pensado pasarse la tarde y la noche durmiendo hasta el día siguiente.

Y ahora estaba allí, en aquel descampado, para recoger el artículo de James Harper que tanto significaba para muchos hombres de la isla Staten.

Echó a andar despaciosamente, con las manos en los bolsillos del abrigo, calado el sombrero. Llegó ante la mal iluminada calle y se detuvo volviendo la mirada atrás.

No observó el menor vestigio humano. La húmeda atmósfera

estaba silenciosa y sólo de vez en cuando era turbada por el aullido lejano de la sirena de un barco que cruzaba la bahía.

Sus pies se hundieron en el barro mientras se acercaba a la casa. Llegó ante la puerta y la empujó. Tal como le había dicho Valente, estaba abierta y cedió a su impulso.

De pronto creyó oír el crujido de un neumático y giró de nuevo mirando hacia el lugar en que minutos antes había despedido el taxi.

Sus ojos taladraron la oscuridad a lo lejos, pero no consiguió ver nada y esperó unos segundos para ver si se repetía el ruido. Después de permanecer un buen rato en aquella actitud, llegó a la conclusión de que todo continuaba en paz y que su sistema nervioso lo había traicionado.

Pasó al interior y cerró suavemente a sus espaldas. Quedó envuelto en la oscuridad y entonces frotó un fósforo. A la luz de éste vio un angosto corredor que finalizaba en una escalera. Se dirigió hacia ella y empezó a subir.

Sobrevino un chirrido y de pronto vio una rata descender como una exhalación. Dio un suspiro de alivio y siguió hacia arriba.

Llegó a la planta en el instante en que el segundo fósforo le empezaba a quemar los dedos. Lo dejó caer y quedó envuelto en la oscuridad.

En eso una voz preguntó:

—¿Es usted, Walker?

Vio brillar junto a él un objeto y supo que era una pistola.

Tragó saliva. Desde que recibió aquella misteriosa llamada había pensado en la posibilidad de que la cita que le daba aquel Valente fuese una trampa; pero siempre había rechazado tal idea basándose en que, al fin y al cabo, su situación no le permitía estarse quieto. Tenía que correr algún riesgo y por eso estaba allí.

—Sí —murmuró—, soy Dave Walker.

—Creí que no vendría.

—¿Tony Valente?

—El mismo. Entre usted.

Walker echó a andar y pasó junto al hombre que continuaba sin moverse.

¿Y si ahora le disparase por la espalda?

Sintió que el otro se movía detrás y que cerraba la puerta con

llave.

—Tire a la derecha, Walker, y tenga cuidado con la silla que hay a la entrada del saloncito.

Dave tropezó con la silla, pero se echó a un lado. Repentinamente se hizo la luz y al volverse comprobó que efectivamente el hombre que tenía enfrente era el mozo que había tras el mostrador del Club Lafitte. Frisaba en los cuarenta años, y era moreno, de piel atezada, nariz aguileña y pómulos hundidos.

—¿Qué va a hacer con el artículo, Walker? —preguntó con la pistola todavía en la mano, apuntando a su visitante.

—Lo verá publicado hasta en el periódico de ese pueblo de Texas adonde se va.

—¿Se va a atrever a eso?

—Esté completamente seguro.

—En ese caso tendrá que salir cuanto antes del país. Esa gente no se lo perdonará y querrán liquidarlo.

—Es posible, pero trataré de quitarles todas las oportunidades. ¿Tiene ahí la mercancía?

Tony Valente se dirigió a una estropeada mesa y tiró de un cajón. Trasteó en su interior un rato y sacó un abultado sobre, que entregó a Walker.

El detective extrajo el artículo. Constaba de más de doce folios mecanografiados por ambos lados. Empezó a leer y al poco tiempo se detuvo lanzando un silbido.

—Esto será la bomba de hidrógeno para muchos —murmuró.

—Seguro que sí. Por eso no quise hacerla explotar yo —contestó Valente—. Esa clase de artefactos producen una mortal radioactividad durante largo tiempo...

—¿Cuál es su verdadero interés al hacerme este favor, Tony?

—Me gusta que triunfe la justicia.

—¡Déjese de pamplinas! —respondió con voz fría Walker.

—Está bien —sonrió Tony, por primera vez—. Le tengo ganas a Bart Fielding, al que he tenido que soportar durante más de cinco años. Él es un pigmeo en esta comedia; pero también le alcanzará su responsabilidad, y no sabe cuánto disfrutaré en mi pueblo de Texas imaginándole con el traje de presidiario.

De pronto se oyó un disparo que atravesó la puerta.

—¡Tírese al suelo! —gritó Walker, al tiempo que él lo hacía.

Valente dio un salto y se dejó caer junto a la ventana. Durante unos instantes no pasó nada, pero al fin, alguien empezó a reír al otro lado de la puerta, en la escalera, y luego una voz preguntó:

—¿Qué tal se encuentra, detective? ¿Y tú, Tony?

Valente, con el rostro demudado miró a Dave y exclamó:

—Es Romo, uno de los hombres que trabajan para Bart...

—Le conozco, Tony. ¿Qué otra salida hay?

Como si Romo hubiese oído la pregunta, gritó antes de que pudiese contestar Tony:

—Está cogido, Walker. Tenemos la casa rodeada. ¿Qué le parece si se porta como un buen muchacho?

Dave se mordió el labio inferior mirando a Tony, cuya frente empezaba a transpirar sudor.

—Es cierto, Walker —exclamó el barman, con voz temblorosa—. Nos han cazado.

—Usted tiene una pistola y yo otra —contestó el detective.

—¡Maldito sea! ¿Y de qué nos va a servir? Creí que usted vendría solo.

—Pensé que nadie me había seguido, pero también debí imaginar que ellos no me dejarían suelto.

—Eso me pasa por meterme a redentor.

—Recuerde que usted lo ha hecho para que Bart recibiera su merecido. Por otro lado, las discusiones ahora no sirven de nada. Hemos de encontrar una forma de escapar de aquí.

Romo preguntó con voz irónica:

—¿Va a salir, Walker, o prefiere que entremos por usted? —¿Cuál es el trato?— inquirió a su vez Walker.

El matón lanzó una carcajada y luego dijo:

—Algo que le gustará. Usted me da ese artículo que ha venido aquí a buscar y lo dejaré irse a su casa.

—No, Romo.

Tony Valente saltó:

—¿Por qué no, Walker? Después de todo, nosotros no podemos hacerles ningún daño sin ese condenado papel de Harper.

—Es increíble que diga usted eso, Tony —le replicó Dave—. Si accedemos a entregarles la mercancía, Romo nos despachará de igual forma.

—Pero nos tienen en sus manos. Entrarán por la fuerza si no

salimos pronto.

—¿Estás ahí, Tony? —preguntó Romo.

—Sí —respondió con voz suave Valente.

—Ya sabes que te tengo mucho aprecio, Tony. Hemos jugado muchas veces juntos al póker, y hasta nos hemos corrido algunas juergas. No quiero que recibas ningún daño cuando el jaleo empiece. Anda, muchacho, sal tú y deja solo a Walker.

Hubo un silencio mientras Dave y Valente se miraban.

—No vaya, Tony —dijo el detective.

—¿Es que no lo ha oído? Romo y yo nos hemos llevado siempre muy bien.

—No sea estúpido. Romo es un asesino que le quitará la vida sin el menor remordimiento.

—¿Qué contestas, Tony? —preguntó Romo otra vez.

—Walker dice que me vas a matar.

—¿Y vas a hacer caso de ese entrometido? Él es el único que va a morir aquí si no nos da el artículo. ¿Qué demonios iba a ganar yo con liquidarte, Tony? Sé que tu sueño dorado es establecerte en tu pueblo. Yo no puedo quitarte esa ilusión. Tú sabes que tengo mis defectos, pero no soy tan canalla. —Hizo una pausa y añadió—: No puedo esperar mucho tiempo, Tony.

Valente se levantó del suelo, y tras secarse las sudorosas palmas de la mano en los muslos, dirigió una mirada a Walker y se puso a andar hacia la puerta, lenta, muy lentamente. —Voy a salir, Romo —advirtió.

—Así me gusta, Tony. Eres un muchacho juicioso.

El barman del Club Lafitte se acercó a la pared y al llegar junto a la puerta puso la mano en el pomo. De pronto sonaron tres estampidos.

Tony lanzó un aullido y cayó al suelo lejos de la puerta.

Romo soltó una histérica carcajada acompañada por la de los hombres que estaban con él. Dave corrió por el pasillo agachado y cogiendo a Tony por los hombros lo arrastró unas yardas hacia el saloncito.

Tony gemía de dolor, cogiéndose con la mano el hombro izquierdo.

—Ya le advertí —dijo Walker.

—El muy puerco —escupió las palabras Tony—, y dijo que era

mi amigo.

—¿Puede llegar hasta la ventana por sus propios medios? Yo tengo que quedarme aquí por si acaso se les ocurre entrar.

En la escalera cesaron las risas y Romo volvió a hacer uso de la palabra.

—¿Estás vivo todavía, Tony?

—¡Maldito seas! ¡Me has matado! —contestó Valente, arrastrándose de rodillas hacia el lugar que la había señalado Walker.

El detective volcó un desventrado sillón y se refugió detrás, dirigiendo la mirada por entre las patas hacia el corredor.

—¿Han podido oír los disparos desde algún sitio, Tony? —preguntó.

—No es probable, este lugar queda muy apartado.

—¿Por qué demonios vive usted aquí?

—Es de la única forma que he podido ahorrar dinero para volver a Texas. El alquiler es bajo y en realidad yo paraba en casa solamente para dormir.

—¿Qué se ve desde esa ventana?

—El cementerio de automóviles.

—¿Y más allá de él?

—A cosa de dos millas existe un camino que va a parar a la casa de Rex Mortimer, un viejo solitario. Por si faltaba poco, hace una noche de perros. Nadie podrá echarnos una mano. —Tony gimió de nuevo—. Ésta es el final.

Romo terció nuevamente:

—¿Piensa que esta vez también le va a salvar la muchacha del periódico, Walker?

—Escuche, amigo —respondió Dave—; ya sé que ha recibido una orden, pero ¿qué le parece si le ofrezco yo una mejor oportunidad?

—¿Cuál?

—Palabra que le recomendaré al fiscal para que sólo lo asen una vez en la silla eléctrica.

Hubo un silencio y luego Romo dijo:

—Esa broma le costará cara, Walter. Le seguiré metiendo balas en la barriga...

Dave miró a Tony.

—¿Se puede saltar desde esa ventana?

—Sería suicida.

—Subiré al techo e intentaré escapar.

—Pero yo no puedo saltar. Estoy herido.

—No, usted no, pero yo sí.

—¡No me puede dejar solo!

—Escuche mi plan, Tony. Se va a rociar de sangre la camisa a la altura del corazón, luego se tumbará boca arriba y quedará con los ojos fijos, abiertos, mirando al cielo raso. Usted estará muerto.

—¡No!

—Tiene que hacerlo. Es su única probabilidad de subsistir. Yo haré un poco de ruido para marcharme. Ellos vigilarán la parte principal pero no por aquí, porque habrán considerado imposible que salga nadie por la ventana. Entrarán y le verán a usted, pero no harán nada porque creerán que es usted cadáver. Además, estarán demasiado preocupados por mí. Saben que ya tengo el artículo y que he logrado salir de la casa. Pretenderán darme caza y lo dejarán a usted en paz.

Tony escuchaba espantado.

—¡No podré resistirlo!

—Es su vida la que está en juego y lo resistirá pase lo que pase y oiga lo que oiga. Usted mantendrá los ojos abiertos fijos en un punto, y detendrá hasta el resuello. Si todo sale bien, sólo tendrá que hacer ese sacrificio unos cuantos segundos.

Tony se quedó unos instantes indeciso y finalmente sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—¡Manos a la obra! —dijo Walker—. Mánchese el pecho.

Tony se pasó repetidamente la mano por la herida del brazo, y poco después, su camisa, a la altura del corazón, estaba completamente enrojecida.

Luego, Walker le guiñó un ojo y levantó la voz.

—¡Tony! ¿Me oyes, Tony?

La voz de Romo preguntó:

—¿Qué pasa, Walker?

—Ya puede estar satisfecho. Su amigo del alma, aquel que jugaba al póker con usted y con el que corría tantas juergas, acaba de morir.

—Todos los traidores tienen su premio.

—Es usted un perro, Romo, pero ya veo que tampoco hay solución para mí.

—¿Va a pedir algo a cambio?

—Muy poca cosa. Sólo quiero echar una ojeada al artículo de Harper. Me gustaría irme al otro mundo sabiendo por qué liquidaron al periodista. Me llevará muy pocos minutos.

—De acuerdo, Walker —rió Romo—. Pero no tarde demasiado.

Inmediatamente, Walker se dirigió hacia la ventana y palmeó en la espalda a Tony.

—Haga lo que le he dicho antes, y en cuanto vea que ellos salen a perseguirme, abandone la casa y corra por otro lado. Quizá alguno de los dos tenga suerte.

Walker se guardó la pistola en el bolsillo y se puso en pie en el alféizar de la ventana, cogiéndose de la parte superior del marco. Sacó el cuerpo fuera, y consiguió introducir una mano en un desconchado de la pared. El techo quedaba a poca distancia. Se izó hasta arriba poniéndose de puntillas, y dando un salto consiguió aferrar sus dedos como garfios en el filo del tejado. Luego se izó a pulso, y una vez arriba descansó unos instantes para llenar sus pulmones de oxígeno. Después avanzó silenciosamente para no hacer ruido en las agrietadas tejas, y fue al otro lado de la casa, se asomó al borde y vio abajo, a cosa de cuatro metros, una terraza. Se colgó del tejado y dejóse caer, llegando sin novedad. Una rata dio un chillido en un rincón y desapareció por entre los barrotes de la semiderruida baranda.

Walker observó el suelo. Desde donde él estaba hasta abajo habrían unos ocho metros.

Continuaba lloviendo, y aquella parte de la calle estaba convertida en un barrizal. Dave pensó que tendría oportunidad de salir con bien de aquel salto que en otras circunstancias sería fatal.

Aferróse al borde de la baranda y dejóse caer en el vacío. Creyó que pasaba una eternidad y que no había salvación para él, pero al fin sus pies tropezaron con algo sólido.

Rodó por el barro, y al instante sintió un horrible dolor en el tobillo. Levantóse cubierto de lodo, y echó a andar conteniendo a duras penas un aullido. Se debía haber roto algún hueso. Siguió cojeando hacia el cementerio de automóviles. De pronto, alguien gritó a lo lejos:

—¡Eh, muchachos! ¡Por ahí va!

Instantáneamente sonó un estampido y una bala pasó muy cerca de su cabeza.

Echó a correr desesperadamente arrastrando la pierna derecha y llegó ante la alambrada de espinos. Otra vez dispararon sobre él, pero ahora la bala pasó muy lejos de donde se encontraba.

Cogió los alambres con las manos y los separó cuanto pudo dejando un resquicio. Oyó a sus espaldas que alguien corría, pasó la cabeza y se dejó caer al otro lado; pero los espinos desgarraron sus ropas lacerando su carne. Se enderezó de nuevo escuchando las voces de sus perseguidores que cruzaban la calle.

Se lanzó por entre los coches y después de serpentear un rato entre ellos, se detuvo conteniendo la respiración y sentóse en un estribo.

Los cuervos habían llegado hasta la alambrada.

—¡Tira de esos alambres! —gritó uno.

En ese momento se les unió Romo, jadeante.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Se ha metido dentro...

Romo soltó una risa cavernosa.

—Bien, peor para él. De todas formas no tiene escapatoria.

—¿Y Tony?

—Estaba ya muerto cuando entramos en la habitación... ¡Eh, tú, Joe! Date la vuelta y ponte a la otra parte. Llévate a Bill contigo. Somos una docena. No nos puede durar mucho.

Otros hombres se sumaron a los que ya estaban allí y Romo siguió impartiendo órdenes:

—¡Cada uno por su lado, muchachos! ¡Tirad a matar!

Walker se sacó el pañuelo y se vendó el tobillo fuertemente. Pensó que le iba a ser difícil escapar de aquella coyuntura. Podría defenderse y matar a tres o cuatro de aquellos asesinos; pero finalmente él sucumbiría.

Observó su reloj. Eran ya las nueve y media. En aquel momento Brince Owen, en la celda de muerte de la prisión de Sing-Sing,

estaría confesando sus pecados a un ministro de Dios antes de emprender su último viaje.

¡Y él tenía en su bolsillo la prueba que podía salvarlo!

No habían valido para nada sus esfuerzos. El ajusticiamiento se llevaría a cabo y los hombres a quienes James Harper acusaba seguirían gozando de sus prebendas.

¡Tenía que intentar escapar!

Se levantó y echó a correr agachado por entre los coches.

—¡Allí está! —gritó alguien, y al instante sonó un disparo.

Se escondió de nuevo al tiempo que una bala rebotaba en el guardabarros del vehículo que acababa de dejar atrás.

Se arrastró por el suelo de rodillas y gateó durante un rato por entre ruedas y herrumbrosas carrocerías. Luego se tomó otro descanso. Oyó los gritos de la jauría.

—Fue hacía, allá —dijo uno.

—Es como cazar un conejo —rió otro.

La mano derecha de Walker tropezó con un matojo de tallos fuertes, arañándose.

El pañuelo, se había aflojado, y resolvió apretarlo más; pero aquél era mal sitio para hacerlo. Abrió la portezuela delantera de un coche y se coló dentro cerrando sigilosamente. Agachóse y volvió a anudar el vendaje, apretándolo con todas sus energías. Oyó un ruido y levantando la mirada vio a la altura del motor la cabeza de un hombre que miraba a un lado del coche, donde precisamente él había estado momentos antes.

Sacó la pistola y se preparó para hacer fuego, pero el individuo en cuestión pasó de largo. Al levantarse, sus huesos crujieron y se dejó caer sobre el asiento, extendiendo la pierna lesionada.

Pensó que cada vez le dolía más y que llegaría un momento en que por muchos esfuerzos que hiciese no podría avanzar un paso. Entonces todo estaría perdido.

De pronto sus ojos descansaron sobre el botón del «claxon», en el centro del volante.

Una idea cruzó por su mente.

La consideró perfectamente posible.

Abrió otra vez la portezuela y agachóse alargando la mano hacia la planta que había arañado su mano. Cogió varios tallos y tiró con fuerza.

Unos cuantos espinos se clavaron en su piel, pero aquellas heridas le produjeron un gozo, porque tan sólo pensaba en que tendría una oportunidad.

Dejó la portezuela abierta. Separó un tallo de la rama que había arrancado, y después de guardar la pistola se preparó para realizar la operación. No podía fallar un segundo. Apretó el botón del «claxon» e inmediatamente metió por la ranura el trozo de arbusto.

Se produjo un estridente clarinazo, el cual continuó cortando la húmeda atmósfera de la noche. Inmediatamente saltó fuera. Corrió por detrás del coche que tenía a su izquierda y siguió avanzando a pequeños saltos.

La voz de uno de los perseguidores exclamó:

—¡Está allí, en ese coche que suena!

Cuando Walker se consideró bastante lejos, abrió la portezuela de otro automóvil y realizó la misma operación que en el otro. El «claxon» empezó también a sonar, uniéndose a la algarabía del primero. Saltó y siguió corriendo, teniendo la sensación de que ahora las punzadas del tobillo eran menos intensas.

Corrió más de cincuenta yardas serpenteando por entre los metálicos cadáveres.

—¡Maldito sea! —Oyó que gritaba Romo—. ¡Tenemos que localizarle inmediatamente!

Walker entró en un «Cadillac», pero al intentar repetir la operación con el botón del «claxon», éste no sonó. Le habían quitado la batería antes de dejarlo en su tumba.

Soltó una imprecación y pasó a un «Ford» modelo 1945. En un instante una tercera sirena se sumó a las que continuaban lanzando sus aullidos en la noche.

Al pisar de nuevo la húmeda hierba, se quedó un rato inmóvil escuchando aquel ruido que en otros momentos le hubiese parecido horrísono, y que ahora le deparaba la misma emoción que una sinfonía.

Sorteó un coche por detrás y de repente vio frente a él a uno de los cuervos, el cual también se había quedado inmóvil pistola en mano, sorprendido.

Walker tenía en ese instante la mano vacía y se arrojó al suelo buscando el refugio del coche cercano en el momento en que el otro disparaba. El gángster creyó que toda la ventaja estaba de su parte y corrió hacia su víctima. Walker se había encogido tras la popa y cuando vio aparecer las piernas del verdugo se arrojó sobre ellas y las atenazó.

El matón se derrumbó lanzando un juramento. Walker lanzóse sobre él y con el tacón de su pierna sana le machacó la cara a la altura de la nariz. Luego le descargó un trallazo con el dorso de la mano en el cuello.

El gángster lanzó un gemido de res moribunda y dobló la cabeza antes de perder el conocimiento.

Dave se levantó y continuó su huida. Los pandilleros estaban tan confiados en que él terminaría en caer en un plazo breve siguiendo la pista que dejaba a su paso con las aullantes sirenas, que no perdían el tiempo en hacer callar éstas.

En pocos minutos el detective aumentó los componentes de la improvisada orquesta. Tan \_ sólo en tres ocasiones los «claxons» se negaron a obedecer.

De nuevo la pierna, comenzó a aquejarle, y ahora el aguijón fue mucho más fuerte. Se dejó caer frente a un guardabarros y apoyóse en éste. Sus perseguidores estaban ahora más cerca, y por lo que pudo colegir, le tenían completamente rodeado.

Secó la pistola y apretó firmemente la culata.

Un tipo robusto apareció corriendo por el pasillo que se encontraba tres coches más allá. Dave no dudó en disparar sobre él. El tipo continuó aún corriendo, pero de pronto se llevó las manos al estómago y cayó, rebotando tres veces en el suelo como una pelota.

—¡Cuidado! —advirtió Romo—. ¡Deteneos, muchachos! ¡Ya está en nuestro poder!

Walker convino en que el asesino tenía razón, pero juró para sus adentros hacer todo lo posible por llevárselo por delante antes de que le llegase el turno.

Esperó con el oído alerta, pero era muy difícil apreciar el ruido producido por unos pies en aquella infernal borrachera de notas estridentes que lanzaban al aire los «claxons».

La lluvia empezó a caer con más fuerza y en un instante Walker se sintió empapado en agua.

De pronto oyó un crujido hacia su derecha y volvió la cabeza rápidamente. Tras el coche de al lado había alguien. Se dejó caer al suelo y dio varias vueltas yendo a parar junto a un estribo. Luego se fue enderezando poco a poco mientras levantaba la pistola. Una cabeza emergió por detrás del coche, a menos de media yarda de él. Vio una brillante pistola. El otro giró la cabeza al tiempo que

intentaba valerse de su arma, pero Walker fue mucho más rápido y apretó el gatillo. Sonó un estampido y el detective vio cómo la cara de aquel hombre estallaba en sangre, manchando la parte posterior del coche.

No esperó un segundo más, y volviéndose, echó a correr otra vez. Sonó un disparo y una bala le rozó el brazo. Ahora no se arrojó a tierra, sino que continuó corriendo; pero un segundo proyectil se le clavó en el hombro izquierdo y le hizo detenerse un instante mordiéndose el labio de rabia. Volvióse y disparó a ciegas una, dos, tres veces. Las balas arrancaban aullidos metálicos a las estáticas carrocerías.

—¿Dónde estás, Romo? —gritó rezumando agua y desesperación.

Sólo le contestó la, risa histérica del asesino.

—¡Ven aquí, Romo! —repitió—. ¡Te estoy esperando! ¡Todavía me queda una bala para ti!

Sobre el fragor de los «claxons» no le llegó ninguna respuesta.

Echó a andar ahora lentamente arrastrando su pierna sin importarle que lo pudiesen balear por la espalda, dirigiéndose hacia la alambrada que tenía cerca. Antes de llegar, la voz de Romo le hizo detenerse:

—¿Tienes mucha prisa, Walker?

Dave se volvió con la pistola en la mano. Vio una figura negra confundida con la obscuridad a unas veinte yardas de él y levantó el brazo caído para disparar, pero en ese instante se produjo un fogonazo y la bala le atravesó la mano haciéndole arrojar la pistola.

¡Por fin había quedado indefenso!

¡Estaba listo para morir!

Romo lanzó su risa cavernosa.

—Ahí lo tenéis, muchachos —gritó.

Por uno de los pasillos apareció un hombre, luego otro por el lado opuesto, más allá un tercero, y finalmente, avanzando por el lateral de la alambrada, surgieron otros dos que completaron media docena de sitiadores. Se detuvieron formando un círculo y Romo avanzó.

—¿Ves cómo no podías escapar, Walker? —dijo deteniéndose a menos de seis yardas del detective.

—Te vas a salir con la tuya, maldito cerdo —exclamó Dave,

escupiendo—: Mataste a James Harper y a Marta Fisch.

—Y ahora te toca a ti.

—Pero tú en realidad no fuiste el asesino, Romo. Fueron los que te enviaron contra ellos, los que te han ordenado que me liquides a mí; pero James Harper, Marta Fisch, Brince Owen y yo algún día seremos vengados.

—No, Walker. La historia termina aquí y sólo tiene una moraleja: la de que todos los entrometidos reciben tarde o temprano su merecido.

—No estoy solo en el mundo, Romo. Hay otros como yo que también luchan por la justicia, y alguno de ellos será el que haga caer a Lucas Demare, a Bart Fielding, a Rodney Keller, el policía que se vendió por un puñado de dólares, y a vosotros, ratas de vertedero.

—El patrón es demasiado fuerte para que alguien le tosa.

—La escoba de la Ley barrerá también la isla Staten. No tardará en ocurrir y entonces se habrán terminado los negocios para Lucas Demare. Ya no podrá montar sus prostíbulos, sus garitos, sus oficinas clandestinas de apuestas, y vosotros y él iréis a parar a la celda de Sing-Sing a que tenéis derecho.

Romo lanzó una carcajada.

—Ha sido un buen sermón final, Walker. Sólo ha faltado un detalle: que examines también tus culpas antes de emprender el viaje del que no regresarás.

—Estoy en paz con los hombres, Romo. Puedes disparar cuando quieras.

—Está bien, muchacho. Hasta nunca.

Walker miró a Romo porque sabía que la primera bala vendría de él, y de pronto se oyó un tableteo y vio cómo el asesino se contorsionaba una y otra vez lo mismo que los dos hombres que estaban más cerca de él, en el pasillo lateral.

—¡La policía! —gritó uno de los matones que estaba cerca de la alambrada, y dando un salto echó a correr.

Dave se quedó inmóvil, y de pronto, sin que dejase de oírse a sus espaldas el canto de los fusiles ametralladores, la obscuridad fue rasgada por dos potentes focos.

—¡Quietos, muchachos! —dijo una voz que Dave reconoció como perteneciente al teniente Sullivan—. ¡Estáis cogidos!

Dave se volvió lentamente y vio más allá de la alambrada, en la carretera, dos coches alumbrando con sus faros el escenario en que él estaba situado. De pronto la luz le hirió los ojos y tuvo que taparse la cara; pero al volver a abrir los párpados vio venir hacia él una figura femenina.

Dave oyó que lo llamaban. Era Pamela, la dulce Pamela, y de pronto sintió todo el cuerpo lacerado y se desplomó lenta, muy lentamente, en el suelo.

## CAPÍTULO XVI

Walker recobró el sentido en una cama del hospital, y lo primero que vio fue la cara sonriente de Pamela Forbes. La luz entraba a raudales por una ventana que había a la derecha.

—¡Santo cielo, Pamela! —exclamó—. ¡Brince Owen!

Trató de incorporarse, pero la joven lo detuvo poniéndole las manos en el pecho.

—No te preocupes, Dave —le dijo—. Brince Owen no fue electrocutado anoche.

Dave se le quedó mirando y lanzó un suspiro dejándose caer otra vez sobre la almohada.

—Cuéntamelo, Pamela.

—El fiscal lo hizo a las mil maravillas. Telefoneó a la prisión de Sing-Sing solicitando la suspensión del ajusticiamiento. El gobernador estaba allí, y habló personalmente con él. Claro está, Rosemberg prometió que presentaría inmediatamente pruebas de la inocencia de Owen.

—¿Cómo aparecisteis por aquel lugar tan oportunamente?

—Empezaré por el principio. Como tú le diste el número de mi teléfono a Kate Fisch, ella me llamó preguntando por ti. Le dije que no estabas. Fue ayer, poco después de las siete. Me dijo que en un desván de su casa había encontrado en un baúl, debajo de un montón de papeles, treinta y cinco mil dólares, y pensó que los habría escondido allí su hija, por algún motivo. Yo entonces llamé a tu casa y a tu oficina, sin encontrarte. Empecé a pensar que lo de irte a dormir había sido una estratagema. Recordé entonces que el fiscal te había dejado suelto inopinadamente y traté de ponerme en contacto con él, por lo que fui a su casa. Allí me dijeron que estaba en su despacho oficial. Me dirigí allá y me encontré a Rosemberg en

compañía de muchos policías. Supuse que algo nuevo ocurría e hicimos un pacto. Yo le conté a él todo lo que tú habías descubierto y él me dio cuenta del trato que habíais hecho. Ninguno sabíamos dónde estabas. Fueron unas horas interminables. Dieron las nueve y no apareciste ni tampoco llegó ningún mensaje. En mi vida he pasado unos momentos más terribles. Rosenberg estaba desesperado. Entonces hizo comunicar a todos los policías de la ciudad que si observaban cualquier cosa extraña en sus respectivas demarcaciones, lo avisaran directamente a su oficina. El aviso dio resultado. Poco después de las nueve y media se recibió una llamada. Un tipo que vivía solitario protestaba porque un loco se debía haber escapado del manicomio y se había introducido en el cementerio de coches cercano a su casa, haciendo sonar todos los «claxons». Rosenberg no necesitó más y se puso en movimiento. Llegaron allá silenciosamente, gracias al concierto que tú habías armado, y así pudieron librarte en el último instante.

—¿Qué ha pasado con el artículo?

—Sullivan te lo quitó enseguida de encima y se lo dio a Rosenberg, el cual, después de leerlo mientras te traían al hospital en su coche, dio las órdenes para que inmediatamente la policía diera la batida del siglo en la isla Staten. Lucas Demare fue sorprendido en un banquete que daba en su honor la Liga de los Buenos Padres de Familia. Al principio protestó por su detención; pero luego, cuando lo enfrentaron con sus testaferros, con Bart Fielding, con los pandilleros que sorprendieron en la redada, y sobre todo con las cifras y los hechos del artículo de Harper, se desmoronó y cantó de plano.

—¿También confesó su intervención en las muertes de Harper y Marta Fisch?

—No, pero en el mismo cementerio de coches, Romo, momentos antes de morir, declaró a Rosenberg y a Sullivan que él fue el autor material y que Lucas Demare fue quien le mandó hacer los trabajos.

—¿Qué me dices de Tony Valente?

—Lo encontraron medio muerto de miedo en la casa. Por fortuna su herida es superficial y saldrá del hospital antes que tú.

—Así queda claro, ¿verdad? —sonrió Walker, y al pretender moverse lanzó un quejido de dolor.

—¿Todavía no preguntas lo que te pasó a ti? ¡Eres un caso

perdido, Dave! Por lo visto te preocupa más el prójimo.

—Está bien. ¿Qué me pasó a mí?

—El cirujano te extrajo una bala del hombro, y luego otro médico se encargó de escayolarte la pierna, y por último, otro doctor se cuidó de vendarte las demás heridas.

—¿Es posible? —Hizo una mueca de asombro Walker—. ¿Para cuánto tiempo tengo?

—Dentro de un par de semanas podrás abandonar el hospital; pero continuarás con la escayola otros veinte días más.

En aquel instante llamaron a la puerta y Pamela autorizó la entrada. Dave vio avanzar hacia la cama en que él se encontraba a la señora Owen. La mujer se detuvo, quiso decir algo, pero de pronto sus ojos se llenaron de lágrimas y se mordió el labio inferior guardando silencio.

—¿Ha visto ya a su marido? —preguntó Dave.

—Sí —respondió la señora Owen, reprimiendo sus sollozos—. Él está tan emocionado como lo estoy yo ahora. Todos han sido muy buenos, pero usted más que nadie.

—Olvídelo.

—El fiscal ha dicho que procurará que Brince salga inmediatamente. —La señora Owen hizo una pausa y añadió—: Tiene usted derecho a cobrar por su trabajo, señor Walker. Mi marido ha dicho que trabajará lo que sea necesario para pagarle a usted.

—No quiero que vuelva a pisar mi despacho, señora Owen... si es que viene a hablarme de dinero. La ventaja de mi profesión es que lo que dejo de cobrar a unos se lo hago pagar a otros. Yo nunca pierdo.

—Es usted el hombre de mejor corazón que he conocido, señor Walker.

La señora Owen cogió la mano de Walker y fue a besarla, pero él no lo consintió y después de apretar la de La mujer, retiró la suya.

La esposa del hombre que había estado a punto de morir en la silla eléctrica escondió la cara en el pañuelo y salió precipitadamente de la habitación.

—Estoy a punto de llorar yo también —dijo Pamela.

—Creo que muchas cosas pasan en el mundo porque existe en todos nosotros demasiada blandura.

—¿Y tú qué eres? ¿Un tipo duro?

—¡Claro que sí!

—Si lo hubieses sido no te habrías interesado en defender a un hombre convicto de asesinato y que estaba destinado a la silla eléctrica. ¿No fuiste también blando entonces, Dave?

—¡Al diablo con eso!

La puerta se abrió de pronto y apareció Susan llevando entre los brazos un montón de periódicos.

—¡Albricias, jefe! —gritó entusiásticamente, y dejó los diarios sobre la cama. Cogió uno, mostrando la primera página extendida. En ella aparecía una foto de Dave y un título en el que se leía:

«Uno para la silla salvado por Dave Walker».

—¿Qué le parece, patrón? ¿No es estupendo? ¡Y todos por el estilo!

La joven secretaria de Dave dejó caer el periódico.

—A propósito, jefe. ¿Sabe quién vino esta mañana al despacho?

—¿Quién?

—Kate Fisch.

Dave frunció el ceño.

—¿Qué es lo que quería?

Susan cogió su bolso y lo abrió extrayendo de él un talón.

—Es para usted. Cinco mil dólares por haber dado con los asesinos de su hija. Es lo que ella dijo. Me preguntó también sobre el destino de los treinta y cinco mil dólares que encontró en el desván.

—Cuando vuelva usted al despacho llámela a casa y díglele que invierta ese dinero en la educación de su nieta. Fue el producto del chantaje de Marta Fisch; pero ella les sacó el dinero a unos piratas y ahora no puede devolvérselo a nadie.

—Podría llegar a un acuerdo con ella para que le diese a usted la mitad —dijo Susan.

—¡Mujer egoísta! —replicó Dave con media sonrisa—. ¿Quiere cerrar la persiana? Voy a dormir un poco y me molesta la luz.

Susan fue hacia la ventana y mientras tanto Walker dijo a Pamela:

—¿Quieres ahuecarme la almohada?

Pamela se agachó sobre él, y durante unos instantes estuvo mullendo la cabecera.

Dave observaba el bello rostro, y de pronto tomó a la joven por la cintura y la atrajo hacia sí. Pamela perdió el equilibrio y sus bocas quedaron unidas en un largo beso.

Susan se volvió y al ver la escena lanzó un silbido y dijo:

—Creo que aquí hay alguien que sobra.

Y dirigiéndose hacia la puerta, salió sigilosamente.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).